



**TAMARA ORTIZ**

# **TRUBEL**

**A VECES, EL AMOR NO ES SUFICIENTE**

~TAMARA ORTIZ~

TRUBEL

*A ti, Mamasa, por ser mi lectora beta  
y creer en mí, apoyarme  
y darme mil ideas.  
Te mereces esta dedicatoria,  
y más.*

## PRIMERA PARTE

*“Y fue entonces cuando descubrí que no podía mirar a nadie como la miraba a ella”.*

# Capítulo 1

“Todo lo que siempre has querido se encuentra al otro lado del miedo”  
- *George Addair*.



Me siento feliz a ratos.

La verdad es que desde hace bastante tiempo, siento que no tengo motivos por los cuales poder ser feliz. Es cierto que con pensar que puedo tener una vida fuera de todo en lo que me estoy metiendo en este momento puede llegar a ser suficiente; pero no puedo pensar en ello. A veces siento que todo podría acabar de un instante a otro. No soporto las situaciones en las cuales recuerdo mi pasado, eso me hace vulnerable ante los demás, y no me gusta ese sentimiento.

Tengo por suerte que mi mejor amigo desde la infancia siga a mi lado a pesar de todo. Agradezco de corazón que me esté apoyando siempre, contra todo y todos. Por eso nos tenemos el uno al otro. Para las buenas, y para los malos momentos.

Le conocí en el colegio, cuando todo el mundo se reía de mí. Él era un muchacho bastante amigable, y al cual no le gustaba ver cómo la gente se reía de las miserias de los demás. Me salvó de bastantes peleas a las cuales me metía; no por que quisiera, si no por las circunstancias en las que ocurrían. Rechacé su ayuda infinitas veces. No necesitaba a nadie —me repetía siempre—. Siempre había sido un chico solitario, no me importaba estar solo. En realidad, me había dejado de importar desde hacía años.



—Trubel, debemos pasar por el instituto a por Alaska, me la llevo a cenar —escucho que me dice Boyd, y le miro con una sonrisa extendiéndose por mí

boca. Aún así, asiento con la cabeza. No es que muera de ganas por ir a ver cómo se come la boca de su novia delante de mis narices.

Aquí está mi mejor amigo, el chaval que me ha sacado de millones de peleas; cada día a mi lado.

—Yo conduzco —le digo, y tras escuchar esas palabras, entramos los dos a la vez a mi coche; un 4x4 negro.

—Sale en media hora, no hay prisa —me informa, bajando la ventanilla del coche para que el viento le dé de lleno en la cara.

Él es el único —sin contar a mi padre—, que sabe todo por lo que he pasado años atrás.

Llegamos al instituto un rato después, donde su novia estudia segundo año de Bachiller de Humanidades. Está a unas semanas de terminarlo.

—Tío, pareces un gilipollas —le pico soltando una carcajada cuando veo que no deja de mirar impaciente hacia la entrada; entonces sus ojos grises hacen contacto con los míos.

A veces me resulta hasta intimidante que me mire tan fijamente. Los ojos los tiene grandes, y contrastan mucho con su piel oscura. A pesar de ello, es irresistible para muchas; a veces resulta un dolor en el culo.

—Alaska y yo llevamos más de dos años, Trubel. Cuando algún día te enamores, el que te picará y tocará los cojones seré yo.

Arqueo una ceja y lamo mis labios mirando hacia la puerta de la escuela, donde chicas con uniforme salen una tras de otra. No puedo mentir, algunas de ellas no están nada, pero nada mal...

—Como tú digas —decido responderle, porque a veces se pone muy pesado cuando niego que yo nunca me enamoraré de nadie.

No porque no quiera, si no porque no tengo tiempo para esas cosas. A pesar de que estoy seguro de que pronto me voy a tragar mis propias palabras.

—Ahí viene —no me deja responderle cuando veo que sale del coche a toda prisa.

Riendo un poco por la situación, salgo unos segundos después también y apoyo mi cuerpo contra el coche. Llevo unas gafas de sol negras, lo que hace que no me moleste la luz del sol que da directa en mi cara. Estamos a principios de verano, cuando ya no hace falta ir con chaqueta o mangas largas. Cuando puedes ir en manga corta sin pasar frío. E incluso ya he ido a la playa algunas veces.

Según me ha contado Boyd, esta es una de las últimas semanas de instituto para su chica, por lo tanto podría pasar todo el verano con ella, y con

nosotros.

Veo como una chica de baja estatura, delgada pero con buenos atributos, y cabello pelirrojo se lanza contra el cuerpo de mi amigo y enrolla las piernas en su cintura, para después besarle con pasión.

Aparto la mirada, y al girar la cabeza un poco, contemplo a la chica que le acompaña a la novia de mi amigo. No es del todo delgada, pero tampoco es rellenita. No tiene pinta de ser muy alta, y su cabello rubio tapa un tanto su cara. Aparta la mirada de la escena de mi amigo con algo de vergüenza. Sus mejillas —que se ven un poco a través de su cabello—, están sonrojadas, y se nota de lejos que no está cómoda con esas demostraciones de afecto.

Entonces, sonrío.

Se le ve algo tímida, y comienza a enrollar un mechón de su largo cabello entre sus dedos, mientras muerde su labio inferior. A simple vista no es alguien que destaque para mí. Quizá en algún otro momento no me habría fijado en ella, pero me ha llamado la atención.

Sus ojos se fijan en los míos cuando nota que la miraba fijamente, y estoy cien por cien seguro de que se ha parado a observar todos mis tatuajes. Llevo una camiseta de manga corta blanca, que hace que la tinta negra se note.

Y eso me gusta.

Mis jeans blancos están bastante rotos por las rodillas, lo que provoca de igual manera que también se vea la tinta que hay en mis piernas.

Alaska —La novia de Boyd—, baja del cuerpo mi amigo y se acerca a la chica para susurrarle algo en la oreja, cosa que hace que sus mejillas se sonrojen.

Boyd se acerca en ese momento hacia mí, con una cara de enamorado que hace que me entren ganas de darle un puñetazo, por mucho que le quiera.

—¿Podemos llevarlas a comer? Alaska no tiene deberes y su amiga tampoco. No tienen nada que hacer, y nosotros no vamos a hacer nada importante hoy.

Repaso la situación de nuevo.

Boyd y Alaska son novios desde hace mucho tiempo, y esa chica bajita me ha llamado la atención. Cosa que haría que mi amigo se sorprendiera, pues no suelo fijarme en chicas tan vergonzosas. Se le ve muy bonita, y muy tímida, cosas completamente contrarias a lo que estoy acostumbrado a ver. Yo estoy acostumbrado a las chicas rebeldes, que hacen lo que sea por echar un polvo.

Entonces, esa dulce cara me ha llamado por completo la atención.

Asiento con la cabeza, y mi amigo se acerca a ellas. Me entran ganas de

reír al ver lo enorme que se ve en comparación, y tras hablarles unos segundos, se acercan al coche.

Ella viene unos pasos por detrás, con la mirada gacha, y no deja de toquetearse el cabello, lo que hace que sonría sin querer.

—El es Trubel —me presenta Boyd, y la novia de mi amigo me sonrío. La he visto unas cuantas veces en alguna fiesta, pero la verdad es que nunca me he llegado a interesar en su relación con mi amigo; hasta ahora.

—Yo soy Alaska, y ella es Klarissa —en cuánto escucho su nombre, me pregunto cómo se sentiría decirlo en mis labios. Saborearlo.

—Encantado —le respondo a la chica que me interesa, y cuando escucha mi voz, levanta la mirada y sus ojos quedan fijos en los míos. Los tiene de color azul. Un azul tan intenso que incluso llega a sorprender de lo claros que son. Los míos también son azules, pero no tanto como los de ella.

Los suyos siento que son mágicos, hipnotizantes como toda ella, parece ser.

—Igualmente —dice prácticamente susurrando, y yo enarco una ceja, pareciéndome divertida la situación. Se muestra demasiado tímida, y eso de cierta manera consigue atraerme.

Nos subimos al coche y vamos al centro comercial de la ciudad. Hay mucha gente cuando llegamos, y por eso decidimos dar una vuelta para escoger el lugar donde comeremos.

Alaska y Klarissa van por delante de nosotros, charlando animadamente. Klarissa no deja de sonreír, y no tengo nada más que decir que no sea que tiene una gran sonrisa en la cual aparecen dos bonitos hoyuelos en sus dos mejillas.

—Es muy bonita —le comento a Boyd, y me mira sorprendido, elevando una ceja.

—¿Klarissa? —Me pregunta desconcertado, y asiento—. Bueno, no está mal. Pero no es de tu estilo, nunca te he visto con alguien como ella.

Me encojo de hombros, y seguimos caminando.

Quizá nunca me ha visto con alguien así por qué no era ella.

Vamos a un par de tiendas, y después de que Alaska se haya comprado un par de prendas de ropa, decidimos comer en un restaurante chino que hay sin mucha gente en la terraza.

Nos sentamos tras haber escogido mesa, y Klarissa queda justo frente a mí. Intento no sonreír durante el rato que estamos esperando a que nos tomen comanda, cuando noto que se queda mirando fijamente mis tatuajes. Tengo



muchos, demasiados. Realmente ninguno tiene una historia detrás, aunque... Tan solo hay un tatuaje, de todos ellos que tiene un gran significado para mí. Está tatuado en mi muñeca izquierda. Un corazón, por mi madre.

—¿Te gustan? —decido preguntarle, intentando tantear la situación.

Sus ojos azules se abren, mostrándose sorprendida, y eleva sus ojos hacia los míos, dándose cuenta de que la he pillado. Rápidamente sus mejillas se tiñen de rojo, y me parece lo más bonito del mundo.

Ella es bonita. Con el cabello rubio claro, con los ojos azules, con esas mejillas regordetas... Y esos labios carnosos de color rosado.

Me pregunto de repente que se sentiría el probarlos, pero arranco esos pensamientos rápidamente de mi cabeza.

¿Qué me está pasando?



Pasan tres semanas en las que cada día acompaño a Boyd a por Alaska. Se ha convertido en algo normal, una rutina del día a día.

También veo a Klarissa, aunque nunca hablamos. Con suerte compartimos algunas palabras, poco más.

Hoy es martes, y queda muy poco para que terminen bachillerato. Quieren ir a celebrarlo al centro comercial de Outville —Cleveland—, a comer algo.

Paso a buscarles con Boyd, como cada día, y las dos suben al coche con una extensa sonrisa en sus labios. Según ha dicho, ya han terminado los exámenes importantes y están felices por ello; lo normal.

Klarissa va vestida con una falda tejana alta. Se abrocha por botones que tiene en la parte de en frente, y a la falda le acompaña una camiseta de tiras verde algo apretada. Eso es lo único que puedo ver de su atuendo. Además de que su cabello está recogido en una trenza la cual tiene puesta hacia el lado derecho. Va maquillada sutilmente con pintalabios morado oscuro y algo de colorete.

Sus ojos azules hacen contacto con los míos cuando me pilla mirándole por el espejo retrovisor, y eleva las cejas a modo de saludo, haciendo que sonría. De reojo puedo ver cómo Boyd se me queda mirando con una tenue sonrisa, cosa que me hace rodar los ojos.

Llegamos poco después, y como todos estamos hambrientos nos dirigimos hacia un restaurante a comer. Cuando nos toman la comanda, me sorprende que se pida apenas una ensalada. Casi no había pedido nada a comparación con nosotros.

¿Por qué vas a comer tan poco? Quiero preguntarle, pero no es de mi

incumbencia. Ella antes ha dicho que tiene mucha hambre, pero apenas ha escogido comida

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta Alaska. Lo que más me sorprende y me hace gracia, es que ella sabe la edad que tengo. ¿Lo habrá preguntado para que Klarissa lo escuche?

—Veintiuno —respondo igualmente. Boyd y yo tenemos la misma edad—. ¿Vosotras?

Digo "vosotras" porque lo que más me interesa saber es cuántos años tiene Klarissa. Sé que Alaska tiene diecisiete, pues Boyd me lo ha comentado alguna que otra vez. Pero quizá Klarissa es más pequeña o más mayor.

—Tenemos diecisiete —dice murmurando Alaska—. Pero Klarissa hará los dieciocho en unas semanas.

Miro a la nombrada, y la pillo sonriendo.

No tengo palabras para describir el cómo es su sonrisa. Sueno como un estúpido enamorado; pero es sincera, bondadosa... Se le ve tan buena niña... Y el pensar en un "nosotros" significaba el que ella dejaría de ser tan bondadosa. Yo no estoy metido en buenos asuntos, y arrastrarla conmigo sería hacerla perderse en ella misma.

Nos llevamos cuatro años. Ella es una adolescente que seguramente tendrá muchas metas. Querrá ir a la universidad, trabajar de abogada o enfermera, y ser alguien importante. Y yo, ¿Que seré? Apenas tengo el graduado escolar, y me gano la vida trabajando por las noches para poder mantenerme con vida.

A mí y a mi padre, un hombre serio, que ha sufrido mucho.

Nos traen la comida unos minutos después, y comenzamos a comer en un cómodo silencio. La comida está deliciosa, y noto como ella mira nuestros platos, pero aún así no hace nada por pedirnos algo, o pedirse otra cosa.

—¿Quieres? —le ofrezco uno de mis rollitos de primavera.

Niega con la cabeza rápidamente, pero le insisto. Boyd y Alaska están charlando, por lo tanto no nos prestan atención.

—No lo voy a querer. ¿Vas a dejar que se muera del asco? ¿Qué lo tiren a la basura? —sonríe y mi mundo se para. Enserio, su jodida sonrisa me está maravillando.

Una extensa sonrisa cubre mis labios, ya que el dueño de esa sonrisa soy yo. Ha sido para mí.

No voy mal encaminado.

—Eres un pesado —me responde por primera vez, divertida.

—Eso me hace daño en el corazón, bonita.

Arquea una ceja y deja el tenedor sobre el plato.

—¿Con qué derecho me llamas así? —me responde sorprendiéndome con su respuesta, y ella lo nota.

Vaya, tiene ovarios.

—Lo siento —se disculpa volviendo a ser la chica vergonzosa, y veo como va a retirar su mano de sobre la mesa, cuando un instinto hace que la coja con suavidad.

—No importa —le respondo, pero ella se queda mirando nuestras manos juntas. La tinta que tienen las mías, y las tuyas tan delicadas, con las uñas pintadas con una suave capa de color rosa chicle.

La aparta con suavidad, y algo dentro de mí se acciona. Una punzada da de lleno en mi pecho.

¿Por qué me siento así?

La comida transcurre con normalidad, y ella al final termina comiendo bastante más. No por yo habérselo pedido, no. Ha dejado el rollito que le ofrecía, y ha pedido otra cosa.

Nos levantamos todos cuando acabamos, y nos dirigimos hacia el facturista.

Cuando nos dice los precios, presto atención en Klarissa —como estoy haciendo últimamente—, y esta comienza a buscar como una desesperada algo en su mochila. Después, suspira con rabia y vergüenza.

Mira a su amiga y le dice algo en el oído, pero aún así no lo suficientemente bajo como para que yo no lo escuche.

Ha olvidado la cartera en su casa.

Observo como Alaska la mira un tanto alarmada, pues a ella se lo va a pagar Boyd. Sonriendo, me giro hacia el facturista, quién espera tranquilamente a que Klarissa le pague —pues es la única que falta—, y entonces vuelvo a sacar mi billetera, y sin ningún problema pago lo de ella.

Salimos del establecimiento, y mientras Boyd y Alaska se marchan un momento, Klarissa aprovecha la oportunidad para reprocharme lo que acabo de hacer.

—No tendrías que haberlo pagado. Ahora te debo un favor y me voy a sentir mal conmigo misma y...

Hasta yo me sorprendo cuando coloco uno de mis dedos sobre sus labios, ocasionando que mi corazón lata como un loco.

—No importa. No ha sido nada, de verdad. No me debes nada.

Niega con la cabeza repetidas veces, y resopla con frustración.

—Sí que te debo algo. ¿Cómo puedo compensarte?

Arqueo una ceja, y cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Cualquiera podría pensar muy mal en estos momentos, ¿lo sabes?

Abre los ojos desmesuradamente, aparta la mirada y suelto una carcajada.

Alaska y mi amigo aparecen de repente, y nos vamos de vuelta hacia mi coche.

—Déjanos a nosotros dos en mi casa —me pide mi amigo, y tras colocarme las gafas de sol de nuevo, asiento.

Dejo a Boyd junto a su novia en un bloque algo viejo, de color verde. Ahí vive mi amigo con sus tres hermanas pequeñas, y con sus padres. El nunca ha terminado de estudiar, y se pasa todas las noches conmigo. No es que tengamos un gran trabajo, ya que siempre nos arriesgamos.

Me quedo a solas con Klarissa, y mirando por espejo retrovisor, la veo en el asiento de en medio, mirándome.

—¿Me dices dónde vives? —asiente, y me indica el lugar. Vive en un barrio de gente con bastante dinero. Casas muy bonitas, que va una al lado de otra.

Vamos todo el transcurso en silencio, con la música baja de fondo.

—¿Eres de aquí? —me sorprende preguntándome. Asiento—. Nunca te había visto.

—Bueno, no es una ciudad pequeña.

Asiente rodando los ojos, y se relaja en su sitio.

Llegamos y antes de que ella pueda abrir, salgo y yo mismo abro su puerta.

Mierda, Trubel. ¿Qué coño haces?

Ella sonrío, y sale. La acompaño en silencio hasta la puerta de su casa, después de ponerle la alarma al coche. El hogar donde vive es bonito. De color pastel y de dos plantas. Hay un bonito jardín fuera, pequeño. Se ve bastante acogedor.

—Gracias por haberme pagado la comida, Trubel —escucharla llamarme por ese nombre, hace que tenga ganas de decirle el verdadero. Que éste es solo un estúpido apodo. Pero no lo hago. En cambio, le respondo.

—No es nada —hago un gesto sin importancia, y una sonrisa macabra cubre mis labios—. Pero aún así, me debes algo.

Se sorprende por mis palabras, ya que le he dicho antes que no quería nada, y sonrío.

—¿Qué quieres? —su tono de voz es bastante más seco, y me entran ganas de soltar una carcajada por la mirada que me muestra. Está enfadada, y eso en

cierto modo me gusta.

—Es simple. Quiero invitarte a tomar un helado.

—¿Invitarme? En todo caso debería hacerlo yo —coloca sus manos sobre su cintura y enarca una ceja.

—Perfecto, mañana a las cinco paso a por ti.

Y sin dejar que responda, me marcho de allí.

## Capítulo 2

*“A medida que el amor envejece, nuestros corazones maduran  
y nuestro amor se convierte en carbones, ardiendo profunda e  
insaciablemente  
– Bruce Lee”.*



Llego a casa después de dejar a una muy confusa Klarissa, y el olor a café me hace saber que papá lo ha preparado. Tiene la costumbre de aprovechar los momentos en que yo no estoy para entretenerse haciendo cosas en casa. Ya sea limpiar, hacer la comida, café...

— ¡He llegado! —aviso, y la voz ronca de papá llamándome me lleva hasta el pequeño salón que tenemos en casa. Decorado con muchas fotografías de mi pobre infancia. De un niño sonriente y sin problemas. Hay un sofá en medio de la sala, de color negro. Lo decoran unos cojines de color tinto. Al lado del sofá, en la parte izquierda hay una mesita con una lámpara vieja, y bajo la lámpara reposa un teléfono fijo.

— ¿Cómo estás? —le pregunto mientras me acerco para darle un beso en la frente.

Está recostado en un sillón que hay justo al otro lado de sofá, en el cual mi padre se pasa horas mirando la televisión.

No puede hacer mucho más.

—Bien, hijo —me mira enarcando las cejas—. ¿Por qué traes esa cara de mierda? —suelto una carcajada ante sus palabras. Vengo demasiado sonriente, y la causante de ello es una muchacha bien bonita.

—He conocido a una chica —abre los ojos sorprendido, porque yo nunca le cuento nada sobre mi vida, y eso parece ser que le ha creado curiosidad.

— ¿Quién es? —pregunta, y me siento en el sofá, recostando las piernas en

la mesa de centro que hay delante de él. Mis ojos se dirigen a un cenicero con colillas de tabaco, y me giro hacia papá, enfadado de repente.

— ¿Por qué coño fumas? —Mi voz suena ronca—. Sabes que tienes cáncer gracias a ello. Pero tú sigues fumando.

Su piel pálida, y sus ojos azules ojerosos hacen contacto con los míos cuando gira la cabeza hacia mí.

—Lo sé hijo, lo siento —mira hacia otra parte con semblante triste.

Le diagnosticaron cáncer hacía ya bastantes meses. Todo por causa de pasarse toda la vida fumando. Al fin y al cabo, no le ha servido de mucho. Ha pasado por muchas quimioterapias, y está muy débil. A penas puede sostenerse mucho tiempo en pie, pero aún así el no se da por vencido. En eso nos parecemos mucho, no nos damos por vencido en nada.

—No reduzcas más el tiempo, Mikail —le pido, y en ese instante siento las lágrimas acumularse en mis ojos.

Me levanto del sofá, frustrado, y me voy hacia mi habitación, sin hacer caso a sus súplicas pidiéndome que no me enfade.

¿Qué quiere que escuche? El es un masoquista. Fuma a pesar de saber que por ello le queda poco tiempo de vida.

Me quito la camiseta, y me doy una ducha de agua fría. Siento que la necesitaba, y me relaja todos los músculos tensos.

Cuando salgo, me miro en el espejo de mi habitación, e inmediatamente recuerdo a Klarissa. Su dulce mirada, su dulce voz... ¿Qué me está haciendo esa muchacha? Mi corazón golpea como un loco contra mi pecho cada vez que pienso en ella. En su cuerpo, en su cabello, en su boca que tanto quiero probar...

Me noto diferente. Mi cabello rubio oscuro y rizado, está despeinado por la ducha. Mis ojos se ven más brillantes, y mi sonrisa no es de esperar. Lo que me devuelve la imagen es un chico que comienza a pensar seriamente en pegarse una hostia para espabilar.

Tengo tantos tatuajes, que difícilmente se ve el color de mi piel. Recorren mi torso, mis brazos... Mi espalda, mis piernas...

Me cambio de ropa y me tiro en la cama.

Cuando obtuve el título de la educación secundaria obligatoria, fue unos meses después que mamá muriera. Tenía planeado estudiar alguna carrera. No sabía cuál, solo quería ser alguien en la vida. Alguien que en el futuro tuviera una casa con una mujer e hijos a quienes cuidar. Pero todo se me hizo imposible cuando mamá murió. Ella era la que aportaba más dinero en casa.

Era secretaria en una empresa muy importante, y ganaba mucho dinero. Luego estaba papá, quién apenas aportaba trabajo con su dinero de jardinero.

Por eso, tomé las riendas y comencé a trabajar para Oliver, el padre de Boyd. El tiene un negocio ilegal, y sé que cada vez que transporto la droga que recogemos en los puertos de la ciudad, me juego la vida. Pero este es el camino más rápido hacia el dinero. Además de que tengo algo de suerte, ya que el padre de Boyd me dejaría marchar en cuánto encontrara algo mejor. El no está de acuerdo en que me gane la vida así, igual que con su hijo. Por eso en cuánto consiguiera algo mejor, me iría de allí.

Podría trabajar de camarero, de jardinero, de lo que fuera. Pero los gastos de mi padre son tantos, que no puedo pagarlos con un trabajo común y corriente. Por eso al saber el negocio de Oliver, no titubeé en ir a preguntarle por un puesto. Allí cobro el doble, e incluso el triple que me pagarían en un trabajo como camarero, por ejemplo.



Por la noche, me marché de casa después de esperar a que papá se durmiera. Boyd ha terminado de cenar con su chica, y después de llevarla a su casa, espera a que vaya a recogerle.

—Qué hay —me saluda sentándose a mí lado. Va vestido con una sudadera gris, y unos pantalones de chándal negros. Su cabello corto está algo despeinado, y me río al pensar que es lo que habrá causado que su cabello este así.

— ¿Dónde debemos ir? —le pregunto poniéndonos en marcha. Nuestro trabajo es bastante sencillo. Recogemos la droga, la transportamos en camiones que pasan desapercibidos, y las dejamos en un almacén donde otros se encargan de distribuirla.

—Al embarcadero de la playa, hoy habrá una fiesta en el norte de la ciudad, la policía estará entretenida.

Asiento, y un rato después llegamos. Aparco el coche no muy lejos por si debemos salir rápido, y salimos de allí. Al acercarnos al embarcadero y adentrarnos más, vemos a uno de los chicos que trabaja con nosotros, se llama Damon.

—Hola —nos saluda a los dos, y tras esperar unos diez minutos, una pequeña barca aparece con nuestra droga—. Hoy es poca, no tenéis mucho trabajo —nos informa.

Asentimos y nos encargamos de acomodarla toda metiéndola en cajas de productos de pastelería, para después llevarlas a una furgoneta de una empresa



de bollería.

Boyd esta vez se pone de piloto, y yo de copiloto. Y así, llegamos al lugar donde dejamos todo. Después de terminar, llevo a mi amigo a su casa, y nos despedimos.

Así son todos mis días desde hace bastante tiempo.



No puedo explicar los nervios tontos que siento. Hoy la veré y siento que en cualquier momento me va a dar algo.

Suena estúpido, pero por dentro esta sensación me encanta. Tengo muchas ganas de verle, aunque apenas la conozco de unas semanas.

Hoy estoy activo. Por la mañana, limpio toda la casa mientras papá mira la tele, y al medio día preparo lasaña. Después de la muerte de mamá, no he tenido más remedio que aprender a cocinar. No podemos estar a base de productos congelados día a día.

—Hijo —me llama, y poso mi atención en él—. Siento mucho que estés enfadado por lo que he hecho. Te prometo que no volverá a pasar.

Asiento con la cabeza. Quiero creerle, de verdad. Pero siento que en cualquier momento fallará a su palabra.

Tras recoger todo y fregar los platos, nos ponemos los dos a ver la televisión. Hacen una película de guerra que a papá le gusta mucho, se llama "Hasta el último hombre" y se ha convertido en una de sus favoritas.

— ¿Por qué estás tan nervioso? —pregunta cuando ve que no paro de pasarme las manos por el pantalón deportivo gris que llevo, quitando así la sudor.

—Hoy he quedado con ella.

Deja de prestarle atención a la película, y me mira esperando a que hable de ella.

—Se llama Klarissa, y tiene diecisiete años —eleva las cejas al saber la edad, aunque sé que es una adolescente. Pero me da igual—. Estudia segundo de bachiller, es amiga de la novia de Boyd.

Papá le tiene un gran cariño y aprecio a mi amigo, le quiere como a un hijo más.

— ¿Te gusta? —me pregunta sonriendo.

¿Me gusta? Podría decirse que sí.

Asiento y suelta una pequeña risa.

— ¿Me la presentarás?

—Algún día —le respondo.

Seguimos viendo la película hasta que veo que son las tres y media de la tarde. Me disculpo y subo hacia el lavabo para afeitarme y darme una ducha.

Espero no cortarme con la cuchilla, y tener tan mala suerte.

Al terminar, me pongo un poco de gomina en el pelo, dejándolo hacia atrás, y me hecho perfume. Me visto con unos pantalones de arreglar de color azul oscuro, y me pongo una camisa blanca. Me encanta que los tatuajes se transparenten.

Me ato el cordón de las bambas, y después de despedirme de papá, salgo de casa.

Llego unos cinco minutos antes, y decidido voy hacia la puerta de su casa. Toco el timbre, esperando a que alguien me abra. Cuando lo hace, me quedo prácticamente sin respiración. Lleva un vestido floreado de color morado, de manga corta que le llega hasta por encima de las rodillas. Sus pies los cubren unas sandalias con un poco de tacón, y subiendo la mirada, veo que se ha hecho una trenza en el cabello.

Sus ojos azules están atentos a los míos, y sus mejillas se sonrojan cuando ve que la he recorrido de arriba abajo.

—Vaya... —balbuceo—. Estás increíble...

Sus mejillas se tiñen de color carmesí —más, si puede ser— y sale cerrando la puerta detrás de ella.

—Qué conste que he aceptado porque te lo debo —sonrío al escucharle decir eso, y sin pensarlo me acerco a ella, y dejo un beso sobre su mejilla.

Huele a perfume dulce.

La acompaño hasta el coche, con mi mano en su espalda baja. Estoy completamente tenso y nervioso, al contrario de ella, para mi sorpresa. Abro la puerta del copiloto para ella, y dándome una sonrisa se mete en el coche. Al entrar yo, enciendo el motor y bajo mi ventana para que me dé el aire en la cara, lo mismo que hace ella.

Se escucha la música de fondo cuando emprendemos camino, con el volumen muy bajo.

—¿Dónde vamos? —me pregunta curiosa.

Apoyo el brazo izquierdo en la ventana, y echo mi cabello hacia atrás mientras conduzco con la mano derecha.

—A un parque —le respondo. Allí he ido pocas veces, pero igualmente me encantó. Consiste en un parque cerrado, tiene un horario de apertura. Hay lagos con patos, y se pueden recorrer con una canoa. Cosa que quiero hacer con ella.

Nos quedamos en silencio hasta que llegamos, y al bajar, vamos directos hacia allí. Al entrar, sus ojos se abren desmesuradamente, y sonrío sorprendida, y maravillada. Todo es verde. Tiene mucho césped, y no hay tantas personas como pensé.

—Ven, vayamos a por un helado —le digo, y me tomo el atrevimiento de coger su mano entre la mía.

Mi mano prácticamente esconde la suya. Cuando le miro, se ve cómoda, cosa que hace que suelte un gran suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Pedimos los helados, y tras varias insistencias de su parte, dejo que pague ella.

Es insistente.

Recorremos el lugar, y puedo decir que es muy bonito. Pasamos por una fuente, la típica de los deseos. Y ella hace que nos quedemos allí unos minutos. Veo como se acerca a la fuente, saca una moneda y después de unos segundos la tira hacia allí.

Su cabello está bien recogido, lo que hace que su rostro se vea más. Sus ojos azules se ven más expresivos gracias al rímel, y más grandes.

Lleva un suave pintalabios cubriendo esos labios que muero por probar.

—Ven, quiero que vayamos a un lugar —pido y tras coger su mano, nos encaminamos hacia las canoas.

Tras pagar y subir a una, empiezo a remar hacia el centro, alejándonos.

—¿Estudias? —me pregunta de un momento a otro, y eso me hace sonreír.

—No, no estudio.

—¿Trabajas?

¿Siente curiosidad sobre mí? ¿Quiere saber cosas personales?

Asiento con la cabeza, y cuando nos adentramos lo suficiente, dejo de remar.

—Ahora cuéntame algo tú.

Se pone a pensativa.

—Estoy estudiando bachiller de humanidades. Y voy a comenzar la universidad en septiembre. Tengo muchas ganas de disfrutar este verano al máximo.

Ella tiene planes de futuro.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años? —le pregunto, y sonrío. Sus ojos se iluminan, y sé que lo tiene decidido.

—Siendo profesora de literatura, o trabajando en una editorial como editora.

Me duele el pecho nada más pensar en lo resuelta que tiene la vida, lo contrario a mí.

— ¿Tienes hermanos? —me pregunta unos segundos después.

Niego con la cabeza, y le pregunto por ella.

—Yo sí. Un hermano de dos años.

—Debe ser una mierda llevarte quince años con tu hermano, ¿no? —le pregunto, y suelta un suspiro.

—Lo es. Mi madre y mi padre apenas le prestan atención. Tienen mucho trabajo y yo estudio, por lo tanto casi siempre debe quedarse con una niñera. Me duele mucho eso...

Su expresión triste me crea un nudo en la garganta, y poso mi mano sobre la suya.

—Debes tener en cuenta de que tienes todo el verano para estar con él.

Asiente, y me sonrío agradecida por mis palabras.

— ¿De qué trabajan tus padres? —le pregunto curioso.

—Mamá es *maitre* en un hotel de cinco estrellas, y papá es el jefe de cocina.

—Vaya... Tus padres en hostelería y tú te decantas por la literatura...

—Si —dice avergonzada—. La hostelería no es algo que me llame la atención —asiento con la cabeza, y nos quedamos unos segundos en silencio—. ¿Y tus padres, Trubel?

Esa pregunta hace que se me encoja el corazón, e inmediatamente pienso en mamá. En su melena oscura, y en sus ojos verdes. Su sonrisa, y su gran carisma.

—Solo tengo a mi padre, Mikail. Además, el no trabaja. El único que trabaja en mi casa soy yo.

Abre los ojos sorprendida.

— ¿Qué le pasó a tu madre?

Me quedo en silencio, y los malos recuerdos vienen hacia mí.

—No quiero hablar de ello.

## Capítulo 3

“He decidido quedarme con el amor.  
El odio es una carga demasiado grande para soportar  
-*Martin Luther King*”.



Todo se hace un tanto incómodo en cuanto suelto esas palabras, y ni ella ni yo volvemos a hablar. Me duele haberle contestado así, pero el tema de mi madre no es algo de lo que me guste hablar mucho.

Cuando salimos de la canoa, me siento peor. Ella ha estado interesada en mí, y yo me he comportado como un idiota.

Salimos del parque, y me acerco a ella. Tomo con suavidad su mano, pero su acto después de lo que acabo de hacer es lo que me hace más daño. Aparta su mano de la mía, y se cruza de brazos, cerrándose en sí misma.

Soy un estúpido.

Entramos a mi coche, y todo sigue en silencio. ¿Debo pedir disculpas? No quiero que estemos mal. A pesar de que nos conozcamos muy poco.

—Siento —no puedo terminar, pues los dos lo hemos dicho a la vez, lo que hace que soltemos una carcajada. Me encanta verla reír. Siento que podría acostumbrarme a ella plácidamente—. Siento lo que ha pasado. No quise ser borde. Solo que ese tema es un poco delicado...

Hace un ademán con la mano, restándole importancia.

—Lo siento yo por meter las narices donde no me llaman, Trubel.

Niego con la cabeza, y suspiro frustrado, pasándome las manos por la cara.

—No importa. Tú querías saber cosas de mí. Y está bien. No metiste la nariz en ningún lugar equivocado.

Sonríe, y arranco el coche.

— ¿Puedo invitarte a cenar? —le escucho preguntar, y sonrío.  
— ¿Vas a invitarme tú? —respondo enarcando una ceja.  
Asiente divertida, y coloca un mechón de su cabello tras su oreja.  
—Déjame llevarte a un lugar que me gusta mucho. Por un día me saltaré la dieta —responde riendo un poco.  
— ¿Dieta por qué? —pregunto confuso.  
Eleva una ceja, y recorre su cuerpo señalándolo con uno de sus dedos.  
—Para adelgazar.  
— ¿Por qué deberías adelgazar? Estás perfecta así —recorro con mis ojos todo su cuerpo. No me importa como sea, para mí así está perfecta.  
Me gusta así.  
¿Me gusta? Esto está siendo cada vez más serio de lo que creía.  
Resopla haciendo como que no me ha escuchado, y se acomoda en el asiento.  
— ¿Dónde quieres que vayamos a cenar? —le pregunto cuando estamos conduciendo por las calles de Outville.  
—Mmm... Hay un establecimiento cerca de aquí. Hacen de todo.  
Asiento, y me guía a través de las calles hasta que llegamos.  
Bajamos del coche, y me permito ponerle mi mano sobre su espalda baja. Su cuerpo está relajado, y el aroma dulce de su cuerpo me llega a mis fosas nasales. Una vez dentro, veo que hay alguna que otra pareja cenando, y sonrío.  
Nos sentamos en una silla cerca de la ventana que da al exterior, y se ve la playa desde nuestro lugar. Quizá después podamos ir...  
—Buenas noches, bienvenidos a "Claire's". ¿Qué van a tomar?  
Pedimos las bebidas, y cuando la camarera se marcha, nos quedamos en silencio.  
— ¿Sabes qué? —Me susurra, acercándose a mí—. Odio la Coca-Cola.  
Enarco una ceja.  
—Vaya, eso es raro. No conozco a nadie que la odie.  
Suelta una risa, y sus mejillas se enrojecen.  
—También odio el reggaetón —hace una mueca de asco—. Casi todas las canciones son machistas. Me decanto más por Taylor Swift, Twenty One Pilots...  
Suelto una carcajada, y niego con la cabeza.  
—Yo tampoco soy fan de ese tipo de música, tranquila.  
Se encoge de hombros, y la camarera vuelve a venir para tomarnos nota. Ella se pide un bocadillo de pollo a la plancha con ensalada, y yo una

hamburguesa con patatas.

—También odio las patatas —me dice rodando los ojos—. No me gustan nada.

—No sabes lo que te pierdes, rubia.

Enarca una ceja.

— ¿Ahora me llamas rubia?

— ¿Lo eres, no? —sonríó, y se lame los labios.

Comemos, y cuando terminamos estamos llenos. Salimos del lugar después de pelear por quien paga, y nos metemos en mi coche.

— ¿Puedo llevarte a casa? —Mi pregunta hace que sus mejillas se tiñan de color rojo—. Mi padre tiene curiosidad sobre ti.

Se acomoda en su lugar, y me estudia el rostro con una tranquilidad inquietante.

—Me conoces de hace poco, y le has hablado de mí a tu padre. ¿No te parece que vamos muy rápido?

¿Lo vamos?

Encojo los hombros.

—Sí —le respondo, y suelta una carcajada— ¿Te ríes de mí? —elevo una ceja, y cuando no deja de reír, le pincho con mi dedo en la barriga, haciendo que suelte otra risotada por las cosquillas.

— ¡No hagas eso! —me pide sonriendo—. Está bien, vayamos a ver a tu padre.

Asiento conforme, y nos marchamos de allí. La radio está encendida, y se escucha música con el volumen bajo. Está oscureciendo cada vez más, y la brisa que hace es más fría. En Outville, el paisaje es muy bonito. A pesar de ser una ciudad, está envuelta en bosques infinitos. Tenemos una playa en la costa —donde yo trabajo— y me gusta mucho vivir aquí. Nunca me ha mudado a ningún lado, y ese es uno de mis sueños en un futuro. Tener un buen trabajo y llevarme conmigo a mi padre.

Llegamos a casa, y abro su puerta para que baje.

—Eres todo un caballero —dice sin vergüenza.

Sin que lo espere acerco mi cuerpo al suyo, dejándola encerrada.

— ¿Eso es malo? —mi voz suena ronca, y miro sus ojos.

—N-no —balbucea, y riendo, cojo su mano y la llevo hacia casa.

Abro la puerta con mi otra mano, y dejo que ella pase primero. Nos recibe un pequeño pasillo acogedor de color blanco. Con dos espejos que llegan al suelo. Hay un perchero a la derecha, y un marco con una fotografía de mi

madre.

Klarissa se para en ella, y la mira sonriendo.

—Os parecéis mucho —me dice, y un calor extraño se apodera de mi cuerpo.

—Sí, aunque eres una de las primeras personas que lo dice. Casi todos dicen que soy más parecido a mi padre.

Me mira a los ojos, y me sonrío. Me encanta tanto... Quiero besar sus labios, ya.

Le pido que me siga hacia el salón, y encuentro a papá viendo un partido de fútbol, mientras come una ensalada. Debe haberse levantado para prepararla. Este hombre es muy testarudo. He intentado que me deje contratar a alguien para que ayude en casa, pues yo nunca tengo tiempo.

Pero nunca ha querido.

Cuando se percata de nuestra presencia, se queda mirando a Klarissa.

La observo, y se muestra un poco sorprendida por ver así a mi padre. Tan cansado físicamente. Tan echado a perder. No tiene prácticamente cabello, y su cuerpo es muy delgado. No queda rastro del hombre que una vez fue.

—Tú debes de ser Klarissa —le saluda—. Trubel me ha hablado mucho de ti —le dice, y hasta yo podría haberme sonrojado.

Klarissa suelta una pequeña risa, y se acerca a mí padre, quién extiende su mano hacia ella, y cuando la coge, deposita un beso en su palma.

—Eres muy bonita —le halaga, y ella susurra un "gracias" con toda la vergüenza del mundo.

—Voy a coger algún dulce, ¿quieres algo? —le pregunto a Mikail, pero niega.

—Comed vosotros —asiento y le pido a Klarissa que me siga hacia mi cuarto. Está ordenado, y huele a la colonia que siempre me pongo.

—Puedes sentarte en mi cama —le digo, y asiente encaminándose hacia ella. Se sienta lentamente. Me causa gracia que sea tan tímida con lo que quiere. Pero lo dejo pasar y bajo a la cocina a por pastel que tengo en la nevera. Cuando subo, está sentada en mi cama, acomodada. Se ve tan bien ahí...

Mi mente comienza a imaginar si se vería mejor conmigo encima de ella, besándola con suavidad.

—Qué hambre tengo —le digo, aligerando el ambiente.

Comenzamos a comer pastel y nos ponemos a ver una película. Tengo una televisión frente mi cama, sobre un escritorio el cual apenas utilizo. Tengo en



él unos cuantos libros que mamá me regaló hace unos años. Harry Potter, El principito, etc...

No sé cómo pasa, pero ella acaba recostada en mi hombro, mientras yo envuelvo sus hombros, y acaricio su largo cabello que ha soltado, dejándole las marcas de la trenza.



—Vamos, Klarissa...

Gruñe, y se acomoda mejor en mi cama, envolviendo mi cuerpo con sus manos. Estas son suaves, y delicadas. Se ha quedado dormida, y ya son la una de la madrugada.

Debo llevarla a su casa.

—Vamos... —se restriega una de sus manos por su ojo, y cuando me ve, pega un pequeño salto, echándose hacia atrás.

—Lo-lo siento —tartamudea—. Me quedé dormida...

Sonrío, y me levanto de la cama.

—Es tarde, y he de llevarte a casa.

Por mi podría quedarse a dormir aquí, en realidad. Pero sus padres me matarían.

Asiente, y perezosamente se levanta de la cama.

— ¿Me llevas? —Dice elevando los brazos, y yo arqueo una de mis cejas —. Por favor...

Sabe que no debe ni pedirme por favor. Tan solo me ha dejado sorprendido.

Me acerco a ella, esperando a que me diga que es una broma. Pero no. Llego hasta ella, y la cojo por la espalda y las rodillas, haciendo que su pequeño cuerpo se junte al mío. Pasa sus manos tras mi cuello, y así bajo las escaleras.

Salimos de casa con un poco de dificultad, pues tengo las manos ocupadas, pero llegamos perfectamente al coche, donde la bajo al suelo.

Abro la puerta y ella con pequeños pasos entra, y cuando cierro su puerta, se apoya en ella.

Arranco el coche unos segundos después. Las luces del barrio donde vivo están todas encendidas, y se ven bonitas. No es que yo viviera en un buen lugar —ya que a veces podía haber mucha delincuencia en mi barrio—. Pero de momento es todo lo que puedo tener.

Llegamos a su casa, y cuando aparco, observo que está dormida. Me da pena despertarla, me podría quedar toda la noche observando sus rasgos...

—Klarissa... —abre uno de sus ojos azules, adormilada.

— ¿Hmm? —Sonrío, y salgo del coche.

Tras llegar a su puerta, con cuidado la abro y cojo sus manos para impulsarla hacia mí. Cuando queda pegada a mí pecho, puedo sentir mi cuerpo tensarse. Estamos muy cerca, y eso me pone nervioso.

Ella me mira a través de sus largas pestañas, y para mi sorpresa, eleva su mano izquierda, y acaricia mi mandíbula. Yo me quedo mirándola a los ojos, con el corazón latiéndome a mil por hora. Se le ve tan concentrada...

Su mano va a parar a mi nuca, y con suavidad, empuja mi cuello hacia abajo.

Hacia ella.

—Me lo he pasado muy bien contigo, rubio. Muero de ganas porque nos volvamos a ver.

Sonrío a escasos centímetros de sus labios. Puedo simplemente acortar la distancia y besarla con todas mis ganas, pero creo que no sería lo mejor. Nos lo hemos pasado genial, y quiero volver a salir con ella.

— ¿Puedo invitarte a ir a la playa un día de estos con Boyd y Alaska? — susurro en su oreja, y su cuerpo se tensa en respuesta. Mis manos se colocan en su cadera, y aspiro su fragancia.

—Estaría encantada —musita, y su vista se clava en mis labios.

—Nos vemos muy pronto, rubia —le respondo sonriendo, y me alejo apenas unos centímetros. Resopla, y me entran ganas de soltar una carcajada.

—Buenas noches, Trubel.

Me deja un beso en la mejilla, y se marcha hacia su casa. Me quedo esperando a que entre, y después de ello, vuelvo al coche.

Llamo a Boyd, y tras hablar unos minutos con él, voy hacia el muelle, al lado de la playa. Hoy había un cargamento más grande, y debemos tener completo cuidado.

## Capítulo 4

“El amor está compuesto por una sola alma que habita dos cuerpos  
— *Aristóteles*”.



Pasa una semana hasta que vuelvo a verla. Me he arrepentido millones de veces por no haberla besado en ese momento, cuándo podría simplemente haber juntado nuestros labios.

No he podido contactarme con ella, pues no he tenido apenas tiempo. Las cosas no salieron tan bien en uno de los encargos de unos compañeros, y estamos intentando pasar desapercibidos. Lo más que podemos. Es simple, si uno falla, todos debemos escondernos durante unos días. No podemos permitirnos que alguien vaya a la cárcel, y paguemos todos por eso.

Tampoco es que tuviera su número de teléfono, y ella está en su última semana de bachiller —según me ha contado Boyd— y tendrá la selectividad.

—Esta noche hay una fiesta, celebramos que no nos han pillado, y que hemos podido salir bien —escucho que me dice Boyd, pero no le presto mucha atención. Estoy totalmente concentrado en las grandes escaleras de la salida del instituto, esperando a que la chica rubia, de ojazos azules y que comenzaba a volver loco mi corazón, saliera.

—Sí, si —le digo, sin prestarle atención.

—Oye, Trubel... —ante ese tono de voz por su parte, giro la cara hacia él. Lleva hoy una camiseta de manga larga blanca —aunque la tela es fina—, y unos pantalones vaqueros que le llegan por las rodillas. Tiene puestas sus típicas bambas Nike desgastadas.

La ropa que lleva contrasta con el tono de su piel de color negra, y aún me sorprende que tenga ese color de ojos. Su cabello es castaño, y es un tío bastante fuerte. Me supera unos centímetros de alto, pero yo tengo más

músculos que el —y más fuerza—. Igualmente, en una pelea entre los dos, igualaríamos bastante.

—Dime —le respondo, y me coloco las gafas de sol sobre la cabeza, clavando mis ojos en los suyos.

—Klarissa es una chica bastante tímida, y Alaska tiene miedo de que la asustes —me sorprende que me diga eso, pero sigue hablando—, solo lo digo porque no sabemos qué es lo que quieres de ella, y no quiere que su amiga sufra.

¿Hacerle daño a Klarissa? Eso estaba completamente fuera de mis planes.

—Ella me gusta —le respondo después de pasarme la lengua por mis labios—. No voy a hacerle daño, tranquilo.

Asiente levemente con la cabeza, y el timbre anunciando el fin de clases, suena.

Boyd me ha contado que Alaska tiene pensado ir junto a Klarissa a la universidad de Greenville, una ciudad que se encuentra a una hora más o menos de aquí. Quieren alquilar un piso entre las dos, y convivir juntas.

Fijo mi vista en las escaleras, y veo a mucha gente bajar, menos a ella.

¿Estará enferma? Aunque no puede ser, ya que Boyd me ha asegurado que estaba.

Tengo ganas de verla, pero no sé cómo reaccionar. De repente me siento nervioso. ¿Le doy un beso en la mejilla? ¿Un abrazo? De solo pensar en su posible rechazo, un gusto amargo se instala en mi garganta.

Justo en el momento en que la veo bajando las escaleras, noto que puedo respirar con tranquilidad. Va acompañada de Alaska, y la sonrisa que tiene plantada en la boca, me encanta.

Sus ojos hacen contacto con los míos cuando Alaska golpea su brazo, y noto que su timidez vuelve a ella, y deja de sonreír. Acaba de bajar las escaleras, y ríe cuando vemos a Alaska saltarle encima a mi amigo.

Ellos se quieren, y pensar que me estaba riendo de ellos hacía unas semanas, me causaba risa.

—Hola —me saluda cuando termina a unos pasos de mí, y sus mejillas se enrojecen.

—Hola, fea —la saludo dándole un toque con uno de mis dedos en su nariz, y ríe.

— ¿Cómo has estado? Desapareciste —pregunta acomodando su mochila en el hombro, y yo delicadamente se la quito de él, para ponerla en el mío.

—He estado muy bien, rubia. Un poco liado, pero nada que no se haya

podido solucionar —encojo los hombros, y me muestra una sonrisa.

Mi corazón va a mil.

—Llegué a pensar que no querías verme más —en vez de sonar triste, sonrío divertida—. En fin, he de hacer un trabajo y preparar unas cosas... ¿Quieres que quedemos?

No sé que responderle. Estos días he estado muy poco tiempo con mi padre, y me preocupa que pueda pasarle algo. Pero si Mikail se entera de que he desperdiciado esta oportunidad para quedarme en casa, me meterá una patada en el culo.

—Claro, me parece perfecto. Pero vamos, que te invito a comer —le digo, esperando a que acepte.

Eleva una ceja.

—La otra noche quise invitarte yo, pero al final terminaste pagando tú la cena. Así que vamos, rubio, que yo invito.

Pasa por mi lado, y se monta en el asiento de copiloto del coche con completa confianza, haciendo que suelte una gran carcajada por su respuesta.

Boyd y Alaska deciden seguir su camino a pie, y tras despedirme, entro al coche.

—Muy bien. ¿Dónde vamos? —le pregunto colocando la palma de mi mano en su muslo.

—Yo te guío —responde nerviosa.

Asiento, y enciendo el coche. Nos ponemos en marcha, y estamos durante un rato en silencio. Solo se nos escucha hablar cuando me indica el lugar donde vamos a ir, y pronto me doy cuenta de que nos dirigimos a su casa.

— ¿Qué hacemos aquí? —le pregunto cuando me pide que aparque.

No me responde, y sale del coche. Lo que hace que la siga.

—Fácil. No hay mejor comida que la casera. Y a pesar de que no soy una gran cocinera, me manejo bien. Así que hoy te cocinaré.

Sonrío y paso por su lado cuando abre la puerta y me pide que entre. Su casa es completamente diferente a la mía. Esta nada más entrar tiene un enorme recibidor que te lleva directamente hacia el salón, desde donde se ve una cocina americana.

Todo está muy iluminado por la luz solar que entra, y a pesar de todo, me siento bien allí. Un poco incómodo, pero bien.

Hay unas escaleras de caracol que llevan a la parte de arriba, pero Klarissa coge mi mano con un poco de timidez y me lleva hasta la cocina, la cual es enorme. Todo es de color blanco, menos el mármol de color granito, y

la nevera de color gris. Hay una mezcla de colores blanco, negro y gris que quedan elegantes.

Me pide que me siente en la silla al lado de la mesa que hay en la cocina, y le hago caso.

— ¿Preparado para morir de amor con mi comida? —pregunta juguetona.

*Estoy preparado para morir de amor; con ella.*



Sinceramente no hay mucho secreto tras mi apodo "Trubel". No me gusta que la gente sepa cuál es mi verdadero nombre, porque no me trae buenos recuerdos. De pequeño yo fui un chico con muchos problemas. Tenía déficit de atención, y muchos se burlaban y me hacían bullying por ello. Y eso era algo serio de lo que pocas veces se hablaba. Mamá y papá siempre me apoyaron, pero en ese momento era débil.

¿Por qué se reían? Además de por el problema que tenía, según ellos mi nombre era de chica. Cosa que me hace gracia hoy en día, pero aún así, prefiero que me llamen Trubel.

Me conocen por mi apodo. Un hombre que en su adolescencia se metió en todo tipo de peleas. Alguien a quien le encanta la adrenalina que desprendía el sentir que ya nadie se reía de mí. Me había vengado de aquellas personas con tonterías, no pensaba en lo que hacía. Por ello también manché mi nombre, y prefería que se me conociera por mi apodo.

Con los años he madurado, y a pesar de que solo tengo veintiún años, las experiencias me han servido de mucho.

Miro como Klarissa se mueve de un lado a otro, con un delantal puesto. Me causa risa el cómo le queda, pues resulta adorable. No hay nadie en su casa, y eso es una gran tentación para mí. Pero sé lo que hago y lo que no. Y solo quería observarla.

Y besarla.

Sobre todo lo último.

Está preparando raviolis, y ella misma hace la masa. Está completamente atenta con la harina, y de repente quiero divertirme un rato. Por eso, me acerco hacia ella con pasos sigilosos, y sin que me vea, cojo un poco de harina.

—Rubia —la llamo, y cuando se gira, soplo la harina que se encuentra en mi mano, en su cara.

Pega un grito, y yo comienzo a reír como un loco. Eso ha sido muy divertido, y me causa risa ver que tiene la cara completamente blanca.

Podría jurar que está sonrojada, pero la harina tapa su cara.

— ¡Eres odioso! —Me grita enfadada, y me acerco de nuevo—. ¡No te acerques, Trubel! ¡Estoy muy enfadada!

¿Quién puede tomarla en serio cuando da tanta gracia así? Por qué yo no.

—Lo siento —intento dejar de reír, pero ha sido en vano.

Rueda los ojos, y después de ello pega un grito.

— ¡Pica! —se queja y comienza a dar pequeños saltos, haciendo como si su mano fuera un abanico, pasándola por su ojo.

Me acerco rápidamente, y ella no dice nada esta vez. Deja que coja su cara entre mis manos, y que sople su ojo intentando quitar la harina.

—Ven, vamos al baño y te mojas la cara —le pido, y ella asiente dirigiéndome hacia una puerta blanca donde se supone que está el baño.

Entramos y espero a que se quite la harina. Cuando acaba, me pide la toalla que hay colgada en la puerta de una enorme bañera, y tras cogerla, se la acerco.

—Me duele... —se queja, y permite que me vuelva a acercar.

—Lo siento, rubia. No quería que esto pasara.

Deja que sople unas cuantas veces su ojo, mientras ella lo abre y cierra.

—No importa —responde, y sale del baño pasando por mí lado, para dirigirse a la cocina.

La sigo, y cuando va a volver a ponerse a hacer la masa, cojo suavemente su mano derecha.

—Solo quería que lo pasáramos bien —le digo culpable—. Soy un estúpido.

Sonríe y asiente.

—Sí, la verdad es que lo eres.

Elevo una ceja.

— ¿Y qué más?

Resopla, y posa sus manos sobre la cintura. Hoy va preciosa —como siempre—. Lleva un leggin de deporte gris, y una camiseta de manga corta ancha de color rosa palo. Su cabello está recogido en un moño despeinado, y no tiene una pizca de maquillaje.

Sonríe diabólicamente, y sin esperarlo da un pisotón en mi pie, lo que hace que me encorve por el dolor. Entonces ella aprovecha para colgarse de mi cuello, y juntar nuestros labios.

Su acto me ha tomado desprevenido.

Solo ha sido un pequeño roce, pero simplemente eso ha hecho que mi corazón comience a golpearme con fuerza en el pecho.

—Ups... Lo siento —se disculpa sonriendo, y sin dejar que me acerque para volver a juntar nuestros labios, niega con la cabeza—. No, no. Ahora siéntate.

Resoplo con frustración, y una hora después, estamos comiendo raviolis como si nada. Están deliciosos, bañados en salsa de tomate. Son de carne, y mi boca se hace agua.

—Están buenísimos —le digo, y ella toma un sorbo de agua.

—Lo sé. Sobre todo por qué los he cocinado yo.

A veces puede resultarme sorprendente el que sea tímida, pero que de un momento a otro toda la timidez se esfume.

Acabamos de comer, y tras ayudarla a limpiar la vajilla, subimos las escaleras en dirección a su habitación.

—Bienvenido a mi humilde morada —bromea, pidiendo que pase.

Su habitación es muy bonita. Hay una cama en el centro de matrimonio, con sábanas de color rosa. Un enorme cuadro justo encima, donde sale una niña pequeña de cabello rubio y rizado, con esos ojos con los que no puedo dejar de pensar.

También hay un escritorio, unas cinco estanterías repletas de libros, y un gran armario ropero.

—Pondré un poco de música.

"Ride" de *Twenty One Pilots* suena, se sienta en su escritorio, y comienza a hacer un trabajo. De vez en cuando me habla, y otros momentos estamos en completo silencio.

Un rato después, el timbre suena, me pide disculpas, saliendo de la habitación. Escucho unas voces, pero no presto atención. La puerta se abre, y elevo la mirada cuando escucho la voz de un niño pequeño venir hacia aquí, y pocos segundos después Klarissa entra con él.

—Alexander, él es Trubel —le dice al pequeño niño.

Tiene el cabello rubio, y sus ojos son completamente iguales que los de su hermana. Se muestra un poco desconfiado, y supongo que es normal. No me conoce.

— ¿Puedes echarle un vistazo mientras acabo el trabajo? Serán sólo unos minutos.

Nunca se me han dado bien los niños, pero cuando Klarissa sigue con el trabajo, comienzo a jugar con Alexander. Es un niño bastante silencioso, así que en realidad apenas hablamos.



## Capítulo 5

“Deberíamos amar, no caer enamorados.  
Porque todo lo que cae, se rompe  
— *Taylor Swift*”.



Justo después de que la niñera de Alexander venga a la casa de Klarissa, se lo lleva. Supongo que sus padres estarán trabajando. Igualmente, creo que no es bueno dejar que un niño crezca lejos de sus padres. Son quizá recuerdos que se quedarán grabados en su mente para más adelante.

—Oye, Klarissa —le digo cuándo sigue terminando algunos apuntes, y me acerco por detrás. Está en una silla, y poso mis manos en el escritorio, dejando que mi espalda se pegue en el respaldo de la silla.

Da la vuelta —ya que es una silla giratoria— y queda muy cerca de mí, ya que estoy inclinado. No me echo hacia atrás, y ella tampoco. Nuestros rostros están muy, muy cerca, y me siento ansioso por dar el paso y devorar esa boquita provocadora que tiene.

— ¿Sí? —musita con la voz baja, y la sangre sube a sus mejillas. Adoro verla sonrojarse.

—Hacen esta noche una fiesta en casa de un amigo. Tengo ganas de salir, y Boyd junto Alaska estarán allí. ¿Quieres venir conmigo?

Enarca una ceja, y coloca una de sus pequeñas manos sobre mi bíceps.

— ¿Es una cita, Trubel?

—Hm... —sonríó—. Podría decirse que sí. Quiero que conozcas a mis amigos.

— ¿Y por qué quieres que los conozca? —pregunta juguetona.

—Quiero que vean a la chica preciosa que está conmigo.

Sonríe, y sopesa mi pregunta.

—No sé si mis padres me dejarán.

Encojo los hombros.

—Diles una mentira. Di que vas a dormir a casa de Alaska. Aunque sea verdad, ellos no saben que irás a una fiesta.

—Uh... O sea que quieres que mienta a mis padres... Eres una mala influencia.

Una extensa sonrisa surca en mi boca, y me acerco tanto que nuestras respiraciones se entremezclan.

—Solo les estás omitiendo un par de cosas... Venga, rubia. Vamos a pasarlo bien.

Suspira, y asiente con la cabeza.

—Vale, vale. Tienes suerte de que haya terminado los deberes. Ahora voy a ducharme, y tú espérame aquí.

Me alejo de ella para que se levante, y se interna en el baño.

¿No se ha olvidado algo? —pienso, y sonrío.

Veinte minutos después, ya me he recorrido toda la estantería. Tiene bastantes libros, y he visto algunos que he leído. No es que sea un aficionado, pero desde pequeño mamá me inculcó en la lectura, diciendo que era algo muy bueno. Que aprendes a escribir mejor, a expresarte y a leer mejor.

Visualizo los marcos de fotos que tiene en las estanterías, y veo en muchas de ellas a Klarissa junto con Alaska. En ellas también se ve a un chico, el cual no conozco.

—¿Trubel? —la escucho llamarme. Tiene un baño en su habitación.

—Dime, rubia.

Me acerco a la puerta, y solo se escucha el silencio.

—Yo... Eh... He entrado rápido y no he cogido la ropa...

—Ajá —digo completamente divertido. Yo sí me he dado cuenta de eso.

—¿Podrías...? —Carraspea, y una pequeña risa silenciosa escapa de mi boca—. ¿Podrías cogerla y dármela?

—Claro —sonrío con todas las ganas, y paso mis manos por mi cabello rizado.

—Vale, eh... Coge por favor una falda de tubo negra que hay colgada en el armario de dos puertas, y en la misma percha hay una blusa rosa.

Le hago caso, y me acerco al armario. Tras abrirlo, con dificultad encuentro la ropa, ya que tiene mucha.

—¿Qué más? —le pregunto, aunque se lo que va a decirme.

—Esto es muy vergonzoso... —escucho que susurra, y suelto otra risita—.

Mmm... E-en el cajón que hay justo al lado izquierdo de la cama... Allí, ábrelo y coge un sujetador de color crema —musita, y me acerco a donde me dice para coger el sujetador. Este es simple, y no muy grande.

—Ya está —le aviso.

—Uh... Ahora abre el de abajo, y... Coge e-el t-tanga negro —balbucea, y la sangre escapa de mi cuerpo.

Joder.

Yo que pensaba que me iba a pedir que sacara unas braguitas con algún dibujo en ellas...

Totalmente tenso, abro el cajón y busco lo que ella pide. Cuando encuentro el tanga, cierro el cajón y veo que es uno de encaje. En el medio, tiene un lazo del mismo color que la prenda.

—Y-ya está —digo nervioso, y me acerco a la puerta. No sé porque me he puesto así. En mis veintiún años he sacado mucha ropa íntima, pero siento que con ella es diferente. Con ella siento que es más... Íntimo.

Justo cuando estoy en la puerta, se abre una rendija y le ofrezco la ropa. Apenas puedo ver nada, y cuando nuestras manos se tocan, siento la calor expandirse por mí cuerpo.

Cierra con rapidez, y me quedo sentado en su cama, esperándola.

Cinco minutos después, sale del lavabo. Mi boca se seca en cuanto la veo. Se ha rizado el cabello con espuma, y este se ve un tanto más corto. Tiene los labios de color morado, rímel y sombra de ojos. No sé si es porque sus mejillas están sonrojadas, si no es así, también lleva colorete.

La falda de tubo se amolda a su cuerpo, y me entran ganas de suspirar. La blusa es escotada, y siento algo allí abajo en cuanto caigo en la cuenta de que se que es lo que lleva bajo toda la ropa...

—Estás jodidamente preciosa —le digo, y ríe avergonzada.

Se acerca a un zapatero, y se pone unos tacones negros. El tacón es bastante gordo, y le estilizan mucho el cuerpo.

—Ya estoy lista para irnos —susurra, y coge una chaqueta tejana, un bolso donde mete el móvil, dinero, un pintalabios, pañuelos, y no sé cuántas cosas más.

—Bien —balbuceo—. Tenemos que pasar por mi casa para que me cambie.

Asiente, y salimos de su habitación para comenzar a bajar las escaleras de su casa. Antes de irnos, se acerca a su hermano Alexander, y a la niñera a la cual llama "Jennifer", y nos marchamos.

Entramos en mi coche, y el olor de su perfume impregna todo. Es dulce, y podría jurar que es olor a coco.

Una vez hemos llegado a mi casa, Klarissa me informa de que Boyd y Alaska están en la fiesta, esperándonos. Entramos, y papá nos observa divertido.

— ¿Dónde vais? —pregunta comiéndose una porción de pizza, mientras mira el fútbol.

—A una fiesta —responde Klarissa, y papá la observa.

—Vas preciosa, querida. Si puedes, vigila el culo viejo de mi hijo.

Ruedo los ojos, y Klarissa suelta una risita.

Cojo su mano, y comenzamos a subir las escaleras para ir a mi habitación. Al entrar, se sienta en mi cama, y yo saco una camisa negra y unos jeans tejanos del armario. Cojo del zapatero unas Vans negras, y un reloj que suelo ponerme cuando salgo de fiesta.

Allí, delante de Klarissa, me saco la camiseta. Cuando me pongo la camisa, observo que no ha dejado de mirar mi cuerpo. Abrocho los botones, y entonces voy al baño para acabar de prepararme. Una vez terminado, voy a su encuentro.

Frunzo el ceño cuando veo que no está en la habitación, y tras echarme colonia y coger dinero, bajo las escaleras para ir hacia el comedor.

Papá y ella están mirando la tele mientras ríen, y él le ha ofrecido un trozo de pizza que ahora ella se está comiendo.

Mierda, no me he acordado de preguntarle si quería cenar algo antes de irnos. Yo tengo el estómago cerrado.

—Siento no haberte preguntado si querías cenar algo —le digo avergonzado sentándome a su lado.

—No pasa nada, Trubel. Con un trozo de pizza tengo. Además, no tengo mucha hambre.

Asiento, y cuando termina nos despedimos de papá.

—Mikail me cae muy bien. Se ha quedado algunas veces mirando fotos de tu mamá con nostalgia.

Un nudo atraviesa mi estómago.

—Ya... La echamos de menos. Ella era la alegría de casa. Siempre que llegaba del trabajo, se ponía a regañarnos porque no hacíamos nada en casa. Yo pasaba de todo en esos tiempos, y papá casi igual. Un día nos sentimos tan mal por hacerle trabajar siempre, que estuvimos semanas prohibiéndole que hiciera nada. Yo hacía de comer ya que mi madre me enseñó, y papá se

encargaba de limpiar la casa.

Klarissa suelta una carcajada, y posa su mano sobre la mía en el cambio de marchas.

—Estoy segura de que está muy orgullosa de ti, Trubel.

Cojo su mano, y la acerco a mi boca para dejar un beso.

—Gracias, rubia.



Llegamos a la fiesta, y la casa está prácticamente llena. Casi todos están fuera ya que hace mucho calor, y hay personas metidas en la piscina del patio.

Cojo su mano, y nos internamos entre la masa de gente mientras buscamos a nuestros amigos. Cuando les veo, le señalo a Klarissa donde están y vamos hacia allí — ¡Hombre! —Exclama Boyd—. ¡Ya era hora, tío! ¡Nos tienes aquí esperando por tu culo!

— ¿Está borracho? —susurra Klarissa en mi oreja, y asiento soltando una carcajada.

—Ya te digo.

Alaska se levanta del sofá donde estaba sentada, y se lanza hacia Klarissa.

— ¡Te la robo un rato! —me avisa la pelirroja, y asiento divertido.

Cuando las dos desaparecen, me siento en el sofá con mis amigos.

—Oye, ¿y esa tía? No veas qué buena está... —me dice Hugo, uno de nuestros amigos. No es que me llevara estupendamente bien con el... Corren rumores sobre que ha violado a una chica, y por eso no quiero que siquiera nombre a Klarissa.

—Vuelve a decir algo así de ella y te parto la boca, gilipollas.

—Vale, vale —suelta una carcajada, y se levanta del sofá para irse a no sé dónde.

—Oye tío, lo tuyo con Klarissa está yendo demasiado en serio, ¿no crees? —me dice Boyd.

— ¿Rápido? Pero si aún ni la he besado.

Abre los ojos desmesuradamente.

— ¿Enserio? Pensaba que sí.

Me encojo de hombros.

Pasa un rato, y ya he bebido unos cuantos cubatas. Lo que trae a la gente a estas fiestas, son las chicas. Justo a esta hora —las una de la madrugada—. Cinco chicas ebrias, comienzan a bailar para nosotros. Esto es algo de lo que me he quejado a Boyd muchas veces —aunque él no tiene la culpa de nada—, ya que para mí resulta un acto machista. A pesar de que las chicas lo hacen

porque ellas quieren. Algunas también porque necesitan dinero. Entonces, mientras unos se distraen mirándolas bailar, suceden otras cosas.

La gente aprovecha esos momentos para traficar droga entre ellos. Obviamente yo no participo en esto, ya que solo me meto en esos temas si son por trabajo. Aquí ningún amigo nuestro sabe en qué trabajamos. Quizá creen que estamos en la obra, como camareros... Se las suda, en realidad. Solo están deseando ver carne, y droga traficándose.

A pesar de todo, sé que no ha sido un peligro traer a Klarissa aquí. Mis amigos no van a hacerle nada —o de eso estoy seguro—, y menos si saben que van conmigo.

Layla —una de mis amigas—, está bailando, y me da pena por ella. No me gusta que haga eso, pero lo que nosotros opinemos no le importa en realidad.

Estamos cinco reunidos en el sofá, hablando de gilipolleces. Hugo ha vuelto, y con nosotros también está Charlie y Derek. Boyd ha bebido mucho más, y no para de decir tonterías.

Hace mucho rato que no veo a Klarissa, así que sin dar explicaciones me levanto del sofá y comienzo a hacer mi búsqueda. Sé que está con Alaska, pero igualmente me preocupo. Necesito verla.

— ¡Trubel! —escucho que alguien me llama, y bajo la vista hacia una chica morena. Ella es Laurel, alguien con quien me acosté hace muchos meses. No lo hice porque quería —ya que siempre intento acostarme con chicas que conozco—, pero esa noche estaba muy borracho, así que se aprovechó de eso. Tiene los ojos de color marrón, y rodeados de sombra negra. Esta se ha corrido debido al sudor, e incluso podría decir que da miedo. Su cuerpo es muy pequeño, aunque tiene algo de pecho. Tiene mi edad, a pesar de que a simple vista parece una niña de quince años.

Después, tuve una pelea con su novio, ya que yo no sabía que tenía pareja.

—Que tal, Laurel —la saludo sonriendo. No me gusta llevarme mal con la gente.

—Necesitada —se sincera, y arqueo una ceja. Posa sus manos con las uñas afiladas de color rojo en mi pecho—. Arriba debe haber alguna habitación desocupada. ¿Crees que podríamos ir?

—¿Perdona? —mi mirada se dirige rápidamente hacia una pequeña rubia que viene hacia nosotros —o hacia Laurel— con las mejillas completamente rojas. Sé que está un tanto borracha porque arrastra las palabras—. ¡Ni te acerques a él, perra! —grita, y me entran ganas de reír.

— ¿Y tú quien eres? —escupe con rabia Laurel.

— ¡La chica que le gusta! Así que lárgate si no quieres que te dé una bofetada.

Bueno, parece que se ha pasado con el alcohol.

—Klarissa...

Me mira frunciendo el ceño.

— ¡No digas nada! —Me apunta con un dedo—. Bueno sí, dile. Dile que te mueres por mis huesos.

Enarco ambas cejas. Se lo tiene muy creído esta rubia.

—Eres una cría, chica —se burla Laurel soltando una carcajada, y cojo a volandas a Klarissa en cuanto intenta abalanzarse hacia ella.

— ¡Y tú una fácil!

—Klarissa, ya basta —le digo lo más serio que puedo, aunque se me escapa la risa.

— ¡Encima la defiendes! —Me grita esta vez a mí—. ¡Suéltame, imbécil! —exclama cuando la alejo de allí, pues muchos comenzaban a mirarnos.

Salimos al patio, y no deja de retorcerse.

—Vas a hacerte daño —le advierto.

—Vis i hicirti diñi —me imita, y esta vez no puedo retener la carcajada.

Un poco alejados, la dejo en el suelo, y hace el intento de irse. Cojo su muñeca suavemente, y la acerco a mi cuerpo.

—Has bebido mucho, rubia.

Resopla.

—Así olvido que mi vida es una mierda —arrastra las palabras.

La encarcelo contra la pared, y respiro su aroma internando mi nariz en su cuello.

— ¿Por qué dices eso, bonita? —le pregunto dejando un beso en su cuello, y toda ella tiembla.

—Porque todo es una mierda.

Frunzo el ceño, y me aparto.

—No digas tonterías, Klarissa. Tienes todo lo que quieres.

Niega con la cabeza, y se aparta para mirarme con los ojos enrojecidos.

—Mentira. No sabes ni la mitad de las cosas.

—Entonces debemos poner solución a eso, ¿no crees?

Asiente, y se apoya en mi pecho.

—Sí, sí. Llévame a mi casa, bonito.

Sonrío, y la cojo como ella me pide, como una princesa.

—Me gustas mucho —musita quedándose dormida en mi coche.

## Capítulo 6

“Con el toque del amor todos se convierten en poetas  
– *Platón*”.



Dos días después de la fiesta, estoy en casa. Son las once de la mañana y acabo justamente de abrir los ojos. Me acosté tarde anoche por haberme quedado viendo una película, y ahora tengo sueño. Debo ponerme a limpiar la casa, por eso me levanto, me lavo la cara y bajo las escaleras de casa.

En sus tiempos, papá dormía en la parte de arriba también, con mamá. Pero dejó de hacerlo cuando ella murió, y el enfermó.

Recuerdo perfectamente como si fuese ayer lo que pasó. Algo salió mal, y mamá tuvo un accidente de coche cuando una rumbo al trabajo. Me daba gracia el pensar que alguien puede perder la vida con algo tan tonto. Que un simple accidente de coche puede arrebatarte la vida de un instante a otro. Ella estuvo semanas ingresada en el hospital, pero murió. Su corazón dejó de latir, y dejó de sufrir. La extrañaba como la mierda, pero no podía hacer nada. Ese día quise haberla besado más, y haberle dicho lo mucho que le amaba. Unos días previos al accidente, nos peleamos. Por suerte, se fue de nuestras vidas cuando le pedí perdón.

Bajo vestido con tan solo el pantalón de pijama, que consiste en un chándal gris, y mis bóxer azules sobresalen. Me gusta estar así de cómodo en casa. Además, poner música para entretenerme.

Entro a la cocina, y preparo café. Papá no lo puede beber, pero es algo que yo necesito para despertar. Mientras se hace, cojo los utensilios para hacer crepes. Tengo mono, y sé que no voy a estar bien activo si no los hago.

El timbre de casa suena de repente, y voy a abrir. Es bastante pronto, así que estoy seguro de que es Boyd. Cuando abro, encuentro su figura, y entra a



casa tras un choque de manos. Entonces, se dirige conmigo a la cocina.

— ¿Cómo está tu padre? —me pregunta mientras se sienta en la pequeña mesa que hay en la cocina.

—Bien, dentro de lo que cabe. El otro día le pillé colillas en el cenicero, y me enfadé mucho.

— ¿Dónde está? —pregunta de repente.

—Durmiendo —no pregunta nada más, y veo como desaparece de la cocina en dirección al dormitorio de mi padre. Hay la suficiente confianza como para que pueda ir por casa como si fuera la suya. ¿Qué más? Gracias al trabajo de su padre nos estoy manteniendo a Mikail y a mí, y con ello puedo pagar sus quimos.

Comienzo a hacer las tortitas, mientras reviso que el café esté terminando de hacerse.

Boyd entra con mi padre por la cocina, sentado en una silla de ruedas. Está mascullando todo tipo de insultos hacia mi amigo, y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Este negro me ha jodido el sueño —replica cruzándose de brazos.

—Buenos días a ti también, papá —le respondo divertido.

— ¿Qué cocinas? —me pregunta muy curioso.

—Solo estoy haciendo crepes —respondo encogiéndome de hombros.

Mikail mira a Boyd, y sonrío macabro. Ya no queda nada de su pelo rubio. Papá era todo un galán en sus años.

—Este desde que se ha echado novia se ha vuelto todo un cursi, ni reconozco a mí propio hijo —le dice divertido.

—No es mi novia —refunfuño, y me saca el dedo del medio.

Boyd y yo reímos, y cuando termino de hacer crepes, nos dirigimos hacia el salón. Desayunamos mientras vemos la televisión, y me siento muy bien allí con ellos. Boyd y papá se han quitado también las camisetas, por lo tanto estamos los tres con el pecho al aire. Me encanta tener esta confianza y compañía, y no sé qué haría sin alguno de los dos.

—Ayer me peleé con Alaska —nos dice Boyd, y papá y yo elevamos una ceja.

Problemas en el paraíso.

— ¿Qué ha pasado? —pregunta mi viejo.

Ruedo los ojos.

—Tonterías. Se puso celosa porque me vio hablando con una amiga suya en la entrada del instituto. Le dije que era para hablar de la fiesta que quieren

hacerle a Klarissa, pero aún así se fue enfadada.

—Mujeres —responde papá, y no se me pasa desapercibida la sonrisa de tristeza que se le instala en la cara.

— ¿Qué quieren hacerle a Klarissa? —pregunto interesado. Sé que pronto cumplirá los dieciocho.

Encoge los hombros.

—Ya sabes, una fiesta de celebración por sus dieciocho, en casa de algún amigo o amiga. Con muchos chicos, muchas chicas y alcohol para todo el mundo.

—Pero habrá menores —le redondo.

Boyd suelta una carcajada.

— ¿Desde cuándo te importa que hayan menores? Klarissa lo es.

—Eres gilipollas —respondo entre dientes.



Al día siguiente, me levanto temprano para limpiar un poco la casa, más que nada los restos que dejamos el día anterior los tres. Papá está sentado en su sillón como siempre, viendo la televisión.

El otro día, al terminar la fiesta, dejé a Klarissa en su casa. Sus padres apenas se dieron cuenta de que ella entraba, y la acompañé hasta su habitación. No paraba de soltar pequeñas risas, y yo estuve todo el rato tenso, ya que lo que menos deseaba era que sus padres me vieran.

Al día siguiente, apenas hablamos. Me dijo que se sentía muy vergonzosa por todo lo que hizo y dijo en la fiesta.

Pobre ingenua.

—Me duele un poco el pecho —me informa papá sacándome de mis pensamientos, y elevo la mirada de inmediato.

Me acerco a él, y me pongo delante de su cuerpo.

— ¿Qué sientes? —pregunto preocupado.

—Siento... Siento q-que —empieza a hiperventilar, y comienza a respirar con dificultad. Me altero rápidamente, y le miro con los ojos muy abiertos.

— ¡Papá! ¡¿Qué te pasa?!

Se pone la mano sobre el corazón, y entre palabras me dice que no puede respirar. Totalmente alterado, busco las llaves del coche, cojo a mi padre en brazos y salgo lo más rápido que puedo de casa. Voy sin camiseta, y en zapatillas, pero en este momento eso es lo que menos me importa.

Papá se desmaya, y noto como las lágrimas bajan rápidamente por mis mejillas.

—Por favor, no te vayas —le pido susurrando.

Al llegar, aparco de malas maneras el coche, y tras coger a mi padre de nuevo en brazos, corro como un loco hacia el hospital gritando por ayuda.

— ¡Un médico! ¡Por favor!

La gente me mira alterada, y pronto aparecen tres enfermeros con una camilla, se llevan a mi padre, y mientras uno de ellos me pregunta rápidamente que es lo que ha pasado.

Le cuento, y me para justo en una de las puertas.

—Usted no puede entrar más allá de aquí, siéntese y le mantendremos informado.

Asiento sin ganas de discutir, y cojo mi cabello con fuerza entre mis manos. Noto que respiro con dificultad, y que el corazón me va a mil por hora.

El no puede morir aún. Le queda mucho tiempo. Si él se va ahora, yo me quedaré solo en este mundo.



No sé cuánto tiempo ha pasado desde que han metido a mi padre en la sala de observaciones, pero cada vez siento que me desespero más. He llamado a Boyd hace unos minutos, y este está viniendo ahora mismo hacia mí. Pero lo que más me sorprende es que no viene solo.

Klarissa se abalanza hacia mí, dándome un fuerte abrazo reconfortante, que hace que pueda respirar un poco mejor.

—El va a estar bien —me susurra en el oído, y deja un beso en mi mejilla.

Siento que ahora mismo lo que más necesito es a ella, por lo tanto en cuanto va a levantarse, la cojo y la siento encima de mí. Ella apoya su cabeza en mi hombro, mientras comienza a acariciar mi nuca.

Boyd no puede ocultar su cara de sorpresa al vernos comportándonos con tanta confianza, y yo solo le puedo contestar sonriendo.

No sé cuántas horas han pasado, cuando un enfermero sale de la sala, para venir hacia donde yo me encuentro

—Supongo que usted es el hijo —me dice, y asiento—. Soy el doctor Greg. Su padre ha sufrido un ataque en el corazón. No tiene nada que ver con el cáncer.

—Pero el aún es muy joven para tener ataques —responde Boyd.

El médico le mira, pero me responde a mí.

—Eso ciertamente no tiene edad. Puede entrarle un ataque de corazón a un niño de diez años, igual que a un hombre de casi cincuenta. Su padre se encuentra estable, pero será mejor que pase aquí la noche para hacerle unas

pruebas.

Asiento desganado, y el doctor se despide y se marcha.

—Oye, amigo. Siento decirte esto pero tengo que irme a por mis hermanos, mis padres no pueden ir a buscarlos —me dice Boyd unos minutos después. No puedo enfadarme con él, sé que tiene cosas que hacer. Si pudiera se quedaría aquí conmigo todas las horas necesarias.

—Tranquilo, yo me voy a quedar con el —escucho que le responde Klarissa, y Boyd asiente, y se marcha—. Ven, vamos a tu casa.

Se levanta, y me extiende su mano para irnos. La cojo y me abraza con fuerzas.

—Todo va a salir bien. Tu padre es un hombre muy fuerte.

Siento las lágrimas en mis ojos acumularse en mis ojos, pero asiento.

Llegamos un rato después, pues he ido inmerso en mis pensamientos y no tenía prisa por llegar a casa.

Entramos y Klarissa me pide que vaya a mi habitación. Subo las escaleras sumido en mis pensamientos, y una vez en mi habitación me tumbo en mi cama, y pronto las lágrimas comienzan a caer de mis ojos.

¿Qué haré sin mi padre? No puedo siquiera pensar en una vida sin él. Una brecha se abriría en mi corazón. No tendría salida.

Klarissa sube pocos minutos después con dos platos hondos donde veo que hay crema de verduras, pero tengo el estómago cerrado. En cuanto me ve llorando, deja las cosas en mi mesa de escritorio y se tumba detrás de mí, abrazando mi cintura. Deja un beso en mi espalda, y yo agarro lo más fuerte que puedo su mano, mientras algunos pequeños sollozos brotan de mi.

No me da vergüenza llorar delante de ella, pero si siento que esto es muy íntimo. Mi corazón está roto, pero también golpea contra mi pecho como un loco por su cercanía.

Me giro poco a poco, y la observo.

Es tan bonita... Siento que me gusta más que nada, y que la necesito.

Acerca su mano hacia mi cara, y comienza a quitarme las lágrimas que caen de mis mejillas. Sé que debo tener los ojos enrojecidos. No me importa llorar y que me vea.

—No me gusta verte llorar... —susurra. Su cabello está esparcido por mí almohada, y está completamente tumbada y de lado mirando hacia mí. Sus pestañas revolotean en sus ojos, y sonrío con tristeza—. Mikail es muy fuerte, Trubel. Pronto volverá a estar en tu casa.

Pongo mi mano en su cadera, y su cuerpo se tensa. Comienzo a acariciar

sus costados, y cierra los ojos dejando escapar un suspiro. Le gusta mi toque en su cuerpo.

—Muchas gracias por estar aquí conmigo, Klarissa. No tienes ni idea de lo agradecido que me siento por tenerte ahora mismo a mi lado.

—Y yo que pensaba que me romperías el corazón —musita divertida, y enarco una ceja.

— ¿Por qué pensaste eso?

Se encoge de hombros.

— ¿Sinceramente? Nada más verte plantado en la puerta del instituto, y en esa pose chulesca en tu coche, supe que quizá serías el típico chico malo que me rompería el corazón en mil pedazos y se acostaría con otra en cuanto se aburriera de mí.

Frunzo el ceño.

—Eso es de ser cabrón.

Suelta una carcajada, y niega con la cabeza.

—No, enserio. Puede ser que por fuera creas que soy de una manera, pero no soy mala persona, Klarissa. A mí me han pasado muchas cosas, y lo último que quiero es hacerle daño a la gente que me importa. No podría utilizarte. Siento que eres mucho más para mí que eso.

Sus ojos brillan por emoción, y sonrío un tanto avergonzada.

—Aún no me has besado —me dice de golpe, y suelto una carcajada.

—Tú a mí tampoco —respondo divertido.

—Debes besarme tú —me contesta, y le miro a los ojos.

—No tiene porque ser así. Tú puedes besarme, igual que yo puedo besarte a ti.

Se acerca unos centímetros más a mí, y su cuerpo está a milímetros del mío.

—Pues yo ahora mismo quiero besarte. Pero lo vas a hacer tú —me ordena.

— ¿Yo? —resoplo divertido—. Que yo sepa, eres tú la que acaba de decir que quiere besarme. ¿Cuándo he dicho que quiera besarte ahora mismo?

Se hace la ofendida, y me da un pequeño golpe en el pecho.

—Eres odioso.

—Me lo has dicho millones de veces —ruedo los ojos con fingido aburrimiento.

— ¿Te callas y me besas?

—Bésame tú.

—No —niega con la cabeza—. Vas a hacerlo tú.

—Pues no —sonrío, aunque estoy muriendo de ganas por besarla ya. A pesar de que este juego está siendo divertido.

— ¿Te he dicho alguna vez que te odio? —refunfuña.

—Puede ser —me hago el pensativo—. Me has dicho tantas cosas...

— ¡Te odio!

Voy a responderle, cuando por fin, después de todas estas semanas, coge mi cara entre sus manos y estampa nuestros labios.

Me quedo quieto apenas unos segundos, recibiendo toda la información, y de pronto coloco la palma de mi mano tras su nuca, y la acerco todavía más a mí. Muevo mis labios sobre los suyos con posesión, con ganas. Muerdo su labio superior, y después el inferior, notando como tiembla contra mi cuerpo. Sus manos han ido a parar a mi espalda, y adentro mi lengua en su boca, tocando la suya.

Pensaba que nuestro primer beso sería pausado, lento... Pero ha sido tanta la espera, que solo quiero devorar su boca.

Jadea cuando bajo mis besos por su cuello, y lo hace a un lado para que tenga más espacio. Muerdo, y lamo la curvatura, y escucho un pequeño gemido provenir de su boca.

Vuelvo a fundir mis labios con los suyos, pero esta vez voy mucho más lento. Nos tomamos nuestro tiempo para saborearnos, y sonreímos cuando comenzamos a darnos simples piquitos.

Cuando nos separamos, jadeamos en busca de aire.

— ¿Has visto? Al final me has besado tú.

Rueda los ojos, y me calla con un beso.

## Capítulo 7

"El minuto en el que dejas de cometer errores,  
es el minuto en el que dejas de aprender  
— *Miley Cyrus*".



Estamos alrededor de una hora tumbados en mi cama, abrazados y besándonos. No puedo creer que por fin nos hayamos besado. He tenido ganas de probar sus labios desde el momento en que la vi.

— ¿Quieres que volvamos al hospital? —me pregunta entre susurros, y asiento. Nos levantamos y tras decirle donde está el baño cuando me pregunta, me visto decentemente.

—Ya estoy... —sale tímidamente del lavabo, y me observa. Me acerco a ella, y la rodeo con mis brazos. Acercó mis labios a los suyos, y dejo un beso sobre ellos.

—Besarte ha sido lo jodidamente más bonito que me ha pasado en mucho tiempo —le digo para intentar aligerar el ambiente.

Sonríe, y tras coger su mano, nos vamos de nuevo hacia el hospital.

—Por cierto... ¿Por qué no has ido al instituto? Hoy era tu último día... —le pregunto yendo hacia allí, mientras escuchamos algo de música por lo bajo.

—Boyd le contó a Alaska lo que pasó, y ella a mí. Llamé a Boyd y le obligué a que me llevara contigo. El último día de instituto no es ni de cerca más importante que lo que ha ocurrido.

—Y es algo que voy a recordar siempre —coloco mi mano sobre la suya, y la acaricio con la yema de mis dedos.

Entramos a recepción, y tras preguntar por mi padre, nos dicen en qué habitación se encuentra

—Te esperaré fuera —me informa Klarissa, y deja un beso en mi mejilla.

Asiento, y me adentro en la habitación. No tengo buenos recuerdos de los hospitales, y siempre intento evitarlos lo más que puedo. Me trae malos recuerdos por mi madre.

Papá está en una cama ahí postrado. Más ojeroso de lo normal, y no noto cuando lágrimas comienzan a caer de nuevo de mis ojos, recorriendo mis mejillas.

—Papá, no puedes dejarme —le digo soltando un sonido lastimero, esperando que escuche—. Aún es pronto, y te echaré mucho de menos. No quiero que te pierdas el ver cómo me enamoro como un tonto. No sé qué sería de mi vida sin ti.

Sus ojos comienzan a revolotear poco a poco, y le sonrío. Azul contra azul, y mi sonrisa completamente extensa contra la suya que está comenzando a crecer.

—Ni se te ocurra volver a asustarme así —le digo de repente serio, quitándome las lágrimas de la cara—. Me has pegado un gran susto.

Sonríe de nuevo, e intenta hablar.

—Idiota —dice de un golpe, y suelto una carcajada.

— ¿Enserio? ¿Abres los ojos y lo primero que haces es insultarme? —no puedo dejar de sonreír, y me levanto para darle un gran abrazo, teniendo cuidado.

Me palmea unas cuantas veces la espalda, y me pide que le dé del agua que tiene a un lado. Se la tiendo, y da unos cuantos sorbos.

— ¿Estás solo? —me pregunta entonces, y niego con la cabeza.

—Klari está fuera.

Pide que la llame, y salgo de la habitación para encontrarla mordiéndose las uñas, nerviosa.

—Rubia —ante el mote, levanta la cabeza, y se pone de pie para venir hacia mí.

— ¿Cómo está? —pregunta rodeando mis caderas con sus pequeñas pero firmes manos.

—Bien. Me ha pedido que entres conmigo.

Sonríe tímida, y acepta inmediatamente.

Entramos y veo como papá la mira con alegría.

—Hola. Siento las pintas —río con ganas por ese comentario, y Klarissa lo sonrío avergonzada.

—Hola, señor... —ella me mira esperando a que le diga el apellido de mi padre.



—Bond. Mikail Bond. —le responde papá—. Pero llámame Mikail, Miki o como quieras. Estamos en confianza.

Klarissa asiente agradecida.

—Me gustaría pedirte que te quedaras a cenar a casa en cuánto pueda irme de aquí, Klarissa. Me gustaría conocer más a la chica que tiene tan loco a mi hijo.

Noto como ella se sonroja, y puedo jurar que yo también lo hago.

—Claro, Mikail. Me encantaría.

Mi papá sonrío, y pide que salgamos, ya que quiere dormir un rato.

—¿Vamos a comer? Al final hemos dejado la comida que he preparado en tu casa —me dice mirándome a los ojos, y justo cuando voy a responderle, mi teléfono suena.

—Un momento —le pido, y asiente.

Me alejo unos pasos, y cojo el teléfono viendo que es Boyd. No me deja saludarle, cuando comienza a hablar.

—Tío, hoy empezamos antes. Hay que descargar un barco algo más grande, y hay que llevar la droga a otro sitio.

Frunzo el ceño.

—¿A dónde? Nosotros solo la llevamos al almacén.

—Lo sé —suspira—, pero hoy no.

Froto con la mano mi cara, y esta vez suspiro yo. Son las tres de la tarde, hay que tener completo cuidado.

—¿A qué hora? —le pregunto.

—Ven a buscarme a las ocho.

Me despido de él, y me giro hacia Klarissa, quién me mira algo interrogante. Estoy cabreado, pues tengo un muy mal presentimiento. Pienso estar equivocado, pero con esto nunca se sabe. Es algo muy peligroso todo lo que hacemos, y Klarissa no sabe todas las veces que yo me juego la vida casi a diario. Estoy algo harto por este trabajo. Quiero ser normal, y cobrar mi sueldo legalmente. Pero no tengo conocimiento alguno, y eso me frustra. No puedo estudiar, tampoco. Debo cuidar a papá hasta su último aliento.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupada, y ahí me doy cuenta de que ella al estar junto a mi también corre peligro. Siento que quizá lo mejor es alejarme. Pero mi cabeza me grita que no lo haga ni por asomo.

—No —respondo algo distraído—. Vamos a comer algo, rubia.

Se acerca hacia mí, y coge mi mano.

—Que sepas que a mí también me ha encantado besarte, Trubel. Moría de

ganas por hacerlo. No tienes ni idea —sonríe feliz.

Me contagia la sonrisa, y beso sus labios suavemente.

—Me encantas —dejo un beso en su frente, y cogidos de la mano nos vamos hacia mi coche, donde nos subimos animadamente.

Recorremos las calles de Outville, y paramos en un MC Donald.

—Me apetece una buena hamburguesa —le digo distraídamente.

—A mi también —me responde, y bajamos del coche.

Esta vez es ella quien busca mi mano, y nos internamos en el establecimiento. Pedimos la comida después de que unas cuantas personas dejen la cola, y cuando nos la entregan, nos sentamos en una mesa.

— ¿Has probado las patatas alguna vez? —le pregunto recordando que me dijo que no le gustan.

—No, ¿por qué? —pregunta curiosa, dándole un bocado a su hamburguesa.

—Pues porque muchas personas dicen que no les gusta una comida cuando no la han probado. Y justamente lo acabas de verificar.

Suelta una risita, y toma un sorbo de el Nester que ha pedido.

—No importa, sé con verla que no me va a gustar.

Frunzo el ceño.

— ¿Cómo puede ser eso?

—No seas pesado —resopla divertida.

Acerco mi cara a la suya y la beso. Muerdo su labio inferior cuando me separo, y me mira embobada.

— ¿Klarissa? —le pregunto divertido.

— ¿Si? —dice medio embobada, y con la boca un poco abierta.

—Cierra la boca, que te van a entrar moscas.

Suelto una carcajada cuando me insulta y coge una de mis patatas para tirármela encima.

— ¡Eres odioso!

—Lo sé, lo sé. No sé cuántas veces me lo has dicho ya —digo divertido.

— ¿Klarissa? —escuchamos la voz de alguien, y giramos los dos la cabeza. Quien la ha llamado es un chico alto, y pelinegro. Tiene los ojos marrones y la mandíbula marcada. A pesar de que es un flacucho.

— ¿Ashton? —pregunta sorprendida, y una sonrisa se extiende por los labios del chico.

—Cuánto tiempo... Estás muy bonita —le halaga, sin siquiera prestar atención a que tiene alguien justo en frente de su estúpida cara.

—Gr-racias —musita, y sus ojos se clavan en los míos—. Ashton, el es

Trubel. Trubel, el es...

—Su ex novio —responde por ella ese niño, y aprieto mis puños.

—Encantado —respondo levantándome para darle la mano. Cuando ve mi estatura, y mi cuerpo, sus ojos se abren desmesuradamente.

—Bueno... Nos vemos pronto, Klarissa. Adiós.

Se marcha, y me siento de nuevo en mi sitio. Cuando le miro a la cara, sus cejas están fruncidas en molestia.

— ¿Por qué has tenido que asustarle?

Frunzo el ceño.

— ¿Qué?

Resopla, y rueda los ojos.

—Le has intimidado.

Sonrío con perversidad.

—No es mi culpa que al verme se haya cagado en los pantalones, amor.

—Eres odioso.

—Aún así te gusto —le respondo guiñándole un ojo.



—Hola, tío —me saluda Boyd cuando paso a buscarle a las ocho, y entra al coche.

—Hola —respondo animado.

— ¿Qué tal tu padre? ¿Ha despertado ya?

Asiento con la cabeza algo ausente de repente, y arranco el coche para acabar con esto de una vez ya.

—Estoy pensando en dejarlo.

Siento como gira la cabeza hacia mí.

— ¿Lo haces por ella? —pregunta con hastío.

En realidad no sé bien por qué Boyd se arriesga tanto trabajando transportando drogas. Tengo entendido que su padre está —pero no— con ellos. Es decir; vive en su casa con ellos, pero pasa olímpicamente de todo. Es un hombre con mucho dinero, y me llevo bien con él, pero hay algo raro por ahí.

—En parte sí. Pero en realidad, he caído en la cuenta de que nos jugamos la vida cada vez que llegamos allí. Sé que puedo dejarlo en cualquier momento porque tu padre siempre me lo ha dicho, pero igualmente eso queda ahí. Tengo miedo de que algo salga mal y nos pase algo. Tengo un mal presentimiento.

Suspira y baja el volumen de la música que tengo puesta de la radio.

—Yo también tengo miedo cada vez que lo hacemos, pero no hay nada mejor que hacer. Tú tienes algunos estudios más que yo. Yo no tengo ni lo principal, Trubel.

—Tú puedes estudiar —le digo, y es la verdad.

Encoge los hombros, y decido callarme y seguir el camino.

Llegamos unos diez minutos después, y bajamos del coche.

—¿Dónde hay que llevar la droga? —le pregunto.

Me coloco una chaqueta negra que tengo en el coche, ya que hace algo de aire, y le sigo.

—A un club. Entraremos con la furgoneta por atrás, y alguien nos estará esperando para descargar.

—Esto no me da buena espina, Boyd. Nunca hemos llevado la droga a ningún sitio que no fuera el almacén.

Asiente de acuerdo, y llegamos al embarcadero. Un hombre de unos cuarenta años nos espera allí, y cuando nos ve nos hace un gesto con la mano.

—Supongo que sois vosotros quién os lo tenéis que llevar —nos habla con la voz grave, y asentimos con la cabeza.

Le acompañamos hasta el barco donde están dos tíos esperando, y comienzan a bajar las cargas.

—Voy a por el camión, ahora vuelvo —me dice Boyd, y asiento.

Cuando se va, no puedo evitar notar todo mi cuerpo tensarse.

Siento miedo.

—Tener mucho cuidado con este cargamento... Es para gente muy importante —me informa el señor, y yo asiento imperceptiblemente.

Está bastante desgastado. Tiene el cabello blanco por las canas, los ojos cansados. Una barriga sobresale de su camiseta, y me resulta algo desagradable aquello.

Boyd aparece con el camión, y tras abrir las puertas traseras, comenzamos todos a poner las cajas dentro. Terminamos y tras darnos la dirección exacta, salimos de allí. Esta vez quién conduce es Boyd.

Durante todo el camino vamos callados, y yo solo puedo pensar en la comida que he tenido con Klarissa.

«—*Queda muy poco para mí cumpleaños... —me recordó, y sonreí.*

—*Lo sé, haces dieciocho.*

*Me sonrió y puso su mano sobre la mía.*

—*Por la noche habrá una fiesta en mi casa, y me encantaría que vinieras. Boyd irá con Alaska, y yo quiero que vengas conmigo —me dijo*

*con timidez, por si le rechazaba.*

*—Me encantaría ir —respondí, y acaricié sus dedos.*

*Toda la cena estuvimos hablando sobre trivialidades, y me contó que les había hablado a sus padres de mí.*

*—Solo les conté que estaba conociendo a un chico... Mis padres son algo especiales, y quieren que te invite a cenar a casa antes de mi cumpleaños.*

*— ¿Cuándo quieres que sea? —le pregunté nervioso.*

*— ¿Te parece el miércoles? El viernes es mi cumpleaños.*

*Acepté, y nos pusimos a comernos el helado al cual le había invitado».*

*—Estamos llegando —escucho que me dice Boyd. De golpe, mis manos comienzan a sudar.*

*El cielo está oscureciendo, y poco a poco la oscuridad rodeará todo.*

Cuando llegamos, entramos marcha atrás hacia el club por la parte trasera, entonces vemos que hay unos cinco chicos esperándonos. Estos son grandes, y fuertes. Todos llevan el mismo rapado, que consiste en dejar solo el tupé, y todo lo demás está rapado. Cuando bajamos, observo que tienen el mismo corte en la ceja izquierda todos.

Imponen mucho respeto.

—Llegáis tarde —nos informa el cabecilla del grupo, parece ser—. Abrir las puertas.

Hacemos caso, y en silencio abrimos las puertas. Entonces, comienzan a bajar todas las cajas. Debe haber unas treinta. Treinta cajas de drogas. Si nos pillan, iremos directos a la cárcel por tráfico de drogas.

Cuando acaban de bajar todas las cajas, uno de ellos se acerca y nos tiende una mochila, donde ahí está el dinero. No podemos irnos sin contar, así que Boyd se pone a ello mientras yo inspecciono los alrededores. Estamos lejos del centro de Outville, esto está en las afueras, cerca de las naves industriales. Se escucha la música dentro, y hay un parking donde muchos coches están aparcados. Es un puticlub con todas las palabras. Aquí las mujeres se prostituyen. Y no las voy a juzgar. Hay mujeres que no pueden impedirlo, y que deben prestar sus servicios para ganar dinero, como lo estamos haciendo nosotros al transportar los estupefacientes.

—Faltan diez mil —escucho que decía Boyd de repente, y se levanta del suelo—. El trato era cien mil por las treinta cajas.

Joder... Noto todo mi cuerpo tensarse, y mi respiración agitarse. Esto no puede estar pasando. De repente, todos se ponen en poses a la defensiva, y noto mi cuerpo sudar. Mi frente pronto comienza a hacerlo, y noto que me entra

mucho calor. Soy un hombre fuerte, pero somos dos contra cinco, joder.

—Os vais a llevar lo que hay —dice uno de ellos, y Boyd se posiciona a mi lado.

—Quiero la puta pasta que falta, ahora.

Entonces, se desata el caos.

## Capítulo 8

"No puedo esperar al día en que deje de pretender que estoy bien cuando no lo estoy  
— Taylor Swift".



Pronto comienzan a acercarse a nosotros. Boyd y yo nos ponemos a la defensiva; en pose de ataque. Que sean cinco contra dos no ha a hacer que me quede de brazos cruzados.

—No queremos problemas —hablo por primera vez, y las cinco miradas se clavan en mí—. Si nos dais los diez mil que faltan, nos iremos y como si nada —respondo con la mandíbula tensa.

Uno de ellos suelta una carcajada, y sé, en ese momento, que esto no va a terminar nada bien. A esto me refiero cuando digo que algo puede no salir bien en cualquier momento. Estamos a dos pasos de recibir la peor paliza de nuestra vida.

Tres de ellos se quedan más atrás, y los otros dos se ponen en modo de ataque. De repente, uno de ellos se abalanza hacia mí. Sin apenas enterarme de nada, él suelta el primer puñetazo. El chico es rubio, y de mirada seria. Tiene las pupilas dilatadas, y entonces supongo que estará colocado hasta la médula.

Es más fuerte que yo, y dos veces más grande.

Su puño conecta con mi mandíbula sin esperarlo, y la siento crujir. No me quedo atrás, y se lo devuelvo en la barriga, lo que hace que se eche hacia delante, y así aprovecho para darle otro puñetazo en la cara. No soy salvaje, pero en estos momentos no puedo dejarme ganar por nada ni nadie.

Miro de reojo como Boyd ha recibido unos cuantos puñetazos, cuando siento que me pegan directamente en la nariz, de la cual comienza a salir sangre. Guío mi mano hacia ella, y la aprieto aunque me transmite mucho

dolor. Entonces, aprovecha para darme otra patada. Otro más se acerca, y me mete otro puñetazo en la boca, haciendo que caiga al suelo. No puedo defenderme contra dos hombres. Soy fuerte porque me he entrenado, pero estos hombres son como cuatro de mí. A duras penas Boyd puede con ese hombre. Pronto comienzo a sentir más dolor por todo el cuerpo, a causa de todos los puñetazos que me están dando. Tapo mi cara, pero eso no protege mi cuerpo, el cual sufre más cada vez que me atestan otra patada, o puñetazo. Noto que me lanzan patadas en la barriga, en la espalda, en todos lados. Por un momento pienso que aquí me voy a quedar, que este es el fin. Pero tras escuchar a uno de ellos decir que ya pueden parar, se marchan corriendo, como cinco jodidos cagados.

Me quedo aquí tumbado, consciente pero a la vez no. Siento que no puedo moverme, que con cualquier movimiento puedo morir de dolor.



Abro los ojos poco a poco, la luz cegadora del lugar donde estoy no me dejaba abrirlos por completo. Siento mi cabeza palpar, y un odioso sonido al lado de mis oídos. Cuando abro los ojos al fin, miro toda la habitación donde me encuentro. Se trata de la habitación de un hospital. Las paredes son blancas, hay una ventana al lado derecho, y a la izquierda está la máquina que controla mis constantes vitales, la que no deja de hacer ruidos y taladra mi cabeza.

Parpadeo unas cuantas veces para acostumbrarme a la luz, y cuando miro al frente, veo un cuerpo tumbado en el sofá. Viste una camiseta de tirantes negra, y un pantalón largo de chándal gris. Su cabello está atado en un moño despeinado, y con las pocas fuerzas que tengo, la llamo. Ahora lo que más necesito es ver sus ojos azules.

—Rubia —pronuncio, sintiendo la boca pastosa. Necesito un buen vaso de agua fría.

Tras llamarla un par de veces más, abre los ojos alarmante, y cuando me ve despierto, se levanta rápidamente y viene hacia mí. Comienza a llorar, haciendo que las lágrimas caigan de sus ojos, y coge mi cara entre sus pequeñas pero finas manos. Se acerca a mí, y me besa con fuerza, con necesidad. Mueve los labios rápidamente, mientras coge mi cabello con fiereza.

—No sabes lo mal que lo he pasado estos días —solloza, y siento mi corazón partirse—. Pensaba que no te volvería a ver...

— ¿Días? ¿Cuánto llevo aquí? —le pregunto confuso, y en ese momento



siento dolor en mi mano izquierda, y en las costillas. Miro hacia abajo, y observo que mi mano está escayolada, y supongo entonces que mis costillas están envueltas en unas vendas.

—Tres. Llevas tres días dormido. Tuviste una conmoción cerebral que hizo que te quedaras sin conocimiento. Los médicos dijeron que despertarías pronto, que necesitabas descansar. Y-y estos días has pasado tan lentos... — suelta un sonido lastimero, y quito las lágrimas de su cara sintiendo un nudo en mi garganta.

— ¿Cuánto llevas aquí? —le pregunto aún procesando la información.

Mira hacia otro lado, y después susurra;

—Los tres días —musita, y le miro sorprendido.

— ¿Has ido a tu casa? —le pregunto con preocupación. Vale que me encanta que se preocupe lo suficiente para quedarse conmigo, porque así demuestra que también siente lo mismo que yo. Pero una cosa es esa, y otra que no haya ido a casa en los tres días.

—Solamente fui ayer, y porque me obligaron. No quise separarme de ti. Quería esperar a que despertaras —sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas, y elevo mi otra mano la cual tiene algunos moretones, para tocar su cara.

—Eres increíble, amor.

Me sonrío feliz, y me besa con cariño los labios.

Le pregunto por mí padre, y me dice que se ha estado manteniendo en reposo estos días. Salió el sábado del hospital, y al enterarse de que yo estaba ingresado, por poco le da algo. Ha estado viniendo los tres días, pero está muy delicado, por lo que Klarissa prácticamente le obligaba a ir a casa para que no se esforzara.

— ¿Dónde está Boyd? —le pregunto cuándo recuerdo que no solo yo estuve allí.

Suspira, y acaricia mi cabello.

—El está bien. Tiene una pierna escayolada y un labio partido, pero está bien.

Respiro con tranquilidad. Me alegro mucho por eso, que Boyd esté bien me quita un peso de encima.

— ¿Qué pasó, Trubel? ¿Por qué habéis terminado ingresados? —me pregunta, y pronto comienza a dolerme la cabeza.

Antes de poder contestarle, alguien toca la puerta, y al abrir observo que es una enfermera.

—Hola, me alegro de que haya despertado, señor Bond.

Le sonrío agradecido, y noto a Klarissa tensarse, mirándola desafiante.

La doctora es joven, quizá un par de años mayor que yo. Es pelinegra, y tiene los ojos marrones. Es muy bonita, para que mentir. Tiene el cuerpo muy delgado, y el uniforme le queda bien. Pero aún así, yo solo tengo ojos para la rubia que comienza a ponerse roja.

¿Está celosa?

La doctora me explica lo que ha pasado, y básicamente es lo que Klarissa me ha dicho. Me he fracturado el brazo, y me han roto una costilla. Tengo la nariz partida, pero a pesar de ello me dice que pronto estaré como nuevo. Me informa de que alguien llamó a la ambulancia cuando nos vio, y supongo que fue Boyd quien lo hizo.

Tras marcharse, Klarissa se sienta con cuidado en la cama, y le hago un lado para que pueda tumbarse para así tenerla cerca, como necesito.

— ¿Estás celosa? —le pregunto divertido, y sus mejillas se tiñen de color carmesí.

— ¿Yo? ¿Celosa? —suelto una pequeña carcajada, y la miro arqueando una ceja—. ¿Qué? No me ha hecho gracia como te ha mirado. Ella es muy bonita —confiesa y no hago nada más que sonreír.

—Lo es —respondo de acuerdo con ella, y noto que comienza a entristecerse—. Pero no es la mitad de bonita de lo que lo eres tú, cariño. Solo tengo ojos para ti, y ni la enfermera más sexy podría cambiar eso.

Suelta una pequeña risa, y me pega con suavidad en el brazo bueno.

—Te odio —me responde mordiéndose el labio.

—Sabes que no —le respondo, y la atraigo hacia mí para darle un abrazo con el brazo que no tengo vendado, y después de un beso en su boca.



Al día siguiente me dan el alta, y Klarissa me acompaña a casa. Me da cosa que sus padres por esto ya me hagan la cruz; solo espero que no le prohíban acercarse a mí.

Cuando aparco en la puerta de casa, salimos y cojo su mano con suavidad para ir hacia allí. Una vez abro, vamos hacia el comedor y veo a papá leyendo un libro. Desde que mamá se fue, a veces se pone a leer aquellos que fueron los libros que más quiso. Le gusta leer las notas que ella dejó en ellos, para así meterse más en la historia. Eso ha hecho que muchas veces me entren ganas de llorar. Sé que él nunca va a olvidarla, ni a rehacer su vida. Según me dijo; Elanise —mi madre— fue y siempre será la mujer de su vida. Se conocieron en la universidad, gracias a que un amigo de Elanise les presentó, y surgió el

amor. Desde entonces, nunca se volvieron a separar.

Hasta el accidente que nos ha arrebatado al amor de nuestras vidas.

—Hola, papá —le saludo cuando nos ve, y me sonrío. Cuando me acerco, veo que tiene lágrimas en los ojos, y se me oprime el corazón.

—Como vuelvas a darme un susto así, te dejo sin descendencia —me dice enfadado, y escucho la risa de Klarissa tras de mí.

—Entendido —digo sonriendo.

—Ven aquí —me pide abriendo los brazos, y le abrazo con fuerza. Hacía mucho tiempo que no nos dábamos un abrazo.

— ¿Trubel? —escucho que me llama Klarissa, y la miro. Tiene el cabello suelto, y liso. La luz del sol que entra de casa hace que se vean algunos reflejos castaños claro a su cabello. Sus ojos brillan más que nada y tiene los mofletes sonrojados.

Lleva puesto un simple vestido rosa. Se le ve tan dulce e inocente... Que es complicado no querer corromper toda esa dulzura.

— ¿Si? —le respondo cuando enarca una ceja, pues nota que me he quedado mirándola embobado.

— ¿Quieres que preparemos algo de comer y comemos los tres? O puedo dejar que comáis solos, tenéis cosas de las que hablar.

Niego con la cabeza rápidamente, y me acerco a ella. Envuelvo mis manos en su cadera, y la acerco a mí.

—No, bonita. Comamos los tres, quiero que estemos juntos.

Asiente tímida, y cuando me acerco para darle un beso en los labios, prácticamente me hace la cobra.

—Está tu padre aquí, Trubel.

— ¿Y? —respondo divertido.

—Estúpido, no quiere que la beses delante de mí porque le da cosa — responde por ella papá, y Klarissa se esconde en mi cuerpo, avergonzada.

Suelto una carcajada, y papá me sigue.

—Voy a morir de vergüenza —musita bajo, pero la escucho.

Cojo su mano, y vamos hacia la cocina. Comenzamos a cocinar, pero algo simple. Klarissa prácticamente no me deja hacer nada, diciendo que tengo la mano escayolada y que puedo hacerme daño. Ruedo los ojos tras sus palabras, y como me pongo pesado, me echa de la cocina.

—Yo cocino, tú ve con tu padre.



Dos días más tarde, Klarissa y yo entramos por la puerta de la casa de uno

de sus amigos de clase. Hacen una fiesta, y les han invitado a ella y a Alaska, así que ellas nos han invitado a nosotros.

—Tenía ganas de otra fiesta —me dice abrazándome, y río divertido.

— ¿Ah sí? ¿Para emborracharte y decirle de todo a quien se me acerque?

Sus ojos se abren desmesuradamente y suelta un pequeño chillido.

— ¡Eres idiota! —río, y la atraigo hacia mí para darle un beso en la boca.

—No pasa nada, cariño. Aunque no hace falta que saques tus garras de leona. No voy a hacer nada. Sería un estúpido si hiciera algo teniéndote a ti.

Me mira con una tierna sonrisa, y suspira.

—A veces creo que no eres real.

—Pues que yo sepa, soy de carne y hueso.

Rueda los ojos, y resopla.

— ¡Siempre arruinas los momentos! —me riñe divertida.

Cojo su mano, y nos internamos más en la fiesta para ir a buscar algo de beber. Una vez tenemos nuestros vasos con alcohol en las manos, Klarissa comienza a saludar a muchas personas.

—Eres muy conocida —le digo divertido, y me mira encogiéndose de hombros.

—Me llevo bien con bastantes personas.

Alaska aparece junto con Boyd, y se lleva lejos a mí rubia.

— ¿Estás mejor? —le pregunto a mi amigo, el cual ha tenido que venir a la fiesta en muletas.

—Si —resopla fastidiado—. Alaska me ha obligado a venir. Se ha puesto furiosa cuando me he negado.

Suelto una carcajada.

—Te tiene comiendo de la palma de su mano.

—No te lo voy a negar —se encoge de hombros—. Aún así la amo.

Le miro feliz. Me alegra saber que Boyd tiene a alguien que le ama a su lado. Espero que Alaska sea la "chica" y que estén juntos todo el tiempo posible.

— ¿A ti cómo te va con Klarissa? Alaska me ha contado que aún no sois novios.

—Estamos muy bien así, de momento no veo ningún problema en que no seamos novios. Pronto se lo pediré.

—Ahora es el momento en que te digo que eres un gilipollas por negar que nunca te ibas a enamorar de nadie; y estás completamente loco por esa chiquilla.

—No estoy enamorado de ella —le respondo con simpleza—. Me gusta mucho, y puedo decirte que comienzo a sentir amor hacia ella. Todas esas cosas que en un pasado creí tonterías, como el sentir mariposas en el estómago, me han escupido en la cara. Me encanta estar alrededor de ella, me siento feliz.

Boyd se me queda mirando perplejo, y suelta una carcajada.

—Estás loco, tío. Pero me alegra que lo estés.

Le saco el dedo del medio, e inspecciono la sala para ver dónde está mi rubia. Cuando la encuentro, no puedo evitar que una sonrisa de tonto se me instale en la cara. Está bailando junto con Alaska. Las dos saltan al compás de la música, y se le ve feliz. Miro a las demás personas, y mis ojos se quedan pegados en el chico que no deja de mirarla. Su cabello negro lo reconozco fácilmente, y tiene un vaso sostenido por su mano. La está mirando tan fijamente, que un malestar se crea en mi cuerpo rápidamente.

Me mira de repente, y una sonrisa divertida se extiende en sus labios.

No me gusta eso.

## Capítulo 9

"El amor es más fuerte que la presión de ser perfecto  
-Demi Lovato".



Una de las cosas que siempre he querido olvidar, fue el día en que me vengué de una de las personas que me hizo daño en el pasado. Nunca voy a perdonarme por lo que hice, y por el daño que causé.

En ese entonces tenía dieciocho años recién cumplidos. Era un chaval con mucha sed de venganza en las venas, y solo quise cobrarme por el daño que me causaron.

Mi primera y última venganza tenía nombre y apellido.

*Hannah Jenkins.*

Una muchacha de cabello castaño; y preciosa. Recuerdo sus piernas largas y estilizadas, sus pechos grandes, sus ojos turquesa, sus labios carnosos...

Por fuera era increíble. De esas chicas que te quedarías mirando por horas sin cansarte.

Por dentro, una basura.

Fue de las personas que más dolor me causó. Se rio de mí millones de veces. Y obviamente era muy popular. Para ese entonces, si ella era popular, todo el mundo estaba a sus órdenes.

Todos vinieron a por mí.

En mi infancia fui alguien completamente diferente al Trubel de ahora. Cuando todo pasó, yo tenía unos trece años. ¿Quién iba a reconocermé cinco años después? A mis trece, en plena pubertad, era un niño con "nombre de niña" según todos. Además, tenía toda la cara llena de acné, y estaba muy llenito. Esas gilipolleces fueron suficientes para hacerme bullying.

Algo que aprendí fue que no está bien vengarse. Puedes sentirte bien

cuando lo estás haciendo; sentirte liberador porque les estás causando el mismo daño que ellos te causaron a ti.

Pero una vez acabada la venganza... ¿Qué te queda? Un ser más repugnante aún. Me sentí *basura*, me sentí una *mierda*...

Hannah Jenkins, a sus dieciocho años estaba en todo su esplendor. Llevaba tres años con su novio Wes, y entonces mi venganza comenzó a planearse prácticamente sola.

Obviamente no me reconoció, y me interné en su grupo de amigos para acercarme a ella. Me hice amigo de Wes, y pronto Hannah se fijó en mí.

¿Que cuál fue mi venganza?

Un sábado por la noche, en una de las más grandes fiestas del propio Wes, bebí como un loco. Toda la "pandilla" y yo jugamos horas y horas a estúpidos juegos, y en toda la noche noté la mirada de Hannah sobre mí. Sabía que ella estaba interesada, lo verificaba con las miradas que me echaba.

Cuando se comenzaba a hacer tarde, subí las escaleras de la casa de Wes para ir al baño. Obviamente lo hice para que ella me siguiera; e hizo justamente eso.

Al entrar, la empujé contra la puerta del baño, e inmediatamente comencé a besarla furioso. Furia que ella creía que era necesidad. La cogí en brazos, y la llevé justamente a la habitación de su novio. Allí, la desnudé e hice que gritara mi nombre muy fuerte. Me desfugué todo lo que pude, así creyendo que después me sentiría bien.

Estaba muy equivocado.

Cómo era de esperarse, Wes entró a la habitación, descubriéndonos. Cuando nos vio, se lanzó furioso hacia mi; nos peleamos. Hannah lloraba y lloraba angustiada, y se lanzó a la espalda de Wes para que dejáramos de pelear. En un descuido, me vestí rápidamente y salí pitando de allí.

Esa fue la última vez que vi a Hannah.



El miércoles llega con rapidez, y no puedo estar más nervioso. Hoy conoceré a los padres de Klarissa.

Después de la fiesta me quedé muy pensativo. Nunca hemos hablado sobre lo que somos. No tenemos ninguna etiqueta. Ella no muestra que eso le moleste, y pienso en esperar un poco más.

He salido del hospital hace unas horas, pues debían hacerme unos chequeos. Mi costilla está mucho mejor, aunque igualmente tengo la mano escayolada. Me da rabia el tener que conocer a sus padres así, pero no puedo

hacer nada.

Estoy muy nervioso, pues no sé si les voy a gustar. ¿Qué les respondo si me preguntan en qué trabajo?

Me frustra todo, y no paro de sentir nervios. Apenas son las nueve de la noche, y aún quedan unas horas para la cena.

Estoy con Boyd y unos amigos con los que hacía bastante que no me veía en una casa, donde hacen fiestas. A estos no les importa que sean las siete, u ocho de la tarde. La música está bastante alta, y muchos ya están bebiendo y borrachos.

—Estás horrible, Trubel —me dice Layla, una de las chicas con la que me he acostado más frecuentemente. Pero eso es parte del pasado, ahora tengo un presente que me tiene encandilado.

Layla es muy coqueta, y muy guapa. Tiene el cabello teñido de rosa, con las puntas blancas. Su piel es muy pálida, y sus ojos verdes se notan más que nada. Está echada a perder por todos los años que ha estado consumiendo droga. Me da pena por ella el pensar que si sigue así, de un día para otro simplemente no volverá a abrir los ojos más. Y aparte de ser alguien con quien me acostaba antes, también es mi amiga. No tenemos tanta confianza, pero me cuenta siempre las veces que tiene problemas con mi amigo Charles, el tío que pasa de su cara.

—Pues ya ves —le respondo, y deajo que se siente en mis piernas. Sé que ella no va a intentar nada, igual que yo. Somos amigos y ella lo tiene totalmente claro. A pesar de ello le tengo mucho cariño.

A veces cuando nadie le hacía caso, recurría a mí. Igual que lo que yo hacía. Lleva años enamorada de Charlie, pero él siempre le ha rechazado diciendo que es una zorra barata que se abre de piernas con cualquiera. Por eso más de una vez me he metido en peleas con él. Ella es la más pequeña del grupo. Tiene diecinueve, y toda su vida ha sido un infierno. No tiene prácticamente familia, y ha estado siempre sola.

Siento como recuesta su cabeza en mi hombro, y suspira con tristeza.

— ¿Qué pasa? —le pregunto acariciando su cabello.

Noto como agachaba la cabeza y suspira profundamente.

—Anoche vi a Charlie besándose con una chica. Lo hizo delante de mí, y eso fue horrible —su cuerpo comienza a temblar al intentar no llorar, y la abrazo con fuerza—. No sé qué más hacer, Trubel... El pasa de mí, y yo le quiero. Luego cuando me ve besándome con alguien me dice de todo, y me da rabia. ¿El puede acostarse con cualquiera y ser un rey? Pero luego si lo hago



yo no soy más que una guarra.

Suspiro y pienso en lo mal que lo pasaba ella. No la merece. Espero que se dé cuenta de la persona que está perdiéndose pronto.

—Debes dejar de quererle, Layla. El no muestra interés a pesar de lo que dices, y es mejor que no te arrastres, o te arrepentirás.

Asiente, y tras unos minutos se queda dormida en mi pecho. Va vestida con una falda muy corta, y un top negro que casi parece un sujetador. Es una tía de puta madre, pero no se da a respetar.

— ¿Te la vas a follar? —me pregunta de pronto Hugo, otro de nuestros amigos. Tiene el pelo lleno de rastas. Sus ojos están inyectados en sangre, y son de color negro. Es colombiano.

—Vete o te meto un puñetazo —decido responderle entre dientes, y tras soltar una carcajada lo hace.

Decido marcharme de allí, y cojo como puedo a Layla entre mis brazos, pues aún tengo la mano escayolada. Ella es un peso pluma, a pesar de todo.

Camino por el pasillo para dejarla en una habitación, y de pronto se abre una de dónde sale Charles.

— ¿Qué haces con Layla? —me pregunta con la mandíbula tensa. Siento ganas de soltar una carcajada.

—Se ha quedado en mis brazos dormida, subnormal. La voy a llevar a una habitación para que duerma.

Se acerca hacia mí, y me habla mientras la observa.

— ¿Ha llorado? —dice al notar su maquillaje un poco corrido.

Asiento y él suspira. Me pide que deje que él la lleve. Un poco renuente se la entrego, y tras despedirme brevemente de todos, salgo de la casa.

Aún me queda una hora y algo para la cena, así que decido ir al supermercado y comprar rápidamente algunas cosas que necesito para casa.

Cuando entro, hago las compras rápidamente y al salir cojo el coche para llegar a casa. Al entrar veo a papá en su sillón de siempre, mirando una película.

— ¿Cuándo te vas? —me pregunta cuando dejo un beso en su frente.

Arqueo una ceja.

— ¿Acabo de llegar y ya me estás echando?

Suelta una carcajada, y prácticamente me echa del salón diciendo que le deje ver la película tranquilo.

Soltando una risotada voy a la cocina, y meto en la nevera el vino blanco que comprado en el supermercado. Sé que los padres de Klarissa son algo

especiales —como ella me dijo— y quiero llevar un detalle.

Subo a mi habitación, y tras coger una camisa negra y unos pantalones de vestir de color caqui, me voy a afeitarme y a ducharme.

Estoy más nervioso y ansioso que nada.



Cuando toco el timbre siento que en cualquier momento me desmayaré. ¿Por qué estoy tan nervioso? Ni siquiera son mis suegros; aún.

Klarissa me abre la puerta de su casa, y me recibe con una gran sonrisa. Va vestida con un bonito vestido negro de vuelo y manga corta. Lleva unos tacones negros también con un tacón bastante alto. Nunca la he visto así, tan formal.

—Te estábamos esperando —me dice con una sonrisa, y se acerca a mí para juntar nuestros labios y besarme.

—Hola, rubia —la saludo separándome, y me da un abrazo rodeando mis caderas, el cual respondo con mucho cariño.

—Buenas noches, debes de ser Trubel —escucho que dicen, y me separo de Klarissa para ver a un hombre alto y fuerte, de cabello corto castaño, y ojos azules. A simple vista impone mucho, y va vestido con un elegante traje negro. Su mirada es algo intimidante, y fría. Enserio, no muestra ningún sentimiento.

Joder, no pego nada aquí.

—El mismo, señor —le contesto, y estrecho la mano que me ofrece con el brazo bueno.

—Philip. Soy Philip Archivald —me dice, y sonrío escasamente.

No me lo imaginaba así, sabiendo que es cocinero. Tenía pensada una imagen diferente de él.

—Vamos, mamá deberá estar esperándonos —dice mí rubia, sacándome de allí rápidamente.

Klarissa coge mi mano, y me encamina hacia el salón donde hay una mesa ubicada a un lado. En esta hay cuatro sillas, y mucha comida encima. Una señora está terminando de preparar unas cosas, y cuando se gira, sé que es la madre de Klarissa, pues su parecido es asombroso.

— ¡Oh! Tú debes de ser Trubel. Klarissa nos ha hablado mucho de ti —me hace saber, y cuando se acerca a mí, me estrecha contra sus delgados brazos teniendo cuidado con la escayola.

—Encantado, señora...

—Claire, llámame solo Claire.

Siento avergonzado de repente, y me pide que me siente en la mesa, al lado

de mi rubia. Cuando nos sentamos, me hace saber que toda la comida la ha preparado su marido. Dice que ha estado horas preparando la cena, y yo agradezco aquello.

—Y dime, Trubel. ¿Ese es tu verdadero nombre? Por qué me suena mucho a un apodo —me habla Philip, limpiándose la boca con una servilleta de tela. Sus cejas están fruncidas, y me mira directamente a los ojos.

—Es un apodo, señor —respondo incómodo.

— ¿Cuál es tu verdadero nombre? —pregunta entonces, divertido.

Claire le da un manotazo en la mano regañándole.

—Deja al chico en paz. Su apodo es muy bonito —le reprende, y me mira sonriendo.

Klarissa suelta una pequeña risa, y comenzamos a cenar.

— ¿Cuánto llevas saliendo con Klarissa? —pregunta Claire.

Mierda. Nosotros no somos novios, en todo caso debería decirle la fecha en la que nos conocimos, ¿o no?

—Unas semanas —responde ella por mí, y la miro de reojo. Está roja.

— ¿Estudias? —pregunta esta vez de nuevo Philip. Niego con la cabeza—. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Veintiuno —respondo, y los dos me miran con sorpresa.

Es verdad que Klarissa y yo nos llevamos cuatro años, pero eso no es un pecado.

— ¿Veintiuno? Vaya, eres bastante mayor... —dice la mamá de Klarissa mirándola a ella de soslayo, y después dándole una rápida mirada a su marido—. Pero bueno, dicen que en el amor la edad no importa.

Asiento incómodo, y al mirar a Philip, sé que me va a preguntar algo más.

— ¿Eres consciente de que mi hija es menor de edad, verdad? —me dice con esa mirada fría que he visto que es característica en él.

Tantas preguntas comienzan a cabrearme. Sé que es lo más normal, pero no estoy acostumbrado y este hombre no lo hace con buenas intenciones. Parece que quiera sonsacarme algo.

Asiento imperceptiblemente.

—Hago los dieciocho en nada, papá —responde entre dientes mi rubia.

Noto que cada vez la cena se está poniendo más incómoda, y Klarissa se remueve en su silla, inquieta. Su cabello rubio está echado hacia un lado.

Su padre la mira con mala cara, y da otro bocado a la lasaña tan buena que ha cocinado el mismo.

Hablamos de trivialidades durante un rato, y después Philip vuelve a

atacar con las preguntas. No sé porque, pero siento que estoy a punto de explotar.

—Si no estudias... ¿Trabajas? —Asiento de nuevo, comenzando a sentir mi cuerpo tensarse—. ¿De qué trabajas?

— ¡Basta ya, papá! —Exclama Klarissa, dando un golpe en la mesa —. No dejas de hacerle pregunta tras pregunta, vas a asustarle.

Philip la mira enfadado, y vuelve con sus preguntas. — ¿Eres tú el chaval que hizo que estuviera tres días en el hospital, verdad? ¿Tú crees que eso es normal para una niña de diecisiete años?

Klarissa se levanta de la mesa con rabia, lanza su servilleta y sin mirar a nadie se marcha escaleras arriba rápidamente.

—Ves con ella por favor, Trubel —me pide Claire, y le hago caso rápidamente. Igualmente iba a ir tras ella.

Cuando comienzo a subir los escalones, y escucho que empiezan a gritarse. Voy por el pasillo buscando la habitación de Klarissa, y veo que su puerta está abierta. Se encuentra tumbada en la cama, dándome la espalda. Y con todo el atrevimiento, me tumbo a su lado, y hago que gire.

—Siento que te haya hecho tantas preguntas, cariño —me dice con lágrimas cayendo por sus mejillas; en susurros.

—No pasa nada —acaricio su cara—. Es normal que quiera saber con qué clase de chico está saliendo su hija. Pero no llores, por favor. Odio verte llorar.

—No sé por qué papá ha sido así. Cuando... —me mira dubitativa—. Cuando estaba con Ashton... Él era muy diferente con él, ¿sabes? Me da rabia que contigo haya sido así. Cuando fue Ashton quien me hizo daño.

— ¿Qué pasó? —le pregunto interesado, intentando olvidar el tema de sus padres.

Suelta un suspiro, y deja un beso en mis labios.

—Ashton y yo salimos durante el primer año de bachillerato. La verdad es que estábamos muy bien juntos, no voy a mentirte —dice mirándome a los ojos—. Estuvimos juntos hasta el principio de segundo. Él se marchó a Londres todo el verano, y cuando volvió me enteré de que allí me fue infiel muchas veces...

Noto la sangre hervir en mis venas. Siento ganas de partirle la cara.

—El me pidió perdón infinitas veces, diciendo que era mi culpa —su voz flaquea—. Dijo que era por mí culpa porque yo no le daba lo que él quería... Yo no me acosté con él, y eso no le gustó. Cuando lo dejamos, estuvo un par de

meses detrás de mí, y lo último que supe que fue se había vuelto a ir. Y bueno, después lo vimos en el MC.

Suelto un suspiro, y le estrecho entre mis brazos.

—Odio con mi jodida alma saber que te han hecho daño, rubia. Siento ganas de pegarle hasta el cansancio.

—He tenido suerte de encontrarte, Trubel —me dice con la mirada brillante.

Posa su mano en mi nuca, y junta nuestros labios. Nos besamos con tranquilidad, y así mostrándonos lo mucho que nos gustamos.

Estoy comenzando a sentir muchas cosas por ella.

## Capítulo 10

“El primer amor es siempre perfecto  
hasta que uno se encuentra con su segundo amor  
– *Elizabeth Aston*”.



Ya es viernes y eso significa una cosa; es el cumpleaños de mi rubia favorita.

Ella tiene ya planeada una fiesta con sus amigos, y me invitó días atrás. Según me ha dicho Boyd, se va a descontrolar todo.

Me siento la peor persona en esos momentos, porque no tengo ningún regalo para ella. No soy alguien detallista, a pesar de que tampoco he tenido nunca novia como para preocuparme por estas cosas. Todo han sido líos, y pensándolo bien, Klarissa tampoco es mi novia.

Papá está algo mejor, la quimioterapia comienza a funcionar a pasos lentos. Pero funciona y eso es lo importante.

Hemos quedado Boyd, Alaska, Klarissa y yo para comer en algún lugar, y como es por la mañana, aún tengo unas horas para comprar algo que le encante. Tengo pensado algo igualmente, pero quiero que todo salga perfecto. No tengo mucho dinero, y me fastidia no poder regalarle algo con mucho valor. A pesar de que si ahora mismo me escuchara, me regañaría diciendo que no hace falta que le regale nada.

Obviamente voy a hacerlo.

Estoy muy seguro de que sus amigos le regalarán cosas súper caras, y me da pena no poder hacerlo yo también.

Recuerdo la conversación que tuvimos hace dos días en su casa.

*«Ella fue a ver si sus padres estaban, y me sorprendió diciendo que no, que no estaban en casa. Eso me dio mucho a pensar, pues el hermano*

*tampoco había estado en la cena. ¿Quién lo cuidaba? ¿La niñera de nuevo? Eso mismo le pregunté.*

*—Sí, Alexander está con la niñera. Lo hace prácticamente todos los días —me respondió triste—. Mis padres pasan muy poco tiempo con nosotros. Los trabajos que tienen prácticamente les quitan todo el tiempo del día, y no tienen horas suficientes. Por eso me protegen tanto, por qué soy su única hija chica. Tienen miedo de que me pase algo.*

*—Y los entiendo, Klarissa. Ojalá yo también tuviera a mi madre aquí.*

*—¿Qué le pasó? —me pregunta con la boca pequeña.*

*—Tuvo un accidente. Y meses después a mi padre le diagnosticaron cáncer de garganta. Por eso no seguí con mis estudios, y comencé a trabajar.*

*—¿De qué trabajas, Trubel?*

*Me tensé por completo. Era cierto que debía decírselo, ¿pero ya? Tenía miedo de cómo lo tomara. Tenía miedo de que saliera corriendo lejos de mí. Había comenzado a sentir mucho por ella, y me causaba un dolor profundo en el corazón el imaginarla yéndose de mi lado.*

*—Si te lo dijera... Probablemente me echarías de tu casa de una patada.*

*Soltó una carcajada, tomándolo en broma.*

*—Ni que fueras un delincuente —dijo con burla, e intenté sonreír para que no se diera cuenta de lo tenso que me sentía por dentro—. ¿Algún día me lo mostrarás? —Asentí, y se sentó a horcajadas sobre mí—. Y... ¿Algún día me dirás cuál es tu verdadero nombre?*

*Giré la cabeza hacia otro lado, pero igualmente asentí.*

*—Te lo diré todo, amor.*

*Nos pasamos lo que quedaba de noche entre besos, y cuando se hicieron las doce, le felicité cantándole el cumpleaños feliz, haciendo tonterías para que no estuviera triste».*

*—Tío, me estás poniendo nervioso hasta a mí —me dice Boyd cuando pasa a buscarme a casa, y me ve mover el pie de un lado a otro.*

*—No sé qué coño regalarle, Boyd. ¿Tú qué le compraste a Alaska?*

*Mi amigo frunce el ceño.*

*—Pues... Para sus cumpleaños la llevo cenar, y luego follamos.*

*Suelto una carcajada, y entonces se me ocurre una idea. Le digo que se dirija rápidamente hacia una joyería, antes de que nos cerrara.*

*—¿Qué vas a comprarle, Trubel? Ni siquiera es tu novia, tío.*

*—Es más que eso.*

Sonríe, y me da una palmada en el hombro.

—No sabes cómo me alegra verte así de feliz, cabrón.

Le sonrío, y nos dirigimos hacia allí.

— ¿Qué tienes pensado? —me pregunta después de dar vueltas por la joyería.

—No lo sé... —una señora de unos sesenta años se acerca a nosotros, después de vernos merodear por la tienda.

— ¿Necesitan algo, jóvenes? —sonríe con amabilidad.

—Quiere comprarle algo para su novia —dice mi amigo dándome una palmada en la espalda.

—No es mi novia —le fulmino con la mirada a Boyd, y sigo a la señora cuando me pide que vaya con ella.

—Tenemos estas pulseras de plata, son baratas, y se puede grabar lo que quieras.

Me muestra una pulsera de color plata, muy bonita. Es sencilla, y me encantaría grabar algo en ella. Boyd me dice que seguramente le gustará mucho, y entonces le digo justamente lo que quiero que grave.

Le digo que lo necesitaba para el medio día, y me responde diciendo que me pase a las dos de la tarde. Le pago y después de ello salimos de ahí.

—Pues tan barata no era la jodida pulsera —me dice mi amigo, y esta vez voy yo quien le pega en el hombro.

—No me importa cuánto cuesta, ella merece esto y mucho más.

—Al final tu padre tenía razón cuando dijo que te has vuelto todo un cursi. Y eso que cuando la conociste dijiste que no te enamorarías de nadie... Tengo que reírme de ti.

Finjo una risa, y rueda los ojos divertido.

Ya hace varios días que no voy al trabajo, y el padre de Boyd me lo está perdonando por lo que ha pasado, pero sé que en breves deberé volver.

— ¿Cómo ha estado el trabajo? —le pregunto cuándo nos montamos en su coche. El se ha recuperado más rápido que yo. Aunque tampoco es que haga mucho.

—Ha estado algo tranquilo, la verdad. No hemos tenido que transportar tantos cargamentos, y no ha habido problemas.

Asiento tranquilo, y nos vamos para casa.

— ¿Tu padre está mejor? —le respondo asintiendo—. Es un hombre muy fuerte. No se da por vencido. No hablamos mucho de esto pero... ¿Cómo sigues con lo de tu madre? Sé que han pasado años, pero también sé que aún



así sigues afectado por todo lo que estás teniendo que soportar.

—Estoy bien. La echo mucho de menos, pero soy fuerte y puedo con ello. Le conté el otro día lo que le pasó a Klarissa, y ella me preguntó que de qué trabajaba —le digo haciendo una mueca.

— ¿Se lo dijiste? —pregunta elevando las cejas.

—No. No se lo dije. También quiso saber cuál es mi verdadero nombre, pero tampoco lo dije.

— ¿Cómo fue con sus padres?

Suelto una carcajada.

—Desastroso, tío. Por lo menos tus suegros son gente normal. Pero es que el padre hasta me daba miedo.

Ríe y bajamos del coche cuando llegamos.

—Mi madre se va hoy a una boda y tiene la casa llena de tías, ¿puedo cambiarme aquí? —me pregunta.

Asiento, y entramos.



A las dos del medio día paso por la joyería para buscar la pulsera, mientras Boyd se ducha en mi casa.

Tenemos mucha confianza, y que se duche no es un problema para nada.

La mujer que ha hecho el grabado, me dice que ha quedado muy bonita, y sé que cuando la vea le encantará. Nunca he visto que lleve pulseras, pero este regalo es muy especial.

Vuelvo a casa y Boyd justo está saliendo del baño. Vamos a la habitación y le dejo unos calzoncillos.

— ¿Estáis bien Alaska y tú? —le pregunto y me siento en la cama.

—Sí. Últimamente hemos tenido algunas peleas, pero nada que no se haya podido solucionar.

Asiento conforme, y me levanto para ponerme una camiseta de manga larga blanca, y unos pantalones de vestir hasta la rodilla de color gris. Se ven mis tatuajes de las piernas, pero eso no es importante. Ya se transparentan por mi camiseta, así que...

Me peino el cabello con gomina hacia atrás, y me echo colonia. Boyd se ha puesto una camisa de color burdeos, y unos pantalones blancos.

—Les he dicho que ya vamos para allí —me dice y asiento mientras bajo las escaleras para ir a despedirme de papá.

—Nos vamos ya, papá —se encuentra con un brazo sobre sus ojos tapándolos, y asiente—. ¿Te encuentras bien? —le pregunto preocupado, y me

siento a su lado.

—Estoy algo mareado, pero voy a estar bien.

Me preocupa mucho que se encuentre mal, pues en cualquier momento puede pasar algo.

—¿Quieres que me quede?

Niega con la cabeza.

—No, hijo. Ve con Klarissa, y pasarla bien.

Asiento sin estar convencido, y dejo un beso en su frente.

—Te quiero, papá.

—Y yo, hijo —me responde dándome un apretón en el brazo, y salimos de casa.

—A veces me gustaría tener el mismo acercamiento que tienes tú con tu padre —me dice Boyd en cuanto nos montamos en mi coche —Ya sabes que mi padre apenas pasa el día en casa, y si lo hace solo viene para darnos dinero, y volver a largarse.

—¿Cómo están tus hermanas con ello?

Aprieta el volante con fuerza, y suspira pasándose una mano por su corto cabello.

—Mis hermanas son pequeñas, y no entienden nada. La que lo pasa mal es mi madre, ella sigue enamorada de él, pero sabe que aún así para él su amor ha muerto.

—¿Nunca la va a perdonar?

Suelta una risa, divertido.

—Yo tampoco perdonaría que mi mujer se acostara con otro y tuviera tres hijos con él. Menos mal que mi padre quiso hacer la prueba de paternidad, por qué si no... Quizá el nunca sabría que solo yo soy su hijo.

—Bueno... Tienes razón, tío. Pero tú madre pasó por una mala situación y...

—Y aún así no hay palabras para describir lo que hizo. Suficiente con que nos da dinero, y deja que yo trabaje para él.

Llegamos a casa de Alaska, y Boyd pita unas cuantas veces el claxon para que nos escuchen. Ella vive en una pequeña casa de un solo piso de color blanca. Está algo desconchada pero aún así se ve bastante bonita.

De un momento a otro la puerta principal se abre, y veo aparecer a Alaska.

Entonces bajo del coche, y cuando sale Klarissa me acerco a ella. Sus ojos chispean de emoción, y le abrazo con todas mis fuerzas contra mi pecho.

—Hola, rubia —la saludo dándole un beso en la boca, y ella me rodea las

caderas con sus manos.

—Hola, mi rubio —me estrecha contra ella, y me besa los labios.

Al separarnos, comienzo a repartir besos por toda su cara escuchando como ríe como una loca, haciendo que yo le siga.

— ¡Para! Estás loco —me encanta verla sonreír, se me infla el pecho de una encantadora alegría.

—Estoy loco por ti —le digo mirándola a los ojos, y sus mejillas se sonrojan un poco—. ¿Vamos? Tengo hambre.

Ríe y tras darme un breve abrazo, coge mi mano y nos encaminamos hacia el coche.

—Sois muy cursis —nos dice Alaska sonriendo.

—Te damos envidia —le responde Klarissa y le saca la lengua.

Nos adentramos al coche, y nos dirigimos hacia un restaurante que tiene muy buena pinta. Han querido ir desde hace bastante, y no hay mejor ocasión que esta. El restaurante está en Greenville, y tenemos que conducir una media hora en el coche.

—Es increíble —me dice Klari cuando llegamos, y bajamos del coche.

Se ve un restaurante elegante. La fachada es de color piedra, y el cartel es enorme.

Entramos y una chica nos pregunta si tenemos mesa reservada. Cuando le digo que estaba a mi nombre, nos acompaña y nos sentamos en una mesa cuadrada.

La que supongo es la maître, se presenta como Evelyn, y tras cogernos la comanda de bebida, se marcha.

—Es un sitio increíble, Trubel. Gracias... —cojo su mano, y le doy un suave apretón.

—No me des las gracias, cariño. Por ti haría lo que fuera —confieso mirándola a los ojos, y veo un brillo especial en ellos.

Nos traen la comida, y comenzamos a hablar de tonterías. Ellas están muy emocionadas con la fiesta que habrá esta noche. Pensar que estará repleta de adolescentes... Klarissa también lo es, pero ella es muy madura. Quizá los otros también, pero no sé... Algo no me convencía.

Cuando acabamos de comer, le pido a Klarissa qué salgamos del restaurante por qué quiero darle el regalo. Cojo su mano y nos sentamos en un parque cerca del restaurante. No hay mucha gente por allí, y tenemos bastante intimidad.

— ¿Cómo te lo estás pasando? —le pregunto y la coloco a horcajadas

sobre mí con su ayuda.

—Increíble... Este es uno de mis mejores cumpleaños, y es gracias a ti. Me encanta que hayamos venido a comer, y que hayas aceptado venir a la fiesta.

Acaricio su cara con la yema de mis dedos, y la miro a los ojos. Los dos somos rubios, los dos tenemos los ojos del mismo color, solo que los de ella son especialmente increíbles. De ese azul tan claro que intimida cuando te miran fijamente.

—Klarissa...

—¿Sí? —me dice y comienza a acariciar mi cabello distraídamente.

—Ha pasado ya un tiempo desde que nos conocemos, y me sorprende lo mucho que me gustas. Todo este tiempo ha pasado volando, y es como si te conociera de hace mucho más tiempo. Me encantas y podría decir que comienzo a quererte. Pero hoy es tu día especial, haces dieciocho años y me preguntaba... —me mira sonriendo, esperando a que termine de hablar—. Mi rubia favorita... ¿Te gustaría ser novia de este desastroso chico?

Su sonrisa no se hace de esperar, y me deja un suave beso en los labios.

— ¡Sí! ¡Claro que quiero! —se abalanza contra mí, dándome un abrazo con todas sus fuerzas.

Siento que puedo respirar con tranquilidad. Ahora hay una cosa menos que quiero hacer.

El siguiente paso está a punto de suceder.

## Capítulo 11

"Antes amaba sentir que mi corazón podía estallar de la emoción, ahora me daba miedo".



Boyd y Alaska salen del restaurante, lo que hace que de momento no pueda darle el regalo. Nos dicen de irnos, y tras coger en brazos a Klarissa y comenzar a correr con ella encima mientras me grita de todo riendo, llegamos al coche.

—¿Vamos a la playa? —pregunta Alaska, y aceptamos todos. Ya que estamos en Greenville, podemos ir un rato y disfrutar.

Cuando llegamos, bajamos y comenzamos a caminar por un paseo extenso que hay. Todo está lleno de pequeños establecimientos donde venden de todo. Hay cuadros, libros, pulseras, anillos... Hay otro puesto con bebidas y helados, y nos acercamos allí.

Klarissa pide un granizado de fresa, y yo pedo un helado de galletas oreo. Boyd y Alaska deciden compartir un gran helado.

Cojo la mano de Klarissa, y nos vamos hacia la arena para comenzar a caminar un rato. Hoy hace bastante calor, y la brisa fresca del mar hace que el cabello de Klarissa y Alaska les moleste en la cara. Hay poca gente en la playa —cosa rara— y todo está bastante tranquilo. Hoy es un día perfecto.

Mi ahora novia, lleva un vestido de color blanco de tiras. La parte que cubre su pecho es de encaje, y la parte de abajo es de vuelo. Tiene las sandalias metidas en su bolso, y mientras con una mano coge la mía, con la otra se bebe el granizado.

Boyd y Alaska dicen que se van a dar una vuelta, y Klarissa y yo avanzamos más hacia el mar, y nos sentamos en la arena. Hay gaviotas volando por ahí, y el ruido que hacen me tranquiliza.

Siempre y cuando ninguna haga sus necesidades encima de mí.

—¿Cómo te lo estás pasando? —le pregunto cuando estamos unos minutos callados.

Mirando hacia el frente se ve el mar infinito, y algunas pequeñas islas. Hay dos o tres barcos por ahí, y una barca con dos personas dentro.

—Esto es increíble, Trubel. Estoy maravillada —sus ojos se ven más brillantes que nada por la luz del sol, y dejo un beso en la punta de su nariz. Nos sentamos en la arena, y la ayudo a acomodarse con su espalda pegada a mi pecho. Pronto comienzo a acariciarla.

—Me alegra que lo estés pasando bien, cariño.

—Se siente genial que me llames así —dice mirándome con una tímida sonrisa.

—¿Cariño? —asiente, y dejo un beso en su cabello.

—¿Tú nos ves juntos en un futuro? —me pregunta, y sus mejillas comienzan a enrojecerse.

¿Nos ve juntos mucho tiempo?

—Si por mí fuera, estaríamos juntos siempre —le respondo con seguridad. Mi corazón late fuerte contra mi pecho, y una sensación cálida se adueña de mi cuerpo.

Ella saca mi lado cursi.

—Me estás haciendo alguien muy feliz, rubio —me dice con una sonrisa—. Nunca he sentido nada como lo que siento hacia ti. He tenido relaciones con chicos del instituto, pero nada se diferencia a lo que tú me haces sentir. Contigo me siento segura, y feliz. Me transmites paz, y haces que mi corazón se acelere como un tonto cada vez que me miras. Mis bellos se erizan, y tus besos son mi droga —cuando acaba de decirme todo eso mirándome a los ojos, me siento muy afortunado por estar con ella.

Yo, que siento que no me merezco todo esto por como es mi vida, la tengo a ella, y no puedo ser más feliz. Y por ello estoy más que seguro de mis próximas palabras;

—Te quiero —le confieso.

Decir te quiero es un paso muy grande. Pero sé lo que siento. Sé que quiero estar con ella todo el tiempo que pueda, y sé que sin ella sentiría que me falta algo.

Abre los ojos sorprendida.

—¿Qué? —balbucea acongojada.

Sonrío, y pongo un mechón de su cabello tras su oreja.

—Que te quiero, Klarissa.

No puede salir de su estupor, pero no me entristece que no me responda lo mismo. Yo sé que es precipitado, y le he confesado esto porque de verdad lo siento.

Comienza a abrir sus labios, pero poso mis dedos sobre ellos.

—No hace falta que me respondas. Lo harás cuando de verdad creas que debes hacerlo.

Asiente y pongo mi mano tras su nuca. La acerco a mí, y junto nuestros labios en un beso suave. Nuestras bocas se mueven al compás, y ella comienza a mordirme el labio inferior. El beso comienza a ralentizarse, y con cuidado la apoyo en la arena, poniéndome encima de ella. Su pierna derecha está sobre mi cintura, y mientras con un codo me apoyo en la arena, con la otra mano acaricio su cara. Empiezo a bajar mi mano por todo su cuerpo, sintiendo sus escalofríos. Sus manos van a parar a mi espalda, y una de ellas se dirige a mi cuello, el cual mantiene presionado para juntar nuestros labios.

La quiero, de eso no hay duda. Y sé que en poco tiempo ella también me lo dirá a mí. Sé que no me es indiferente. Veo que si todo sale bien, podemos tener un buen futuro, si los dos ponemos de nuestra parte.

Acaricio su pierna derecha, y me separo de ella para quedarme mirándola fijamente.

— ¿Sabes que eres preciosa? Puede que tú no lo veas, pero deslumbras por todos los lugares a los que vas. Con esa aura carismática, y esa sonrisa increíble eres capaz de enamorar a cualquiera.

Se sonroja como ya es muy normal en ella, y esconde su cara en mi cuello, haciéndome soltar una carcajada.

— ¡Sexo en una habitación! —escuchamos que gritan, y unos segundos después Boyd y Alaska aparecen viniendo hacia aquí.

A ellos se les ve muy bien juntos. A pesar de los años que llevan, no han tenido muchas peleas fuertes. Su relación es sana, y nunca en el tiempo que llevan se han separado. Se quieren y se ve a quilómetros de distancia.

¿Así seremos nosotros dos en dos años? ¿O no estaremos juntos?

Papá algunas veces me regaña por ser muy negativo conmigo mismo, pero es algo que no puedo evitar.



Llegamos a casa de Klarissa unas horas después, y nos vamos los cuatro escaleras arriba.

—Podéis cambiaros en la habitación de allí —dice señalando hacia una

puerta que hay a unos pasos de su habitación—. Alaska, ¿Necesitas ropa? — Su amiga niega con la cabeza, y Klarissa coge mi mano—. Vamos, rubio.

Entramos los dos a su habitación, y me dice que va a darse una ducha. Asiento y me siento en su cama cuando veo que se adentra en el baño, y cierra la puerta. Pocos minutos después escucho el sonido del agua caer, y el de una puerta siendo corrida. Me tumbo en la cama, y respondo un mensaje mi padre, donde me dice que felicite a Klarissa.

Ella ya es mayor de edad. Puede tomar cualquier decisión que quiera sin la necesidad de que sus padres la acepten o no.

Diez minutos después, Klarissa sale del baño. Me atrevo a mirarla, y mi respiración se atasca en mi garganta. Solo lleva una camiseta negra de manga corta enorme. Esta le llega hasta por encima de las rodillas, y siento que voy a explotar.

Cojo aire con fuerza, y me sonrío avergonzada.

— ¿Quieres darte una ducha también? —me pregunta con la voz queda.

—S-si —respondo, y paso por su lado para internarme en el baño. Cierro la puerta y me despojo de mi ropa rápidamente. Al entrar, pongo el agua templada y apoyo mis manos en la pared. El agua me está dando en la espalda, e intento respirar profundamente para calmarme.

Verla así... Provoca que todo mi cuerpo se encienda. Aún no hemos pasado de unos cuantos toques por encima de la ropa, y aunque no me quejo, haberla visto así ha hecho que mi cuerpo quiera explotar.

De repente, siento unas manos rodear mi torso, y todo mi cuerpo se tensa ante esa acción.

Mierda, ¿ha entrado en la ducha?

— ¿Puedo ducharme contigo? Parece ser que aún no estoy del todo limpia... —susurra, y mi corazón comienza a latir muy rápido. Bajo la vista, y observo sus pequeñas manos más arriba de la muestra de mi excitación por haberla visto así.

—Klarissa... —respondo con la voz ahogada, y giro un poco mi cabeza para observarla detrás de mí. Sus pechos se clavan en mi espalda, y eso solo hace que mi excitación crezca más.

Me giro hacia ella, y la observo. Sus ojos están clavados en los míos, y su cabello está mojado y pegado en su cara. Sus labios están entre abiertos, y mantiene sus manos pegadas a mi torso.

Sus pechos son pequeños, pero sé que mi mano puede envolverlos perfectamente. Respiro con dificultad, y la miro de nuevo a los ojos.



Brillan.

Una de sus manos se extiende hacia arriba, pasando por todo mi pecho.

—Me encantan tus tatuajes... Son increíbles —y me mira a los ojos. El agua recorre su cuerpo, y se ve más bonita que nunca—. Me encanta recorrerlos con las yemas de mis dedos...

Suelto un suspiro, y acaricia mi mejilla. Su mano hace un camino hasta mi nuca, y hace presión para que juntemos nuestros labios.

Movemos nuestros labios al compás, y adentro mi lengua en su boca, provocando que suelte un jadeo. Muerdo su labio inferior, y poso mi mano derecha en su espalda. Ya no tengo la mano enyesada, pues yo mismo me he quitado el yeso. No me duele.

Con mi otra mano recorro su mejilla, y la que está sobre su espalda, comienza a bajar. Llego hasta la curvatura de su trasero, y dejo mis manos sobre él. Guío mi otra mano hacia el mismo sitio, y la acerco todo lo que puedo hacia mí.

Gime, y mi pene reacciona ante ello. Sé que lo tiene presionando en su estómago, y sé que no falta mucho tiempo para que decida tomarla de una vez por todas.

Guío mi mano hacia delante, y la dejo sobre su estómago. Subo hacia arriba, y escucho su respiración temblorosa.

—Trubel... —suspira, y apoya su cabeza en mi pecho.

Mi mano llega a uno de sus pechos, y comienzo a acariciarlo. Pellizco su pezón, y suelta un gemido ahogado. Apoyo su espalda en la pared, y comienzo a besar su cuello, para bajar mis besos hasta sus pechos. Lamo el izquierdo, y su mano coge con fuerza mi cabello. Muerdo y pellizco sus pechos, y se retuerce de placer.

De repente, escuchamos la puerta de la habitación ser tocada.

—¿Klarissa? —escuchamos la voz de Alaska, y suelto una maldición.

— ¡Estoy en la ducha! ¡Dame diez minutos! —grita la chica temblorosa que tengo frente a mí, y de repente me mira avergonzada.

Cojo el champú para echarme un poco en la mano, y me acerco a ella para comenzar a acariciar su cabello con él. Está totalmente relajada, y apoyada en mi cuerpo, mientras pasa sus dedos por mi torso.

Cuando acabo, le aclaro el cabello, y hago lo mismo conmigo. Cojo una esponja y tras poner gel en el, comienzo a recorrer mi cuerpo.

Suspira cuando llevo la esponja hasta uno de sus pechos, y comienzo a acariciarlo con suavidad.

—A mí me encanta ver cómo suspiras con mis caricias, y como te retuerces del placer —le respondo a lo que antes me ha dicho, y coge con fuerza mis brazos—. Eres preciosa, Klarissa.

Salimos y nos envolvemos en toallas. Yo me pongo una en la cintura, y ella una en el cabello y otra en su cuerpo. Vamos a la habitación, y comenzamos a secarnos. He traído una mochila donde tengo ropa, y la comienzo a sacar. Me pongo el bóxer bajo su atenta mirada, observando cómo me mira ahí fijamente, y veo como ella se pone unas braguitas negras junto a un sujetador del mismo color.

Me acerco a ella y envuelvo con mis brazos su pequeño cuerpo.

—¿Qué vas a ponerte? —me pregunta de repente.

Me alejo de ella y saco una camisa de manga larga de color azul claro, y unos pantalones largos de color negro, junto unas converse.

Me coloco la ropa, y me siento en la cama para ver cómo se viste. Saca del armario una blusa del mismo color que mi camisa, y una falda de vuelo negra. Unos tacones no muy altos negros que dejan ver sus dedos del pie pintados de rojo, y después comienza a vestirse.

Está preciosa, y me dice de ir al baño para peinarnos. Yo me dejo el cabello tal cual lo tengo, y ella comienza a peinarlo.

—¿Tus padres como están? —le pregunto.

—Están bien. Papá sigue renuente a que salga contigo, pero mamá no se mete en el tema para nada.

Asiento descontento, y acaricio su pierna.

—Cuéntame, ¿A parte de Alaska, con quien más tienes relación? A parte de la gente con la que te vi en la fiesta.

Sonríe, y pasa el peine por su cabello.

—Tengo muchos amigos, pero la verdadera es ella. Tenemos relación con un chico que se llama Scott, salimos con él a veces dar una vuelta, pero últimamente no tiene casi tiempo. Está trabajando con su padre, ayudándole con la empresa que heredará.

—¿Va a venir a la fiesta?

Asiente.

—Sí, hace ya que no le veo. Te lo presentaré.

Asiento con la cabeza y cuando acaba de peinarse, bajamos hacia el salón donde están Boyd y Alaska preparando toda la comida y bebida para la fiesta.

Son las nueve de la noche, y la gente comienza a venir a las diez.

Terminamos de colocar todo, y justo a la diez en punto suena el timbre.

Klarissa va a abrir, y cuando lo hace es recibida con mil abrazos de personas distintas. Todos van pasando y rápidamente el salón se va llenando. Ella tiene un jardín en la parte de atrás con piscina, y la gente comienza a tirarse. Pronto las botellas de alcohol rondan por todos, y yo me quedo apoyado en una pared observando todo.

Si bien esto es una fiesta de adolescentes, es completamente igual a las fiestas donde yo voy. Solo que esta es con chicos más pequeños que yo. Hay tías con muy poca ropa, gente en círculos jugando a la botella, y mil cosas así más. La música se escucha muy fuerte, y todos están a su royo.

—Rubio —escucho que me llaman, y giro la cabeza hacia Klarissa.

Se acerca, y veo que viene de la mano con un chico. Es unos centímetros más alto que ella, pero yo le supero en estatura. Es bastante delgado, y tiene el cabello de color castaño. Los ojos grises, y pecas por toda la cara. Su cara es bastante aniñada.

—Trubel, te presento a Scott. Scott, te presento a Trubel, mi novio.

Me encanta escuchar como suenan esas palabras en su boca.

—Hola —me dice, y extiende una mano hacia mí, mirándome de arriba hacia abajo de modo un poco despectivo, y cuando la cojo, aprieto más fuerte.

—Hola —lo saludo.

Suelto su mano y acerco a Klarissa hacia mí.

—Él es el mejor amigo de Ashton —me dice, y fijo mis ojos desafiantes en él. Que sea amigo de ese hijo de puta solo hace que mi sangre hierva.

—Ajá —respondo mirándole con una sonrisa divertida, y de repente le noto un tanto tenso.

—Esta fiesta es de locos —le digo a mi novia.

—¿Te gusta? —pregunta acariciando mi mandíbula.

Asiento, y dejo un beso en su boca.

—Me gusta más la chica que tengo frente a mí.

Sus mejillas se sonrojan, y mira a Scott.

—¿Te importa si me voy a bailar con mi novio?

¿Por qué me da la sensación de que a él no le hace gracia que estemos juntos? No voy a ser infantil y marcar territorio ni decir estupideces, soy mejor que eso. Además Klarissa no es ningún perro, pero no me hace gracia el saber que quizá a él le interese de otras formas.

Niega con la cabeza, y ella coge mi mano. Nos adentramos entre la masa de personas y comenzamos a bailar. Su espalda está pegada a mí pecho, y mis manos van a parar a su barriga. Se menea de un lado a otro, moviendo las

caderas sensualmente, y mi miembro reacciona ante aquello, y ella lo sabe.

Hoy quiero que sepa más de mí, quiero quitarme un peso de encima y abrirle más mi corazón. Por eso, cojo su mano y la llevo hasta fuera de la casa, al jardín. Sigo caminando hasta alejarnos de la multitud, y nos sentamos en un banco que hay aquí.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta sonriendo.

Saco la caja del pantalón, donde tengo su regalo, y me mira abriendo mucho los ojos.

—Oh por dios, Trubel... ¿Me vas a pedir matrimonio? —me pregunta alterada, tiene los ojos completamente abiertos, y eso hace que suelte una carcajada.

—No, rubia. No voy a pedirte que te cases conmigo, aún. Solo quería darte mi regalo de cumpleaños.

—No hacía falta. Con tenerte a mi lado es suficiente regalo.

Dejo un beso en su mejilla, y abro la caja, mostrando la pulsera.

—Espero que te guste, cuando la vi supe que era para ti.

La coge entre sus dedos, y la mira embelesada. Sus ojos chispean, y cuando ve el grabado, primero frunce el ceño, pero después sus ojos comienzan a abrirse de nuevo. Se tapa la boca con la mano, y me sonrío.

—Es increíble... Gracias por confiar en mí.

Se abalanza sobre mí, y me abraza con todas sus fuerzas. Comienza a besarme, y le sigo el ritmo. Reparto pequeños besos sobre sus labios, y me levanto para acercarla a mí y abrazarla.

—Muchas gracias, Trubel.

Me separo de ella, y cojo un mechón de su cabello.

—No me llames Trubel, rubia. Llámame Leslie.

## Capítulo 12

“Las personas que piensan que no son capaces de hacer algo,  
no lo harán nunca, aunque tengan la aptitud  
— *Indira Gandhi*”.



Después de por fin confesarle mi nombre, nos quedamos fuera de su casa unos minutos, besándonos y dándonos cariño.

—Me siento especial porque hayas confiado en mí para decirme tu nombre, Leslie. Pero... —me mira confusa—. ¿Por qué no te gusta que nadie lo sepa?

Suelto un suspiro, y el acomodo en mí regazo.

—Mira, yo de pequeño tuve problemas con mi nombre. Leslie es un nombre normal, pero cuando eres pequeño, cualquier cosa es el suficiente pretexto para que la gente te hiera —le confieso mirándole a los ojos—. No me siento bien cuando recuerdo mi pasado, pero si he aprendido algo es que las cosas del pasado se quedan ahí. Lo importante es el presente. Este apodo fue como un nuevo yo, y me gusta.

Me mira con tristeza, y me abraza con fuerza.

— ¿Fueron muy malos contigo? —pregunta tímida.

Asiento.

—Si... Y lo peor fue que me vengué de ellos... Yo... No me gusta lo que hice, Klarissa. Tenía dieciocho años cuando ocurrió, y he madurado bastante como para saber que fui un idiota.

— ¿Qué hiciste? —me pregunta curiosa.

Entonces, se lo cuento. Le cuento lo que le hice a Hannah, y que no he vuelto a saber nada más de ella. Le digo que me sentí una mierda, y aún sigue siendo así.

—Fui un imbécil, y ahora mismo hacer algo así ni se me pasaría por la cabeza.

Suelta un suspiro, y agacha la cabeza.

—Fuiste muy mala persona, Trubel. Pero por una parte te entiendo. Esa chica hizo que te humillaran, y la sed de venganza fue la que superó todo. Me alegra que no te hayas sentido bien después de haber hecho eso. ¿Supiste que pasó después?

Niego con la cabeza, y la estrecho contra mi cuerpo.

—No, y sinceramente no me interesa. Me arrepiento de lo que hice, si. Pero eso demostró que ella sería infiel a su novio con cualquier chico, ¿sabes? El la quería. Y esa creo que fue una manera de abrirle los ojos.

Me sonrío, y acaricia mi mandíbula.

—Me encantas.

Junto nuestros labios, y la beso con cariño. Sus manos rodean mi cuello, y las mías su espalda. Se siente bien tenerla así de cerca, siento que cada día la quiero un poco más.

Muerdo su labio inferior, y suelta un suspiro.

—Yo... Lo que ha pasado hoy... —me dice un tanto avergonzada—. Me he sentido muy bien en tus manos, Trubel. Nadie... Nadie me ha hecho sentir así.

— ¿Nunca te han tocado? —le pregunto confuso.

Niega con la cabeza.

—Hasta hace unos meses lo único que me importaba era terminar bachillerato. Con Ashton no llegamos a mucho. Solo unos cuantos besos... No he estado con nadie.

Respiro profundo, y la beso desesperadamente. Obviamente si ella hubiera tenido sexo con alguien, no es algo de lo que debería quejarme. Hasta hace unos meses ella y yo no nos conocíamos, y cada uno tiene su pasado. Ella ha hecho cosas, y yo también he hecho otras. Pero se siente bien sabiendo que yo soy el primero en algunas cosas. Me hace sentir especial, y solo quiero cuidarla y mimarla.

— ¿Vamos a la fiesta? Te estarán empezando a extrañar —le sigo sintiendo cuando nos separamos.

—Sí, vamos. Quiero bailar contigo.

Coge mi mano, y entramos a la casa. Vamos a por una bebida, y nos metemos en la "pista" improvisada de baile.

Coloco mis manos en su cintura, y ella se gira quedando de espaldas a mí. Posa sus manos tras mi cuello, y comienza a mover las caderas de un lado a

otro. Le sigo el ritmo, y dejo besos húmedos en su cuello.

—Se siente tan bien... —susurro, y noto su cuerpo temblar. La acerco más a mí, y pronto comienza a mover las caderas de nuevo, esta vez restregándose —. Si sigues haciendo eso, no sé qué es lo que voy a hacerte...

Se gira de repente, y me besa con necesidad y fiereza. Muerde mi labio inferior, y me mira divertida.

—Maldigo a Alaska por qué nos haya interrumpido...

Suelto una carcajada, y agarro con mis manos su trasero.

—Tenemos muchos días por delante. Pronto serás mía.

Su cuerpo tiembla, y muerde con fuerza su labio inferior.

—Tú también serás mío —musita, y sonrío.

—Yo soy tuyo desde que nos conocimos, rubia.

Bailamos un rato, y después Alaska y Boyd hacen acto de presencia.

Me marcho con Boyd a beber un ratito, y Klarissa se queda con unas amigas.

Un chaval pronto se acerca a nosotros, y comenzamos a hablar de tonterías. Reímos por sus estupideces, y nos dice que él está en primer año de la universidad, pero que ha acompañado a su novia a la fiesta, ella es amiga de Klarissa.

Me bebo otro cubata, y cuando levanto la cabeza, observo el lugar donde Klarissa está. Mi cuerpo se tensa involuntariamente cuando veo quién está a su lado, y aprieto mis puños con fuerza.

*Ashton.*

El está bailando con Klarissa y Alaska, aunque veo que mí rubia tiene expresión de estar un poco incómoda. Veo como él la coge por la cintura, y la acerca a su cuerpo para bailar con ella.

Tengo la mandíbula completamente tensa, y siento unas increíbles ganas de pegar a alguien.

—Oye, ¿has visto al tío que baila con Klarissa? —me pregunta de repente Boyd.

—Es su puto ex novio.

No puedo negarle que baile con alguien, pero saber que está bailando con ese tipo y que él ha jugado con ella...

De repente, la gira y junta sus labios con los de ella.

Veo todo rojo.

No soy capaz de notar cuando ella le empuja, porque estoy acercándome rápidamente.

— ¡Hijo de puta! —grito, y mi puño se estampa contra su cara.

— ¡Trubel! —escucho que me grita Boyd, pero no hago caso.

Empujo el cuerpo de ese desgraciado contra la pared, y estampo otro puñetazo en su cara. Se siente como que el karma me está devolviendo lo que hice, y noto todo mi cuerpo tensarse.

— ¡Para, por favor! ¡Vas a matarle! —escucho que me grita Klarissa, y respiro con fuerza. Empujo a Ashton, y salgo de la casa rápidamente. Necesito respirar el aire de la noche, por qué si no voy a volver y voy a matarle.

Suelto un grito ensordecedor, y estampo mi puño contra lo primero que encuentro.

— ¡Leslie, para! —la voz de Klarissa se hace presente, y me giro para que no me vea. Me quedo de pie, respirando con dificultad.

Ver cómo la ha besado en mis narices... Dios, me siento impotente.

—Trubel...

—Cállate —le pido, porque estoy furioso.

—Pero...

— ¡Que te calles, joder! —exploto, y al girarme veo que ha comenzado a llorar.

— ¡No me grites! —me responde, y se acerca a mí para coger mi cara entre sus manos.

—Le voy a matar... —todo mi cuerpo tiembla de furia.

—Lo siento, Trubel. No pensaba que haría eso. Mis amigas me dijeron que el solo quería ser mi amigo, y Ashton también me lo dijo.

—Y tú has sido tan ingenua como para creerle.

— ¡Pues si! —grita enfadada—. Soy una estúpida que ha pensado lo mejor de alguien que ha hecho que te pongas así.

Suelta un sollozo, y la estrecho contra mis brazos.

—Verle hacerte eso... Dios, me he sentido tan mal...

—Lo siento mucho, de verdad. No tenía ni idea de que sería capaz.

Besa mis labios, y saboreo el sabor de sus lágrimas saladas.

—Tranquila, no llores, por favor... —la estrecho contra mis brazos y me abraza con fuerza.

—A mí solo me importas tú... Voy a decirle a todo el mundo que se vaya —musita, y se separa unos centímetros de mí.

—No hace falta, Klarissa. Siento haber arruinado tu fiesta de cumpleaños... —agacho la mirada, y siento sus dedos posarse sobre mi barbilla para elevar mi cara.



—No me importa la fiesta, solo me importas tú. Ahora entremos y echemos a todo el mundo.

Hacemos lo que ella dice, y la gente comienza a irse tras quejarse. Comienzo a limpiar los vasos que hay tirados por ahí, con la ayuda de Boyd y Alaska. Una vez ya no hay nadie, Klarissa se nos une.

—Nosotros nos vamos ya —nos dice mi amigo, una vez hemos terminado de limpiar.

Nos despedimos de ellos, y nos quedamos solos Klarissa y yo.

—Mis padres estarán fuera hasta el lunes, ¿quieres quedarte conmigo todo el fin de semana? —Me pregunta, y asiento—. Ven, vamos a mi habitación.

Me mira con un brillo especial en la mirada, y coge mi mano para comenzar a subir las escaleras. De pronto me siento nervioso. Estamos solos en su casa, todo el fin de semana.

Entramos a su habitación, y cierro la puerta tras de mí.

Cuando me giro, veo a Klarissa justo al lado de su cama. Abro los ojos cuando se quita los zapatos, y los deja a un lado. Se quita las pinzas que mantenían su cabello recogido, y la veo más que preciosa.

Es perfecta para mí.

Me acerco a ella lentamente, y me observa con seguridad. Cuando estoy a milímetros de su cuerpo, echo el cabello hacia un lado, y beso su cuello lentamente.

Suelta un sonido, y empieza a quitar los botones de mi camisa. Al terminar, pasa sus manos por mi pecho firme, y me ayuda a quitarme la camisa. Sus manos tiemblan, y las cojo entre las mías.

—No tenemos que hacer nada si no quieres, ¿lo sabes, no? Haremos lo que tú quieras.

Me mira a los ojos, y sonrío.

—Quiero que me hagas tuya. Hoy, ahora, esta noche.

Respiro profundamente, y llevo mis manos hasta el dobladillo de su vestido. Acariciando sus piernas lo subo por su cuerpo, y me deshago de él. Solo queda su sujetador y sus braguitas para tenerla completamente desnuda para mí.

Sus manos van a parar a mi cinturón, y con las manos temblando intenta quitarlo, haciendo que suelte una pequeña risa. Tras quitarlo, me deshago de mis pantalones, quedando en un bóxer.

Tras quitarme los pantalones me deshago también de mis zapatos y calcetines, y acerco su cuerpo al mío para comenzar a besarla. Solo se

escucha el ruido de nuestros besos, y la arrastro hasta su cama, tumbándola en el colchón para colocarme sobre ella.

Beso sus labios con suavidad, y desvío mis labios hacia su cuello, comenzando a bajar mis caricias. Me ayuda a quitarle el sujetador, y beso sus pechos lentamente, torturándole...

Su cuerpo tiembla. Tiembla toda ella, y acaricio su cara mientras beso sus labios.

—Si quieres que paremos solo tienes que decírmelo y me separaré.

Asiente con timidez, y le quito la última prenda que cubre su cuerpo. Una vez desnuda, coloco su pierna sobre mi cintura, y comienzo a acariciarla, escuchando los sonidos que salen de su boca. Coge la sábana con fuerza cuando coloco mi mano en la parte interna de su muslo, y gime con fuerza cuando paso mis dedos por su feminidad.

—Dios... —suspira, y poco a poco interno un dedo dentro de ella, haciendo que gima.

Está muy mojada, y me es prácticamente imposible poder mantenerme firme.

La acaricio con tranquilidad, aunque sé que no puedo aguantar mucho más, y deslizo dentro y fuera mi dedo.

—Por favor, Trubel... —suplica, y sus manos se dirigen rápidamente a mi bóxer para bajarlo.

Cuando me he despojado de la última prenda que llevo, me coloco sobre ella, y sus piernas se ponen sobre mis caderas, rodeándolas.

Mis manos cogen las suyas, y las entrelazo poniéndolas sobre su cabeza.

—Párame cuando lo necesites, por favor —le pido susurrando sobre sus labios, y comienzo a internarme muy lentamente dentro de ella.

Suelto un gruñido, y paro para que comience a acostumbrarse. Está temblando, y beso repetidamente toda su cara.

—Tranquila... —le digo, y me interno otro poco más.

—Duele... —se queja, pero mantiene sus piernas aferradas a mí.

—Lo sé, lo siento...

Beso sus labios con suavidad, y me interno completamente dentro de ella, maldiciendo cuando suelta un jadeo.

—Ya estoy dentro, cariño. Ahora voy a salir un poco, ¿vale? —le digo susurrando en la oreja, y asiente.

Clavo mis ojos en los suyos, y lentamente comienzo a salir de ella. Está completamente prieta. Nunca lo he hecho con una virgen, por lo tanto nunca me

he preocupado por ir lento.

Vuelvo a internarme dentro de ella, y comienza un vaivén. Me hundo dentro de ella soltando un gemido, y jadea.

— ¿Te gusta? —le pregunto comenzando a penetrarle más rápido.

—Es extraño y un poco incómodo... Pero... No pares, Trubel.

Sonrío, y la beso con fuerza mientras comienzo a internarme una y otra vez, cada vez más rápido pero teniendo cuidado.

Cuando siento que voy a llegar, maldigo porque no me he acordado de usar protección.

— ¿Te cuidas, Klarissa? —le pregunto jadeante, y asiente.

—Tomo las píldoras para controlar mi menstruación.

Suelto un suspiro, y mis caderas chocan con las suyas más rápidamente.

—Voy a correrme dentro de ti, ¿vale? —susurro en su oído, y asiente.

Cuando termino, prácticamente me desplomo encima de ella. Estoy sudando, y me siento completamente feliz.

Con cuidado salgo, y la acerco a mis brazos para abrazarla. Interno mi cara en su cuello, y respiro profundo.

— ¿Te he hecho mucho daño? —pregunto preocupado, y niega.

—Me ha gustado mucho... —responde con las mejillas enrojecidas, y sonrío divertido.

— ¿Vas a convertirte en una ninfómana, Klarissa?

Abre los ojos desmesuradamente, y me pega sin apenas fuerza en el pecho.

—Te odio —me responde sonriendo.

—Hacía mucho que no me lo decías —le digo juguetonamente, y me levanto de la cama para cogerla en brazos.

— ¿Dónde vamos? Estamos desnudos.

—Nos vamos a dar una ducha, quiero limpiarte.

Asiente, y nos internamos en la ducha. El rato ahí metidos, me mantengo atento con ella, y la acaricio por todo el cuerpo.

—Siento que ahora que por fin te he tenido, no quiero separarme de ti.

Suelta una risita, y me abraza con fuerza.

—Yo también siento lo mismo.

Salimos de la ducha, y tras colocarme una camiseta y un bóxer de la mochila que traje, y dejarle a ella una camiseta mía, nos tumbamos en su cama.

— ¿Sabes? —Me dice unos minutos después de estar en silencio —. Nunca te lo he contado. ¿Recuerdas la noche en que te dije que mi vida era una mierda? —Asiento poniéndome tenso de repente—. Pues... Ya has visto que

mi mamá y mi papá no están bien... Papá no lo sabe, pero he visto muchas veces a mamá bebiendo alcohol. Mucho alcohol... Ella se sienta en una silla del patio cuando papá no está, y se tira horas allí sentada y bebiendo. La escucho llorar, pero nunca me atrevo a acercarme. Muchos dicen que mi familia es perfecta, pero ellos no saben que papá apenas está en casa, que mamá puede ser que se convierta en una alcohólica y que no le hacen caso a mi hermano...

Siento sus lágrimas mojar mi pecho, y la ayudo a ponerse a horcajadas de mi cuerpo.

—Tú no tienes la culpa de lo que pasa con tu hermano o con tus padres. Lo que pienso es que quizá deberías decirle a tu padre lo que estás diciéndome de tu madre, para que no llegue a más. Y quizá deberíais hablar seriamente sobre tu hermano...

Asiente, y deja un beso en mi pecho.

—Tú me entiendes. Tú me quieres y me lo demuestras. Estoy feliz de tenerte cada día a mi lado.

—Yo también estoy feliz de tenerte conmigo, Klarissa.

## Capítulo 13

“Perdiste el balance en la cuerda floja,  
perdiste la cabeza tratando de recuperarla  
– *Taylor Swift*”.



Me despierto al día siguiente con Klarissa prácticamente encima de mí. Hemos pasado casi toda la noche entre besos y gemidos, uniendo nuestros cuerpos como si nunca fuera suficiente. Cada vez tengo más claro todo lo que siento por ella. Es una chica increíble que muere de ganas por vivir la vida, y me encanta poder compartirla con ella.

Cuando abro los ojos, observo a mi chica tumbada en la cama. Su cabello está esparcido por la almohada, y la sábana fina y lisa blanca tapa la mitad de su espalda, hacia abajo. Está completamente desnuda; igual que yo. Estoy muy cansado por toda la noche que hemos pasado, y siento que necesito un respiro.

Salgo de la cama, me pongo mi bóxer junto con un pantalón de chándal, y salgo de su habitación para bajar las escaleras e ir hacia la cocina. Sus padres como ella ha dicho no van a estar en todo el fin de semana, así que estaré junto a ella todo el tiempo que pueda.

Cuando llego a la cocina, rebusco los ingredientes que voy a necesitar para hacer zumo de naranja, y panqueques con Nutella. Estoy alrededor de media hora preparándolo todo, y tras colocarlo en una bandeja de plástico que había en uno de los muebles, subo escaleras para ir de nuevo a la habitación.

Justo al entrar, observo que está estirada de manera en que ocupa toda la cama. Su cabello rubio le tapa la cara, y sostiene con fuerza la almohada. Verla así es un sueño hecho realidad. Siempre he pensado que acabaría solo y viviendo con mi padre toda la vida, pero siento que ahora tengo un motivo más por el cual despertarme cada día.

Dejo la bandeja en la cama, y me tumbo encima de ella, está boca abajo, así que comienzo a repartir besos por toda su espalda. Nunca voy a tener suficiente con ella, podría estar todo el día haciéndole el amor.

Suelta un sonido, y veo como una pequeña sonrisa se extiende en sus labios al echar su cabello hacia un lado.

—Buenos días, rubia.

Se gira hacia mí aún con los ojos cerrados, y sus pechos tocan el mío, enviándome una oleada de excitación por todo el cuerpo.

—Buenos días —balbucea, y beso su cuello sensualmente, haciendo que suelte un suspiro y busque mi cabello a tientas. Llevo mi boca a sus pechos, y lamo con ganas haciendo que abra los ojos rápidamente.

Klarissa me empuja con todas sus fuerzas hacia un lado para colocarse sobre mí, y su cabello largo tapa sus dos pechos.

—Así que te has despertado juguetón... —me dice divertida y con la voz ronca, y sonrío.

Poso mis manos sobre sus caderas, y la observo. Unas pequeñas líneas azuladas, o como ella dice estrías decoran su cuerpo, y anoche estuvo bastante renuente a que las tocara.

—Trubel, no me gusta que me toques por ahí... —musita avergonzada, y frunzo el ceño.

— ¿Por qué no te gusta? Son unas simples marcas, Klarissa. Nada importante.

—Hacen que mi cuerpo sea más feo.

Abro los ojos desmesuradamente.

— ¿Qué? —digo perplejo—. Eres perfecta, enserio. Unas simples marcas estúpidas no molestan a nadie. Me encanta que las tengas, hacen tu cuerpo único para mí. Igual que todos los lunares que tienes en tu espalda y en tu estómago. Ya te he dicho que te quiero, y al quererte a ti, quiero a todo lo que viene contigo.

Sus ojos se cristalizan, y acaricia mi pecho. Recorre con la yema de mis dedos las alas que tengo tatuadas, un ala está en un pectoral, y la otra en el otro. Ese es el tatuaje que más le gusta de mí —según dice—, sin contar el de el corazón por mi madre que tengo en la muñeca.

—Eres perfecto. Yo... No estoy siempre muy segura con mi cuerpo. Hay veces que me encanta observarme en el espejo y decirme que soy preciosa, y otras solamente no quiero salir de casa y no quiero mirarme.

—Todo el mundo tiene complejos, Klarissa. Si nadie tuviera, sería un

aburrimiento, ¿no crees? Pero a mí me gustas como eres, por tus defectos, por tus complejos, por todo.

Me sonrío, y besa mis labios brevemente.

—Me haces feliz —confiesa, y acaricia mi pecho de arriba abajo con sus uñas largas.

La acerco a mí, y agarro su cara para besar sus labios lentamente. Saboreo su boca como siempre, y muerdo primero su labio superior, después paso mi lengua por él, y hago lo mismo con el inferior, haciendo que suelte algunos gemidos. Pronto comienzo a notar la excitación crecer en mí, y Klarissa me mira con lujuria. Sin esperarlo, toma mi erección con sus manos, y lentamente la interna dentro de ella, haciendo que gruña en respuesta como un ser salvaje. Sentirme dentro de ella es la mejor sensación que puede existir.

Cojo sus caderas con mis manos firmemente, y empujo hacia arriba, comenzando a internarme más seguido en ella. Arquea la espalda soltando gemidos de placer, y mis manos se deslizan a sus pechos para amasarlos, lamerlos, morderlos...

—Dios... —jadea, y cabalga encima de mí. Posa sus manos en mi pecho, y se eleva y baja rápidamente. Bombeo con fuerza dentro de ella, y entre abre los labios soltando pequeños sonidos.

—Te sientes tan bien... —le digo, y me siento en la cama, apoyándome en la cabecera para tenerla frente a mí. Beso sus labios con ternura mientras sigo dentro de ella, y con la yema de mis dedos acaricio su cuerpo. Desde la curvatura de su cuello, hasta las líneas azuladas de su cadera. Todo con un amor infinito, lo que siento por ella. Ojalá llegue pronto el día en que me confiese que también me quiere. Ojalá podamos compartir meses y meses juntos... Porque aunque suene cursi, me veo una vida junto a ella.

No puedo saberlo a ciencia cierta, ni puedo estar cien por cien seguro; ya que el destino es desconocido. Porque puedo estar hoy así, haciéndola mía, y en un tiempo puede que estemos separados. Porque el destino es incierto, y nunca puedes saber qué es lo que va a pasar. Por eso hay que vivir la vida al día a día, haciendo lo que de verdad queremos y sentimos, sin importarnos el qué pensarán.



El domingo estamos en su casa, comiendo una ensalada de pasta que hemos hecho entre los dos. En un rato vamos a quedar con Boyd y Alaska para ir a un pub a tomar algo, y tenemos que reponer fuerzas después de todo el fin de semana.

—Me tienes agotada —me dice divertida—. Eres insaciable.

Arqueo una ceja, y suelto una carcajada.

—Claro, yo he sido el que ha saltado encima de ti cada rato para hacer el amor —respondo con una sonrisa, y rueda los ojos.

—No niegues que deseabas que lo hiciera.

Lamo mis labios, y poso mi mano en su muslo desnudo. Lleva una camiseta blanca puesta, y debajo de ella no hay nada. La camiseta es lo suficientemente grande, y le llega por las rodillas. Casi camufla su cuerpo entero.

—No puedo negarlo, cariño. Pero siento que voy a tener que coger fuerzas y no hacerlo un tiempo... —le digo gracioso cuando veo que abre los ojos desmesuradamente. Obviamente es mentira, ahora mismo podría volver a hacerle mía.

—Entonces deberé buscar satisfacerme yo sola...

Le miro impresionado. Enserio, esta mujer me vuelve loco. En un momento es toda vergonzosa. Se esconde en mi cuello para que no vea cómo se sonrojan sus mejillas, y de repente me suelta estas frases que sólo hacen que quiera hacerle el amor en la misma mesa donde estamos comiendo.

—No juegues con fuego...

Suelta una carcajada, y seguimos comiendo mientras miramos una película que hacen en la televisión. Es admiradora de las películas de *Fast and furious*.

Estamos terminando de comer, cuando la puerta de su casa se abre de repente. Casi me atraganto con la comida cuando veo a los padres de Klarissa entrar. Y juro que todo mi cuerpo se ha tensado en apenas un segundo.

Klarissa les mira horrorizada, y sus padres se quedan perplejos en la entrada. Han entrado gritando, y se han quedado en silencio nada más vernos.

Sé que nada más ver nuestro vestuario ha descubierto que seguramente he pasado aquí el fin de semana. Además sé que seguramente se imaginan lo que su hija y yo hemos estado haciendo.

Ella va vestida como he mencionado, y además tiene el cabello revuelto y los labios hinchados por los recientes besos que hemos compartido. Yo voy con un chándal negro, y no llevo más ropa que eso y un bóxer.

— ¡¿Alguien me puede explicar que está pasando aquí?! —grita entonces Philip, y se precipita hacia nosotros rápidamente.

Klarissa y yo nos levantamos de la mesa, y damos unos pasos hacia atrás cuando se para apenas unos metros de nosotros.

—Papá... —dice Klarissa, pero su padre mantiene la mirada en mí. Sus



ojos azules, tan iguales a los de mi chica me intimidan, pero mantengo mi expresión fría.

— ¿Papá qué? ¿Me has visto la jodida cara y has aprovechado que te dejábamos la casa para venir a acostarte con esta... Persona? —le dice entonces, mirándome con una mueca de asco.

—Mire, señor... —intento hablar, pero me hace una seña para que me calle.

—Ni me dirijas la palabra. Solo eres mala influencia para mi hija. Has hecho que esté tres días en un hospital solo para estar contigo, haciendo que olvide sus obligaciones, y se pasa los días fuera de casa. ¡Encima tenéis la poca vergüenza de estar medio desnudos en mi propia casa! ¿Quién cojones te ha criado así? —escupe con rabia a Klarissa, y una punzada de rabia se instala en mi cuerpo.

—Cariño, no te alteres —dice Claire, y se acerca a él con calma—. Han hecho mal, pero son unos críos...

— ¿La defiendes? ¿Defiendes que tu hija se vea como una *puta* en tu propia casa?

La ira invade mi cuerpo, y tenso la mandíbula.

—No vuelva a insultarla... —digo con fingida tranquilidad, y la mano de Klarissa agarra uno de mis brazos—. Usted no tiene el derecho a insultarla...

—Soy su padre —dice demandante, y con un aire burlón—. Yo le digo a mi hija lo que me salga de los huevos. ¿Entiendes, mocoso?

Respiro profundamente, y Klarissa se pone delante de mí.

— ¡Para ya! ¡No tienes el derecho a recriminarme nada! —Escupe mí rubia con ira—. ¡No te preocupas por nosotros! ¡Solo te preocupas por tu estúpido trabajo! ¿Sabes que tienes un hijo de dos años al que apenas le haces caso? ¿Para qué decidisteis tener hijos si no les hacéis caso? —Dice con lágrimas comenzando a caer por sus mejillas—. Tú, mamá, te pasas las noches y las tardes que papá no está bebiendo como una borracha y alcohólica. ¿Porque no empleas ese tiempo que malgastas con tu hijo? Y tú, papá, no me recrimines nada cuando apenas te preocupas por tu familia. ¡Sólo existe tu jodido trabajo!

De repente, la mano de Philip va a parar a la mejilla de Klarissa, dándole una bofetada.

Se hace el silencio.

Me mantengo con los pies clavados en el suelo, mirando la escena que se desarrolla frente a mí. Claire no para de llorar, Philip mira con rabia a

Klarissa, y ella... Mantiene una de sus manos sobre su mejilla izquierda, la que acaba de ser golpeada.

Inspiro con fuerza. Me acerco a Klarissa, y la pongo detrás de mi cuerpo.

—Si usted no fuera el padre de ella, ahora mismo estaría en el suelo retorciéndose del dolor. Cómo me entere de que vuelve a ponerle una mano encima, le denuncio.

Cojo la pequeña mano de Klarissa, y nos encaminamos hacia su habitación. Cuando llegamos, comienza a llorar, y la estrecho contra mis brazos.

—Shh... Tranquila... —susurro en su oído, y suelta un sollozo.

—M-me ha pegado... Mi padre me ha pegado... —esconde su cara en mi pecho, y llora desconsoladamente—. Sácame de aquí, por favor... Llévame contigo.

Asiento, y beso sus labios.

Me pongo mi ropa mientras observo como ella ausente se pone la suya, pero solo se coloca un pantalón negro corto, unas Vans negras, un sujetador y bueno, la ropa interior que lleva bajo el pantalón.

Se deja puesta mi camiseta, y le hace un nudo hacia el lado para que no se vea tan larga. Una vez ha terminado, vamos a su lavabo y se lava la cara y los dientes. Al girarse hacia mí, cojo su cara entre mis manos con delicadeza.

Tiene la mejilla roja, y me tenso completamente.

—Si no fuera tu padre... —musito furioso, y aferra sus manos en mi cintura.

—Sólo vámonos...

Salimos de su casa después de que haya cogido un par de cosas, y entramos a mi coche. Recorro las calles que hay hasta mi casa en completo silencio. He estado todo el fin de semana sin ver a mi padre, y tengo ganas de estar alrededor suyo.

Cuando llegamos a mi casa, bajamos del coche y cojo su mano con suavidad. Abro la puerta y dejo que pase por delante de mí. En la sala, observo a papá mirando la televisión tan tranquilo. Al oírnos, gira su cabeza hacia nosotros.

—Hola, chicos —nos saluda sonriente, y su sonrisa decae al ver la expresión de Klarissa. Parece ida.

—Hola, papá —le saludo, y me acerco a él para darle un abrazo.

—Trubel... Yo... Voy a acostarme un rato en tu cuarto, ¿vale? —me dice Klarissa, y asiento con la cabeza—. Por cierto, me alegro de verte, Mikail.

Desaparece por las escaleras, y escucho el sonido de la puerta de mi habitación siendo cerrada.

— ¿Que ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Niego con la cabeza, y me siento en el sofá, quedando a su lado.

—Ella tiene problemas con sus padres, y no quería quedarse en casa. Se quedará aquí hasta que decida irse.

Asiente, y pone su mano sobre la mía.

—Me gusta verte así de feliz, hijo.

—Gracias, papá. Es gracias a Klarissa.

Me sonrío algo cansado, y comienzo a prepararle algo de comer sin dejar de pensar en la rubia que tengo en mi cama.

## Capítulo 14

“In the end, it's him and I  
– *Halsey & G-eazy*”.



Klarissa se ha quedado toda la semana en mi casa. Apenas quiere hablar conmigo. Se pasa el día en mi habitación encerrada y llorando, y he de admitir que está comenzando a hartarme. Hace unos días volví al trabajo, y he de tener mucho cuidado para que ella no sospeche nada. Aún no estoy listo para contarle a que me dedico.

Papá se queda con ella cuando me marchó, y dejó siempre la comida, o cena preparada, depende la hora a la que tenga que irme.

Está comportándose como una cría, y no me gusta eso. Ella puede estar todo el tiempo que quiera en mi casa, pero quiero que esté conmigo, con mi padre, con nosotros. No encerrada. Prácticamente debo obligarle a que coma o se duche, ya que solo quiere estar en mi cama. Siquiera deja que duerma con ella, y eso que es mi habitación.

—Déjame —me dice tras varias insistencias para que se dé una ducha. No es porque huela mal, si no por su higiene. Lleva más de un día y medio sin darse una ducha.

—Joder, Klarissa. ¿Quieres dejar de comportarte como una cría? No me gusta nada esta actitud.

Esconde su cara en la almohada, y suelto un suspiro.

— ¿No decías que me querías por todo lo que soy? Pues vas a tener que aguantarme —me dice desafiante tras encararme, y no puedo creer que me esté hablando así.

—Te lo estoy diciendo por tu bien, cariño. No me gusta verte encerrada en mi habitación.

—Pues me voy —dice encogiéndose de hombros, y resoplo pasándome las manos por mi cabello rizado despeinado.

—Te estás comportando como una cría, ¿es que no lo ves? No dejas apenas que te toque o duerma contigo. No quieres hacer el amor o aunque sea besarme y estar conmigo. Tengo que obligarte a que comas y a que te duches. ¿Puedes dejar de ser egoísta? Tus actitudes me están hartando, enserio. Yo no tengo ningún problema en que duermas en mi casa o en que estés con nosotros, pero pon de tu parte, si no esto no llegará a nada.

— ¿Me estás dejando? —dice de repente furiosa, y niego con la cabeza rendido.

—No puedo más, lo siento. Me voy a trabajar.

Salgo de la cama con un nudo en la garganta, y siento algunas lágrimas agolparse en mis ojos.

— ¡Si, vete! ¡Déjame tú también!

Tras escuchar sus palabras que son dagas hacia mi corazón, bajo las escaleras y llego al salón, donde papá me observa preocupado.

— ¿No ha querido salir? —pregunta. El mismo me dice que ella a veces ni come cuando yo no estoy.

—No, y no sé qué hacer.

Me desplomo en el sofá, y tapo mi cara frustrada.

—Siento decir esto, hijo. Pero Klarissa se está comportando como una chica de quince años.

—Papá, sé que está mal por lo que ha pasado con su padre. Pero creo que está exagerando. No me deja acercarme a ella. Debo de dormir en el puto sofá porque no quiere que durmamos juntos. No sé si lo mejor es dejarlo.

Papá suspira, y aprieta mi hombro.

—Las personas somos así, Leslie. Somos caprichosas y nos gusta que los demás hagan lo que pedimos. Si de verdad sientes que debéis dejarlo un tiempo por culpa de su comportamiento, quizá ahí reaccione.

—Tienes razón. En fin... Voy a trabajar.

Salgo de casa, y recibo un mensaje de la persona con la que llevo hablando toda la semana.

*«Claire, madre Klarissa;*

*¿Cómo está ella? Siento volver a molestarte, pero es que no contesta mis mensajes y me tiene preocupada. Sé que contigo está bien. Mantenme informada, por favor.*

*Un saludo».*

Respondo el mensaje rápidamente diciendo que todo está bien.

Paso a buscar a Boyd, y vamos a hacer otra de las entregas. Hoy el día está calmado. Debemos tener cuidado ya que hemos tenido que cambiar de lugar por si la policía nos pillaba. El verano la playa suele estar llena, y no podemos estar siempre seguros.

— ¿Cómo va la cosa con Klarissa? —me pregunta Boyd cuando hemos terminado por hoy, y vamos a un bar a tomar algo. Alaska ha quedado con unas amigas, y Klarissa está en mi casa, supongo.

—Fatal —le respondo frustrado—. Ella no deja que me acerque. No quiere que nadie esté a su alrededor. Me estoy cansando de soportar todo esto. Tengo muchos problemas en mi vida como para permitirme que deje que ella se comporte así.

Boyd suspira, y pasa su mano por mi hombro para abrazarme rápidamente.

—No sé qué decirte, tío. A mí eso con Alaska no me ha pasado. Hemos tenido muchas peleas pero nunca se ha llegado a poner así. Quizá Klarissa está muy afectada por lo que su padre le hizo y por todo lo que está viviendo.

Me encojo de hombros, y doy un sorbo a la cerveza que tengo justo enfrente.

—Lo sé. Pero cuando está mal, está conmigo siempre. Quizá también necesita espacio. Aunque me estoy comenzando a hartar... Hace pataletas como una niña pequeña cuando le pido que coma o que se dé una ducha. Tampoco deja que la saque de la habitación. Me desespera y me preocupo por ella.

Media hora después salimos, y dejo a Boyd en su casa. Me encamino hacia la mía, y cuando aparco entro a casa tranquilamente. Son las diez de la noche, y voy a la habitación de papá para ver qué está durmiendo. Dejo un beso en su sien, y salgo de ahí para subir las escaleras e ir a mi habitación para coger el pijama y darme una ducha en el baño de abajo.

Abro, y la oscuridad me recibe. Enciendo la luz, y veo a Klarissa durmiendo en mi cama. Lleva unos pantalones grises de chándal y una camiseta de tiras negra. Su pelo está recogido en un moño y se me revuelve el estómago al saber que ella no quiere que me acerque. Llevo una semana sin besarla. Una semana sin hacerle mía o sin poder hablar civilizadamente.

Suspiro, y cojo el pijama junto con un bóxer. Cierro la puerta y bajo las escaleras para internarme en el baño. Me afeito tranquilamente la barba que comenzaba a salir, y después me meto en la ducha.

Salgo, y envuelvo mi cintura con una toalla. Mientras me seco, me hago una pizza congelada a la carbonara en el horno, y pongo una película que

hacen en la televisión.

Me visto, y ceno en silencio. El nudo en mi garganta no se va. Giro la cabeza cuando escucho los pasos de Klarissa bajar por las escaleras, y centro mi atención de nuevo en la televisión. Escucho el sonido de un vaso y sé que se está echando algo en él. Oigo el sonido del microondas, y veo que se sienta en el sofá donde se suele poner mi padre.

— ¿Qué película es? —me pregunta, y termino otro trozo de pizza.

—El corredor del laberinto —respondo serio, y mantengo mi atención en la televisión. Yo no voy a ser quien vuelva a intentar algo. Estoy cansado de que se comporte así. Si quiere que volvamos a la normalidad, tendrá que mostrar interés.

El sonido del micro suena, y se levanta. Después, vuelve a aparecer en el salón, y se sienta para comenzar a beberse el Colacao que se ha preparado.

Yo, una vez he terminado de cenar, llevo el plato a la cocina y vuelvo al salón. Me tumbo en el sofá, y me tapo con una simple sábana para seguir viendo la película.

Sé que me está observando, pero no le miro. Está taladrándome con la mirada, pero no voy a mirarla. No tengo apenas fuerzas para eso.

Escucho un suspiro, y se levanta del sillón. Mis esperanzas de que se acerque mueren en el momento en que pasa de largo, y tras dejar el vaso en la cocina y apagar la luz, sube las escaleras para ir a mi habitación y encerrarse de nuevo allí.

Siento unas cuantas lágrimas caer por mis mejillas. Estoy llorando de impotencia, de rabia... Lloro también de tristeza al saber que este es nuestro fin.



El día siguiente despierto cuando la luz del sol me molesta, y me desperezco en el sofá. Es cómodo, pero me duele un poco la espalda al dormir en él.

Me levanto, y mojo mi cara en el baño con agua fría. Miro mi reflejo, y suelto un suspiro. Tengo el cabello despeinado, y unas imperceptibles ojeras marcan mis ojos. Hace días que no descanso bien.

Me limpio los dientes, y tras ponerme desodorante, salgo del baño y me dirijo hacia la cocina para hacernos el desayuno a mi padre y a mí. Siento tener estos pensamientos, pero voy a ser un capullo egoísta y solo voy a pensar en mí y en mi padre. Si Klarissa quiere comer, deberá hacerse la comida ella. No puedo estar arrastrándome por alguien que no muestra interés en solucionar

nada. Me decepciona eso de ella, pero veo que voy a tener que joderme

Saco melón, sandía, plátano, fresas y melocotón, y hago una macedonia junto con zumo de naranja. A papá le encanta la fruta, y a mí también. Para no quedarnos con hambre pongo a tostar unas cuantas rebanadas de pan, y preparo café.

Llego a la habitación de papá, y entro para despertarle.

—Venga, viejo. Para que te quejes, te estoy preparando el desayuno.

Mascullo unos cuantos insultos hacia mí, y riendo se sienta en la silla y mientras va a hacer sus necesidades, vuelvo a la cocina para comenzar a llevar las cosas al salón. Cojo mantequilla y mermelada de fresa, y dejo todo preparado.

Papá se queda maravillado cuando ve el desayuno, y me mira extrañado.

—¿A ti que mosca te ha picado?

Me encojo de hombros.

—Solo quería hacer el desayuno.

Asiente, y nos sentamos para comenzar a desayunar. Le paso el periódico, y yo enciendo la tele para ver algo. Son las once de la mañana, así que lo único que echan en la tele es *Shin Chan*, así que lo dejo y continúo desayunando.

No sé en qué momento Klarissa ha bajado, pero se sienta al otro lado del sofá, y bebe una taza de zumo.

—Klarissa, hija. ¿Quieres comer algo? Trubel ha preparado todo esto — rompe el silencio papá, y yo no presto siquiera atención.

—Claro —musita, y se acerca lo suficiente a mí para que el aroma a champú impregne mis fosas nasales. La miro de reojo, y noto su cabello mojado. Se habrá dado una ducha.

Continuamos desayunando, y cuando termino me levanto para ir a mi habitación y vestirme rápidamente. Necesito salir de casa, así que aprovecharé para comprar cosas que falten en casa.

Bajo las escaleras, y dos pares de ojos se fijan en mí.

—¿Dónde vas? —me pregunta papá.

—Voy a comprar algunas cosas y a tomar aire fresco. En un rato vuelvo.

Me alejo de allí sin darle una mirada a Klarissa, y salgo de casa. Cuando subo al coche, apoyo mi cabeza en el volante, soltando un suspiro.

Se me hace difícil estar a su alrededor cuando lo único que quiero es besarla y decirle lo mucho que la quiero. Me duele el corazón por todo lo que estamos pasando.



Decido mandarle un mensaje a su madre, para que vea que la mantengo informada.

*«Trubel:*

*Klarissa está bien. Está desayunando con mi padre, mientras yo voy a comprar un par de cosas.*

*¿Tú cómo estás?»*

Le doy a enviar, y conduzco hasta el supermercado. Una vez dentro, cojo un carro y empiezo con la compra. Mi móvil vibra, y leo el mensaje de Claire.

*«Claire, madre Klarissa:*

*Gracias por mantenerme informada. En casa las cosas están tensas. A pesar de eso ahora mismo estoy en la piscina con Alexander, desayunando.*

*Ten buen día, hablamos».*

La madre de Klarissa consiguió mi número de teléfono a los dos días siguientes a que su hija se fuera. Me escribió preguntándome si ella estaba conmigo, y le respondí que sí. Desde entonces hablamos de vez en cuando para que ella sepa cómo está su hija. Me ha dicho que Philip está arrepentido, pero que no quiere que su hija esté conmigo.

Sigo haciendo la compra, cuando observo a un chico venir hacia mí. Su cabello negro casi le tapa un ojo, e inmediatamente quiero pegarle otro puñetazo.

—Vaya, vaya. Buen lugar para encontrarse, ¿no? —me pregunta sonriendo, y arqueo una ceja.

—Sí, qué pena que no pueda darte un puñetazo en la cara de gilipollas que tienes —prácticamente escupo, y su cara se torna pálida—. Escúchame, niñato. No quiero que vuelvas a poner una mano encima de mi novia. ¿Entiendes? ¿O tus pocas neuronas no te llegan para entenderlo? La próxima vez te haré más daño, enserio. Así que yo de ti me pensaría las cosas dos veces antes de hacerlas.

Tras esas palabras, continúo mi camino. Tras hacer la compra, salgo del supermercado y vuelvo para casa. Con la tontería ya casi es hora de comer, así que tras aparcar cojo las bolsas de la compra y entro a casa.

Al llegar a la cocina, abro los ojos desmesuradamente al ver a Klarissa cocinando con la pequeña ayuda de mi padre. Está vestida con una falda alta negra, y una camiseta simple rosa. Tiene los pies descalzos con las uñas pintadas de rojo, y su cabello está suelto.

Cuando dejo la compra en la mesa de la cocina, los dos reparan en mi presencia. Papá me sonrío, pero mantengo mi expresión seria.

—Voy a mirar la tele —dice mi padre, y desaparece dejándonos solos. Eso sí, cerrando la puerta tras él.

—Has tardado mucho —me dice Klarissa, y comienzo a poner la compra en su sitio.

—No tenía prisa —decido responderle.

—Estoy preparando pollo y he cortado patatas para meterlas en el horno. También he preparado pimiento verde.

Asiento con la cabeza.

—Seguro que está muy bueno.

Hace una mueca, y sigo ordenando las cosas. Termino, y me sirvo una cerveza. Le doy un trago, y me siento en una silla.

—He... He hablado con mi madre. Mañana iré a casa para hablar con mis padres.

—Está bien. Me alegro de que habléis las cosas —respondo mirándola, y la noto un tanto dudosa.

—Oye, Trubel. Yo... Siento haberme comportado así. He sido una cría, y no tenía el derecho de echarte de tu habitación y de comportarme tan mal contigo cuando tú solo te has preocupado por mí —confiesa mirándome a los ojos, y da unos cuantos pasos hacia mí—. Lo que pasó con mi padre me ha afectado mucho, pero no tenía derecho a ser tan cabrona contigo. He sido una niña. Lo... Lo siento.

Asiento con la cabeza lentamente, y suelto un suspiro.

—No sé qué decirte, Klarissa. Llevo una semana sin apenas estar contigo, y mira que estás en mi casa. A mí no me importa que te quedes aquí; al contrario, puedes estar todo el tiempo que quieras porque vas a ser bien recibida. Pero me han dolido mucho los desechos que has hecho, ¿sabes?

Unas cuantas lágrimas caen por sus mejillas, y se las limpia con rapidez.

—Perdóname, por favor. Lo siento mucho... No quería ser así de egoísta. Ya no puedo estar más sin ti.

Se acerca a mí, y se coloca a horcajadas sobre mi cuerpo. Sus manos se posan en mis hombros, y me mira con los ojos brillantes por las lágrimas retenidas.

—He llegado a pensar que de verdad ibas a dejarme y me ha entrado mucho miedo. No sé... No sé qué haría sin ti. Te quiero, Leslie. Contigo me siento completa. Lo siento mucho, perdóname, por favor...

Pongo mis manos tras su nuca, y junto nuestros labios. Saboreo el sabor salado de sus lágrimas, y muevo mis labios contra los suyos. Suelta un sonido,

y se aferra a mí. Noto más lágrimas caer por sus mejillas, e interno mi lengua en su boca, devorándola.

Dios... Cuánto la necesitaba.

Dejo incontables besos por su cara, y tras darle un beso de nuevo en los labios la abrazo con fuerza. Me acaba de confesar que me quiere... Me siento feliz. Una nueva sensación cálida se ha adueñado de mi cuerpo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —susurra en mi oreja, y la estrecho con más fuerza.

—Me vuelves loco —musito sobre su boca, y fundo nuestros labios en otro beso aún más desesperado.

## Capítulo 15

“But, what the fuck is love with no pain,  
no suffer  
– *Hasley & G-eazy*”.



—Voy a ir ya a casa —me dice Klarissa tras ayudarme a ordenar mi cuarto y cambiar las sábanas. Se ha puesto una de mis camisetas grises que me van un tanto pequeñas, y en leggin que traje el primer día que está limpio. Se ha hecho una trenza, y tiene la cara completamente limpia de maquillaje.

Se le ve con más... Fuerza. Sonríe y anoche estuvimos mucho rato con mi padre mirando películas y comiendo helado y palomitas. Después, subimos a mi habitación y le hice el amor toda la noche... No pudimos parar. Terminábamos y ella ya estaba de nuevo encima de mí, o yo encima de ella.

—Me cuentas todo lo que pase, ¿sí? Espero que arregléis todo.

Asiente, y se acerca a mí sonriendo.

—Tengo agujetas.

Arqueo una ceja, y suelto una carcajada.

— ¿Lo siento? —le respondo, y me lanza un golpe en el brazo.

— ¡Es tu culpa! Me duele hasta sentarme —me dice haciendo una mueca graciosa, y me aguanto la risa.

— ¿Que le hago? Eres irresistible...

La empuja con suavidad a mi cama, y me subo encima de ella para comenzar a besar su cuello.

—Ay no, por favor más no... Déjame recuperarme —se queja riendo, y se me escapa la risa.

—Solo quiero mimarte un poco —acaricio con mi nariz su mejilla, y beso sus labios suavemente—. Me encanta besarte...

—Ni me imaginaba que fueras tan cursi.

Elevo ambas cejas, y la miro divertido.

— ¿Me estás acusando de ser cursi? —respondo fingiendo enfado, y suelta un risita. Sus ojos azules se achinan, y muerdo su labio inferior.

—Me encanta que lo seas. No me voy a quejar en realidad...

Su teléfono suena, y cuando lo mira suelta un resoplido de frustración.

— ¿Qué pasa? —le pregunto preocupado.

—Es Scott... No deja de mandarme mensajes diciéndome que Ashton siente mucho lo que me hizo en la fiesta... —mi cuerpo se tensa—. Lo que más gracia me hace es que me tiene que escribir el porqué Ashton no se atreve...

Miro hacia otro lado, y coge mi cara entre sus pequeñas manos.

—Lo que me digan me da igual... Ashton no me importa, y si Scott está con el... Es porque no es tan buen amigo...

Suelto un suspiro, y me tumbo abrazándola junto a mí.

—Me da mucha rabia ese tío... Cómo vuelva a hacerte algo...

—Shh... El me hizo eso porque me tomó por sorpresa, si hubiera sido consciente en el momento, le daba una patada en su entrepierna...

Suelto una carcajada, y le doy un beso en la sien.

—Eres toda una malota. Pero vamos, que te llevo a tu casa.

Asiente, y nos levantamos. Al bajar, papá nos mira.

— ¿Vas a llevarla a su casa? —Pregunta, y asiento—. Klarissa, cariño, si quieres volver a venir y pasar aquí unos días no habrá problema alguno. Esta es como una casa para ti también. Serás bien recibida.

Las mejillas de Klarissa se encienden, y se acerca a papá para darle un abrazo agradecida.

—Gracias, Mikail. Sé que esta semana mi comportamiento no ha sido el mejor, pero gracias por haberme recibido en tu casa —le contesta sonriendo, y deja un beso en su mejilla.

Cojo su mano, y tras despedirme de papá salimos de casa y nos metemos en el coche.

—Hay algo que no te he dicho —le digo cuando salimos de mi calle, y me meto en la carretera.

— ¿Qué es? —pregunta curiosa, y se apoya en la ventana del coche para mirarme fijamente.

—Estos días estuve hablando con tu madre —le miro de reojo, y abre los ojos sorprendida—. Ella consiguió mi número y me estuvo preguntando cómo estabas y si te encontrabas conmigo. También me dijo que las cosas en tu casa

no están muy bien... Y ella ha estado con tu hermano estos días.

Cuando la miro de nuevo, algunas lágrimas caen a sus mejillas, y maldigo por lo alto.

—Estoy feliz de que haya recapacitado —musita—. Pero el que me preocupa es papá. Espero que pueda entender todo.

Asiento, y busco su mano para dejar un beso en ella.

—Si necesitas irte y volver a mi casa, que sepas que las puertas están abiertas para ti, ¿sí? Yo estaré en casa, pero habla con tus padres y pasa un tiempo con ellos para que las cosas se relajen. Ten en cuenta de que ellos pudieron ir a mi casa y sacarte de allí en un chasquido de dedos, pero no lo han hecho. Así que ese es un punto a favor.

Acerca su cara a mí, y deja un beso en mi mejilla.

—Gracias por entenderlo todo.

Llegamos unos minutos después, y bajamos los dos. Al avanzar hacia su casa, nos quedamos sorprendidos ante lo que vemos. Claire está con Alexander jugando en la hierba, y los dos ríen felices. No hay rastro de Philip.

—¡Karissa! —chilla su hermano, y se acerca a nosotros corriendo como puede. Supongo que aún no sabe pronunciar la *l*.

—Hola, bonito —le saluda ella, y lo coge en brazos.

Claire nos mira, y se acerca a nosotros con pasos dubitativos.

—Hola —nos saluda algo tímida y avergonzada, y ya sé de quién lo ha heredado Klarissa.

—Hola, mamá —le saluda mí rubia, y se acerca a ella para abrazarla—. Tenemos mucho de qué hablar.

Claire asiente, y me mira.

—Gracias por haber estado con ella.

Me encojo de hombros, y rodeo los hombros de Klarissa para darle un beso en la sien.

—No me ha importado. Ella puede venir cuando quiera.

Me sonrío agradecida, y nos deja a solas unos minutos para despedirnos.

—Cuando termine de hablar con ellos te escribo.

Asiento, y la abrazo contra mi pecho.

—Te quiero —le susurro en la oreja, y dejo un beso en sus labios.

—Yo a ti también —responde, y me alejo de ella para subirme al coche.

Comienzo a alejarme, viendo como se queda unos segundos fuera, y me dirijo de nuevo hacia casa.



—Hay que ir a hacer el reparto a Greenville. La casa está a las afueras. En la puerta nos estará esperando un tío llamado Theodore. El nos conducirá hasta donde deberemos llevar el cargamento. Vamos tú y yo, junto a Justin y Damon. Mi padre me ha dicho que la casa a donde vamos pertenece a un hombre con mucho dinero. Su familia no sabe que el está metido en las drogas, por lo tanto quiere que el trabajo sea lo más silencioso posible. Según mi padre nos van a pagar mucha pasta, Trubel.

Asiento después de escuchar la explicación de mi amigo, y arranco el coche para ponernos en marcha. Primero debemos quedar en la puerta de un local con Damon y Justin, y llevarlos en el coche hasta otro local donde está esperándonos la droga. Debemos ir en dos furgonetas, pues hay bastante cargamento.

No me da muy buena espina. Lo que llevamos es demasiado. Tengo algo de miedo e inquietud. Últimamente no estoy tranquilo en el trabajo. Pero, ¿cómo voy a estarlo? Me arriesgo cada día.

Cuando llegamos a por los dos, se suben en la parte trasera de mi coche y conduzco en silencio hacia el local. Ahí nos esperan las furgonetas. Esta vez la que llevamos es de una empresa de envíos.

Bajamos del coche de nuevo, y como ya está todo metido en las cajas, Boyd sube conmigo al coche y nos ponemos en marcha.

Han pasado un par de días desde que dejé a Klarissa en su casa. Me mandó un mensaje diciéndome que había hablado con sus padres; pero estuvo muy seca. Apenas hemos hablado desde ese día. Estoy muy inquieto y nervioso.

—¿Has sabido algo de Klarissa? Alaska no me ha dicho nada. Ella tampoco sabe que le puede pasar.

Niego con la cabeza.

—Siquiera hablamos, Boyd. Cuando digo que quiero verla por teléfono solo me dice que está ocupada. Tengo miedo de que quiera que lo dejemos.

Le dije ayer que nos viéramos en mi casa o en otro sitio, pero no quiso. Dijo que estaba ocupada, así que no se qué pensar.

Coloca una mano sobre mi hombro, y aprieta sin fuerza.

—Tranquilo, quizá es algún problema con su familia y no quiere que te involucre.

Me encojo de hombros. Esperaré y cuando ella quiera verme puede escribirme.

Un rato después llegamos a Greenville, y pongo el GPS para llegar a la

casa del señor. Conduzco hasta allí, y antes de acercarme espero a que la furgoneta de Damon se acerque a nosotros, ya que está más lejos. En cuanto llegan, llamo por teléfono a Theodore, el que nos indica dónde debemos ir, y cuando responde, vamos con las furgonetas hasta una de las puertas de atrás.

Cuando veo a un hombre de unos cuarenta años, alto y fuerte con un traje negro, paro la furgoneta y tanto Boyd como yo bajamos.

—Abrid las puertas de atrás, y comenzad a bajar las cajas con cuidado, por favor —nos dice serio.

Asentimos y tras abrir las puertas traseras, nos damos cuenta de que por lo menos en mi furgoneta, hay sólo unas cinco cajas muy grandes. Con ayuda de los demás bajamos la primera, y así hasta terminar con todas. Cuando cerramos las puertas traseras y nos comenzamos a alejar, escucho un sonido.

*Hay alguien dentro de una de las cajas.*

Me quedo mirando fijamente una de ellas, donde la voz se va haciendo más clara a menudo que me esfuerzo más por agudizar el oído.

*Socorro.*

Es lo que escucho.

—¿Pero qué coño?

Hago el amago de acercarme, pero las luces de un coche se encienden a muchos metros de nosotros.

—¡La policía!

En cuanto escucho eso, Boyd y yo nos miramos alarmados, y nos vamos corriendo hacia nuestra furgoneta.

—¡Damon, Justin, salir pitando de aquí! —exclamo nervioso antes de subirme a la furgoneta, y tras cerrar las puertas arrancamos y nos piramos de allí.

Solo puedo escuchar el sonido que hacen las sirenas de los coches de policía que se acercan más a nosotros.

—¡Corre, joder! —me pide Boyd nervioso, y mirando hacia atrás.

Nos han pillado.

Estamos jodidos.

Empiezo a conducir por diferentes calles, pero tres patrullas nos persiguen. No veo la furgoneta de mis dos compañeros, y eso hace que me ponga más nervioso.

—¡Llama a alguno de los dos! —Le grito a Boyd—, ¡Llama a alguno y pregúntale qué donde coño están!

Me hace caso rápidamente, y tras marcar espero a que alguno conteste.

—No lo cogen, Trubel.



Le doy un golpe al volante, y maldigo entre dientes.

—Me cago en la puta como les hayan pillado. No podemos dejar que les pillen.

Mi móvil comienzo a sonar, y veo que mi amigo lo mira enarcando las cejas.

—Es Klarissa, tío.

Mi corazón da un vuelco, y se pone a latir como un loco. Los bellos de mi piel se erizan, y me siento algo feliz a pesar de todo.

—Déjalo, Boyd. No lo cojas.

Asiente, y sigo conduciendo, pasando por los lados de diferentes coches, e internándome en otras calles.

El móvil sigue sonando, pero no puedo hacerle caso en estos momentos. De repente el teléfono de Boyd comienza a sonar, y me informa de que es Justin.

—Ponlo en altavoz —le pido histérico.

—¡Nos han dado! —Escucho que dice Justin— ¡Joder, han disparado a Damon! Estoy conduciendo y no sé dónde coño ir.

—¿Os están siguiendo? —pregunta Boyd.

—Solo tenemos un coche patrulla prácticamente en el puto culo. ¿Vosotros?

—Estamos intentando pasar desapercibidos.

—Llamadme en diez minutos y me decís. Así vemos qué hacemos y dónde quedamos.

Cuelga, y tras cinco minutos por fin dejamos la policía atrás. Aparco el coche en un aparcamiento de un centro comercial, y me echo hacia atrás.

Joder.

—Esto no nos puede volver a pasar, Boyd. Debemos pensar seriamente en qué hacer con todo esto.

Asiente prácticamente desconcertado por todo.

—Llamemos a Justin.

Veinte minutos después aparca a nuestro lado, y bajamos rápidamente.

—¿Cómo está Damon? —pregunto mientras me acerco a la furgó, y él se dirige hacia la otra puerta para abrirla.

Le han disparado en el puto hombro.

Está agonizando.

—Está fatal, joder. No sé qué coño hacer. No podemos ir al puto hospital porque saben que le han dado. ¿Qué coño hacemos?

Doy media vuelta y comienzo a caminar de un lado a otro. Esto es una jodida mierda. No debería de haber pasado.

—¿Tenéis algo para taparle la herida? —pregunto.

Cuando niegan, me acerco a Damon y con cuidado rompo un trozo de la tela de su camiseta y le empiezo a presionar contra su hombro, tapando así la herida. Hago un nudo con ella, y me doy cuenta de que tengo la camiseta llena de sangre.

—Tienes que llevarle a algún sitio para que le curen —le pido a Justin. El y Damon son amigos, así como Boyd y yo.

Se pasa las manos por la cara, y asiente.

—Ya sé dónde le voy a llevar. Os podéis ir, nos hemos librado de una buena.

Asentimos, y tras chocar la mano con él, nos giramos para irnos.

—Oye, Trubel —escucho que me dice, y giro la cabeza hacia el—, tenéis que deshaceros de la furgó.

Me vuelvo a girar, y tras subirnos en la furgó, en silencio llevo a Boyd hasta su casa.

—Avísame cuando llegues a tu casa, por favor —me pide mi amigo en cuanto sale.

—Lo haré —le informo, y cuando cierra la puerta, arranco y me largo de allí rápidamente.

## Capítulo 16

“Antes de correr, hay que aprender a caminar”.



Conduzco por las calles respirando profundamente. Me aparco en una carretera, y salgo del coche. Hay un parque justo al lado, y me dirijo hacia allí para sentarme en el columpio y recapacitar sobre todo lo que ha pasado. Nunca he llegado a pensar en que me sentiría así de nervioso. Sé que tarde o temprano nos iban a pillar, pero Dios... La adrenalina que sientes; el miedo... Estábamos cagados. Miro mi móvil, y observo que tengo unas cinco llamadas de Klarissa, al mirar la hora, veo que son la una de la madrugada. Guardo el móvil, y suelto un largo suspiro que contenía.

No lo puedo llegar a creer. Hoy he estado a punto de que me metan en la puta cárcel por pillarme, me ha faltado poco para mandar mi vida a la mierda.

Mi respiración está muy acelerada, y siento que me va a dar algo. Si le llega a pasar algo a Boyd... Simplemente me muero. Boyd es una de las personas más fundamentales en mi vida. Sin él, no podría seguir mi vida normal y corriente.

Después de diez minutos en los que me mantengo mirando el cielo nocturno, y las estrellas, me levanto y llevo la furgoneta teniendo cuidado hasta el local donde la hemos recogido. Después, vuelvo a subir a mi coche.

He escuchado la voz de una niña en esa caja.

No han sido alucinaciones mías. Ahí dentro había personas.

¿Qué he hecho? Es como si hubiera sido parte de un contrabando de niños. De trata de blancas.

Y ha sido así, a pesar de que haya sido inconscientemente. A diario le entregamos droga o lo que se nos pide a personas que no conocemos. Algunos no harán nada malo con ello, pero... De sentir que he estado metido en cosas

horribles de las que apenas he sido consciente...

Pero yo sé el peligro que corro siempre si trabajo en esto.

Llego a casa, y tras aparcar el coche, miro la hora de nuevo. He ido bastante lento, y en el camino he aparcado unas cuantas veces porque simplemente no me sentía con fuerzas para conducir.

Son las dos de la madrugada.

Al salir del coche, con la mirada en el suelo me dirijo a casa. Tengo mis manos metidas en los bolsillos de mi pantalón. Solo quiero llegar, ducharme... Quitarme toda la sangre que tengo en las manos, y deshacerme de la camiseta manchada que llevo puesta. Espero que Damon se recupere pronto.

Tengo mucho miedo.

Pero eso no es nada.

No es nada cuando levanto la vista y la veo allí, sentada en el porche de mi casa. Va vestida con un pantalón corto negro, y una camiseta de manga corta rosa. Su cabello está suelto, y hay rastros de rímel por sus mejillas.

Ha estado llorando.

Cuando sus ojos se clavan en los míos, se abren con horror al observar mi ropa. Al observar que tengo sangre cubriendo mis manos.

—¿Leslie? —Me pregunta, y se levanta para acercarse a mí— ¿Dónde estabas?

Todos mis muros se caen. Mi corazón deja de latir.

—Trabajando —le respondo con la voz ronca, llena de emociones.

No la merezco. Ella no merece estar con alguien tan mierda como yo.

Sus ojos se quedan clavados en los míos, y suelta un suspiro. Se acerca a mí, lentamente y mantiene sus ojos penetrando los míos.

—Entremos a casa —me responde susurrando.

Coge mi mano, y entramos. El salón está a oscuras, igual que toda la casa en sí. Subimos las escaleras hacia mi cuarto y cuando llegamos cierra la puerta tras ella.

—Voy a ducharme —le informo taciturno, y me dirijo hacia el baño. Tras entrar, me quito toda la ropa y me meto en la ducha. El agua fría recorre mi cuerpo, y mis bellos se erizaron. Comienzo a lavarme la cabeza, mientras veo como la sangre cae hacia el suelo, y salpica las paredes y la puerta de cristal de la ducha.

Una vez aclarado, pongo gel a mi esponja, y comienzo a pasarlo por todo mi cuerpo. Quitando así todas las manchas de que quedan.

Apoyo la cabeza contra la pared, y me quedo ahí durante unos minutos.

No me doy cuenta cuando de cuando ella entra. Se quita la ropa y solo la escucho cuando corre la puerta hacia atrás. Me quedo callado y siento como apoya sus pechos contra mi espalda, abrazándome.

Directamente todo mi cuerpo reacciona ante ello. Estoy tenso, y la necesito con todas mis fuerzas. Necesito las dosis de sus besos que me dejan embobados, y escuchar sus gemidos mientras la hago mía una y otra y otra vez... Necesito ver esos ojos azules que me van a volver loco.

Me giro hacia ella lentamente, y acaricio sus labios con la yema de mis dedos. Suspira, y se acerca todavía más a mí, haciendo que la note toda. Sus ojos me miran con lujuria, y muerde su labio inferior. Acaricio mis labios con los suyos, mezclando nuestros alientos, y el beso con necesidad, haciendo que gima por la profundidad con la que la beso. Adentro mi lengua en su boca, y rápidamente la suya sale a mi encuentro.

Sin pensarlo dos veces la acorralo contra la pared y me lanzo a sus labios de nuevo. Muerdo, lamo y succiono su labio inferior, agarrando sus caderas con mis manos. Interno mi lengua en su boca y gime.

Subo mis caricias hacia sus pechos, y comienzo a pellizcar sus pezones, mientras la escucho gemir y jadear.

—Trubel... —susurra jadeante—. Te necesito dentro de mí.

No hace falta que diga nada más, la cojo en brazos con suavidad, y me interno en ella en una simple estocada. Gime más alto, y no puedo hacer nada más que comenzar a besar sus pechos mientras empujo hacia adentro una y otra, y otra vez. Fuerte, suave, lento, rápido... Nuestras respiraciones están agitadas. Sus manos recorren todo mi torso y espalda, mientras las mías las tengo puestas en sus muslos, cogiendo con fuerza.

Embisto con fuerza, intentando así olvidar todo lo ocurrido, y solo centrarme en lo que de verdad me importa, y termino dentro al mismo tiempo que ella lo hace teniendo uno de sus mejores orgasmos, gritando como una loca, como me gusta.

La bajo al suelo lentamente, y comienzo a besar sus labios con delicadeza, acariciando sus brazos, su espalda, sus pechos, sus hombros y termino adentrando mis manos en su cabello, tras su nuca.

—Te quiero más que a mi vida —susurro, mientras el agua cae por nuestros cuerpos.

—Te amo Trubel, te amo más que a nada.

Siento que nunca voy a poder acostumbrarme a escucharla decirme esas palabras. Surgieron cuando estábamos en una "crisis" y siento que nunca voy a

tener suficiente. Me separo un poco de ella para enseñarle mi gran sonrisa.

—Nunca hubo nadie como tú. Y nunca nadie lo habrá. Tú has hecho que mi corazón sea muy frágil. Escuchar tu voz hace que mis bellos se ericen, y que todo mi cuerpo reaccione, sobre todo mi corazón. Nunca he querido a nadie como lo hago a ti, Klarissa.

—Yo nunca he amado a alguien como te amo a ti. Estoy completamente enamorada. Te amo con locura, te amo a pesar de los pocos meses que llevamos. Te amo por quien eres cuando estás conmigo a pesar de los secretos que guardas.

Salimos de la ducha unos minutos después, y dejo que ella se seque mientras salgo por la puerta y voy a ponerme un bóxer. No voy a vestirme con nada más.

Cuando sale con una toalla rodeando su cuerpo, me entran ganas de verla de nuevo desnuda, y hacerla mía millones de veces.

—¿Me dejas una camiseta? —me pide, y asiento, cogiendo una del armario.

Cuando se la entrego, deja caer la toalla, y delante de mí se la pone como si nada.

—Toma —le entrego uno de mi bóxer, pues ha dejado sus bragas en el lavabo.

Con las mejillas coloradas se lo pone, y la acerco a mí para dejar un beso en su pequeña nariz.

—¿Que ha pasado, rubia?

Suspira, y apoya su cabeza en mi pecho.

—Discutí otra vez con mis padres, y me fui de casa. Le dije a mamá que me iría contigo.

—¿Que ha pasado? —le pregunto preocupado. Tenía la esperanza de que su padre recapacitara aunque fuera un poco. Por una parte le entiendo. A mí no me gustaría entrar a mi casa y encontrarme a mi hija semi desnuda con un chico con el que apenas he hablado una vez. Pero nada justifica la bofetada que le dio y su comportamiento.

—Papá me dijo que si no me separaba de ti me mandaría lejos. Con mis tíos —respondo con los ojos rasgados, y la estrecho contra mi cuerpo.

Frunzo el ceño.

—¿Y eso por qué?

—El... —me mira titubeante—. Él dice que no eres de fiar. Que escondes demasiadas cosas. Me prometió que descubriría todo, y que cuando lo supiera,

solo querría separarme de ti.

Mi cuerpo se tensa tras escuchar esas palabras. Mierda, el quiere descubrirme.

—Leslie... ¿Qué tan malo es tu trabajo?

Cojo su mano, y nos sentamos en mi cama. Coloco su cuerpo encima de mí cuando me apoyo en el respaldo de la cama. Acaricio su cintura, y sus pequeñas manos se posan en mis hombros, dándome un pequeño apretón. La miro a los ojos, contemplando esos orbes azules que amo, y que tanto pueden intimidar, y decido desnudar mi alma... Por ella.

—Mi madre murió hace años, y a mi padre le detectaron cáncer. Dejé los estudios, y comencé a buscar trabajo. Pero en ninguno me daban el suficiente dinero que necesitaba para pagar todo lo de mi padre, y para mantener la casa, pagar la comida y todo —comienzo a contarle, y su cuerpo se tensa—. Estaba desesperado. Tan desesperado que recurrí a Boyd. El trabajaba a veces para su padre, haciendo unas pequeñas cosas... Necesitaba ganar mucho dinero. Por lo tanto, cuando su padre me ofreció trabajo no dudé un segundo en aceptar, ganaba el triple que con un simple trabajo.

«Todo comenzó con pocas cosas. Les llevábamos algunas bolsas de maría a algunos clientes... Éramos sus camellos. A pesar de que no consumimos nada, nunca —confieso mirando sus ojos—. Después, empezamos con la droga. Vendimos mucha y todo comenzó a crecer. Pasamos de vender bolsas, a conducir motos con más de diez bolsas de droga y otros estupefacientes. De las motos, empezamos a hacerlo en coches. Siempre teniendo mucho cuidado. Llevándolo a sitios en los cuales no fuera la policía. Y después pasamos a llevarlas en furgonetas. Así hasta ahora. Hasta hoy. Tienen a policías corruptos dentro, por si pasa cualquier cosa, nos mantengan informados...»

La miro durante un momento, y veo que mantiene una expresión de seriedad. No sé si asustarme por eso.

—Acabé en el hospital la otra vez porque nos pagaron menos de lo que debían. Si hay algún problema con el dinero, la deuda de lo restante pasa a ser nuestra. Allí no solo manda el padre de Boyd. Hay más mafiosos. Y hoy ha habido otro problema. Nos ha seguido la policía, y han herido a uno de los míos. Por eso tenía sangre cuando he venido.

Omito decirle que cuando estuvimos allí supe que en vez de droga, había niñas. Es un dato que prefiero guardármelo. No es que no confie en ella, si no que no puedo decírselo a nadie.

—Me esperaba de todo menos eso... —me responde unos segundos

después—. No sé qué decirte. No me esperaba que mi novio fuera un traficante.

Bajo la mirada hacia el suelo y la elevo cuando posa un dedo sobre mi barbilla.

—Eres un hombre muy fuerte... No cualquier persona puede arriesgar su vida tanto... Pero por favor, Trubel. Ten cuidado. No sé cómo es ese mundo, pero sé que tu padre no quiere quedarse sin hijo, y yo no quiero perderte.

—Lo sé... —acaricio su cara—. Lo voy a dejar. Hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso. No estoy orgulloso por lo que hago, enserio. Pero con todos los costes que tengo ahora... Simplemente no puedo. Papá necesita recuperarse, y debo pagar muchas cosas que con un empleo normal no puedo pagar —le digo mirándola a los ojos, y acaricia mi mandíbula—. ¿No te da miedo lo que te he dicho? ¿No quieres irte? Mira que lo entendería...

—No —responde con convicción—. Nunca he sabido que es pasar hambre, o no poder costear algo como lo de tu padre. Para mí es admirable... No me gusta el trabajo que tienes y que te expongas tanto, pero ya has visto lo que puede pasar... Solo no me dejes sola...

Beso sus labios, y coloco un mechón de su cabello tras su oreja.

—Siento que no te merezco... Siento que deberías estar con alguien mejor... Alguien sin tantos problemas...

—Shh... —coloca dos dedos suyos en mis labios—. No digas eso, yo solo quiero estar contigo. Nada ni nadie nos va a separar.

Suspiro profundamente.

—¿Podemos dormir? No hemos tenido buen día —me dice de pronto.

Asiento, y nos tumbamos en mi cama. La atraigo hacia mí, y la abrazo con todas mis fuerzas, sin hacerle daño.

Me duermo respirando su aroma, *sin tener en cuenta todo lo que estaba por ocurrir.*



## Capítulo 17

“I am his, and he is mine  
– Halsey & G-eazy”.



A Klarissa y a mí nos cuesta mucho dormir. A pesar de que casi casi nos quedamos dormidos, algo se accionó en ella y comenzó a besarme el cuerpo. Es una mujer insaciable, y me tiene agotado; pero no voy a quejarme.

Me despierto tras haber escuchado ruidos fuera de casa. Con un ojo abierto y el otro cerrado, me levanto con cuidado, sin despertar a Klarissa. Saco el brazo que envuelve su cuerpo, y escucho unos cuantos sonidos salir de ella, pero inmediatamente se queda dormida. Sonrío, y la observo unos segundos. Parece una completa diosa desnuda en mi cama.

Me pongo el bóxer que hace un rato tiramos al suelo, y me acerco. Cuando abro la puerta de mi habitación, un olor a quemado comienza a impregnar mis fosas nasales.

Oh, no.

Todas las alertas de mi cuerpo se encienden, y bajo las escaleras corriendo, atravieso la cocina, y veo el salón encendido en llamas, las cuales comienzan a extenderse rápidamente por la casa.

Voy hacia el cuarto de mi padre, y abro la puerta con urgencia.

—¡Papá! ¡Tenemos que irnos!

Se despierta de golpe, y tras cogerle en brazos, voy hacia fuera de casa para dejarle en el suelo, alejado del humo.

—¿Que está pasando?! —me pregunta preocupado, y pronto veo a los vecinos encender las luces y salir para ver qué está pasando.

No le respondo, y corro hacia dentro de casa rápidamente.

Klarissa sigue en mi habitación.

Subo las escaleras, y al adentrarme en la habitación la despierto lo más rápido que puedo. El fuego comienza a expandirse con mucha fuerza.

—¿Que está pasando? ¿Porque hay fuego? —me pregunta asustada cuando abre los ojos, y se levanta de la cama rápidamente.

—No lo sé, Klarissa. Toma, ponte esto, nos vamos —le respondo angustiada.

Le doy su pantalón y cuando se lo pone cojo su mano y vuelvo a abrir la puerta de mi habitación.

No podemos salir.

El fuego se ha extendido tanto que está llegando hacia nosotros; hacia mi habitación.

—¡Debemos hacer algo! ¡Nos vamos a morir quemados! —la desesperación de Klarissa me pone muy nervioso, y noto todo mi cuerpo tensarse cada vez más.

Nos metemos de nuevo en mi habitación, y abro con cuidado una de las ventanas de mi habitación, y cojo a Klarissa para ayudarla a salir.

—Sal por aquí —le pido.

Sale, y cuando veo que el fuego comienza a entrar por mi habitación, salgo detrás de ella.

Quedamos en el tejado, y vamos hacia el lado que aún no han tocado las llamas. Se escuchan las sirenas de las ambulancias, y veo como mi padre está rodeado de nuestros vecinos. Bajo por un árbol, y tras comprobar que es seguro, Klarissa baja con mi ayuda.

Cómo estamos detrás de mi casa, no noto cuando de repente salen cinco personas de entre los árboles.

Las alarmas de mi cabeza se encienden, y pongo a Klarissa detrás de mí. No puedo chillar, ni hacer movimientos bruscos. Por si tienen alguna pistola u otra arma.

—¿Quiénes sois? —les pregunto alerta y completamente tenso.

El del medio, es un hombre blanco muy alto, viste un traje negro. Igual que Theodore, el hombre de la casa donde llevamos las cajas hace unas horas.

—A nuestro jefe no le ha gustado nada que hayan estado a punto de descubrir su mercancía... Nos ha mandado a por ti. Ha sido muy fácil provocar el incendio de tu casa, y hacer que salgas. Vas a lamentar haber jodido todo, hijo de puta —dice divertido, y se lame los labios.

Me tenso aún más si puede ser, y noto el cuerpo de Klarissa temblando tras de mí.

—Por favor, si queréis hacer algo que sea a mí, dejad que ella se vaya... —suplico, con la voz enriquecida por las emociones. No me está dando buena espina todo esto. Estoy acojonado.

Los cinco ríen divertidos y expectantes.

—Trubel, no me voy a ir de aquí sin ti... —susurra Klarissa a mi lado, y aferro su mano con fuerza.

Se nos acercan, y cuando intento pegar a uno de ellos, entre tres me cogen por los brazos, y los otros dos agarran a Klarissa.

—A sí que esta muchacha es importante para ti... ¿Qué pasaría si le hiciéramos algo delante de ti, Trubel? —me pregunta el cabecilla del grupo, y abro los ojos aterrorizado, intentando inútilmente soltarme.

—¡Ni se os ocurra tocarla, hijos de puta! —grito con impotencia.

El primer puñetazo hacia mi estómago me roba todo el aire. Escucho el grito de Klarissa, y cuando elevo la mirada veo que le han pegado en la cara. Mi corazón se estruja, y me siento más impotente que nadie.

Están pegando a mi chica, delante de mí estúpida cara.

—¡Leslie! —me grita llorando.

—¡Por favor! ¡No la toquéis! —la voz me falla por el llanto que invade cada parte de mi cuerpo, y otro puñetazo es atestado contra mi mejilla. Intento quitármelos de encima, pero no puedo. No tengo suficiente fuerza.

Entre los dos que la agarran, observo cómo le rompen la camiseta que se puso hace un rato en mi habitación, después de haberle hecho el amor en la bañera, cuando me sentí tan perdido en mí mismo.

Queda desnuda y expuesta. Al arrancarle la camisa sus pechos se ven.

—Vaya... Que par de tetas tenemos aquí... —uno de ellos toca uno los pechos de Klarissa, y grito como nunca lo he hecho.

—¡Parad! —noto las lágrimas descendiendo por mis mejillas, mientras veo la cara de el amor de mi vida asustada y aterrorizada.

Dos puñetazos más son atestados contra mi cuerpo, y vuelvo a gritar e intentar zafarme cuando vuelven a pegarle en la cara a toda mi vida.

—Por favor, os lo ruego... ¡Dejarla! —sollozo, y grito su nombre. Me está doliendo más que nada ver como grita y llora por piedad.

Odio que la estén tocando.

Un golpe tras otro va a parar a mi cuerpo, y caigo rendido cuando me sueltan. La sangre cae de todos lados, y me duele todo el cuerpo. Siento que me cuesta respirar, y veo como uno a uno se marchan tranquilamente por dónde vinieron.

Unos minutos después, llorando, levanto la mirada y la clavo en el pequeño cuerpo que hay tirado en el césped, a unos metros de mí.

Está hecha un ovillo, y no para de llorar.

—Rubia... —me acerco arrastrándome, porque me duele todo, y cuando llego a ella veo como tiene sangre en su labio, y un ojo morado.

Un sollozo tras otro sale de mis labios, y la atraigo a mi cuerpo con la más delicadeza que puedo tener.

—L-lo siento... Siento que haya tenido que pasar esto —lloro mirándola a los ojos, y me susurra un "Te amo" que acaba de romper mi corazón en mil pedazos.

Hago un esfuerzo sobrehumano para levantarme con ella sobre mí, y como puedo camino hacia donde hay gente. Personas que no se han dado cuenta de lo que nos han hecho justo detrás de mí casa. Le he tapado los pechos cómo he podido.

—¡Ayuda! —grito, y mucha gente se gira asustada hacia nosotros.

Un par de personas que tienen el uniforme de médicos vienen hacia nosotros rápidamente, y cogen a Klarissa con delicadeza. Apenas reacciona.

Escucho a mi padre gritar mi nombre.

Como le dejé en el suelo y no cogí su silla de ruedas, le traen cogido en brazos. Al verme se pone a llorar. No puedo explicar cómo me siento el ver a mi padre llorando. Hace mucho tiempo que no le veo llorar así, y eso causa que de nuevo las lágrimas caigan por mis mejillas.

Sólo sé que con tantas cosas, mi cuerpo no puede más y simplemente caigo.

Y me desmayo.



Hago un intento por abrir los ojos lentamente, y vuelvo a ver las mismas luces que tanto odio.

Despierto en el hospital.

Mantengo los ojos cerrados para que la luz no me moleste. Solamente los abro de golpe cuando veo quién hay al lado de mi camilla.

El padre de Klarissa.

Me acostumbro a la luz abriendo y cerrando los ojos, y cuando se da cuenta de que le estoy observando, se acerca a mi cama. Su pose denota tensión, y su mandíbula está completamente tensa.

—Mi hija vuelve a estar en un hospital a tu causa. Solo que esta vez ha sido la gota que colma el vaso. Han pegado a mi hija por tu culpa. Le advertí

de que no quería verla a tu lado, sabía que tenías un pasado turbio. Yo no quiero a un hombre como tú para Klarissa. No la mereces.

—P-Philip... —intento hablar, pero su mirada dura se clava en mi, y aprieto la mandíbula con fuerza. Siento todo mi cuerpo tensarse. Me duele todo. La cabeza, la nariz, los brazos... Ahora mismo me siento indefenso.

Solo puedo pensar en la chica de ojos azules que seguro está postrada en una cama. ¿Cómo he sido capaz de dejar que se metiera en mi vida así arriesgándola tanto? Soy un puto egoísta que solo quería ser feliz con ella, pero esa felicidad poco duradera ha traído consecuencias. Consecuencias que quiero olvidar. Quiero arrancar de mi memoria las últimas veinticuatro horas.

—Han quemado tu casa. Eres un traficante, y encima, han pegado a mi hija. Solo quiero decirte algo, Leslie Bond. A partir de hoy, no quiero que vuelvas a contactar con mi hija. No quiero que siquiera pienses en volver a verla. No eres más que escoria. Y no quiero escoria para mi hija, porque por tu culpa está ingresada en el hospital —siento lágrimas traicioneras caer por mis mejillas, y solo quiero levantarme y buscar a Klarissa desesperadamente para abrazarla y decirle cuánto lo siento y lo mucho que la quiero...

«Solamente te advierto de que, como me entere de que te acercas a ella, la llamas o intentas que sepa de ti, yo mismo te buscaré, y te entregaré a la policía. No lo he hecho porque eso le rompería el corazón, y no quiero que esté peor de lo que ya está. Por eso te advierto, que si no quieres terminar entre rejas, no te acerques a ella».

Cuando termina, mantiene unos segundos sus ojos clavados en los míos, y entonces da media vuelta y se marcha. Tras cerrarse la puerta, un sonido lastimero escapa de mi boca.

Tan solo dejo que las lágrimas salgan de nuevo de mis ojos cuando me deja solo.



Despierto horas después; es de noche. Antes han entrado unos cuantos enfermeros para ver cómo estaba, y papá ha hecho acto de presencia y por poco me da una paliza.

Mañana me darán el alta, y ya lo tengo todo pensado.

A pesar de que muero por levantarme e ir a verla, sé qué habrá gente cuidando su puerta, y que verla llorando entre mis brazos será la última imagen que tenga de ella en mi cabeza.

Escucho el sonido de la puerta siendo abierta, y veo a Boyd caminar hacia mí preocupado. Sus ojos grises contactan con los míos, y le noto preocupado.

—Joder, tío... No dejan de pasarte cosas... He intentado ver a Klarissa pero sólo han dejado pasar a Alaska. Siento mucho que haya tenido que pasar todo esto... No tenía ni idea de que esos cabrones se acercarán a tú casa y harían todo eso...

Suelto un suspiro, y giro la mirada para observar otro lado. No soporto estar en mi propia piel. Me odio.

—Le pegaron delante de mi cara —le informo con la voz ronca—. Le dieron puñetazos delante de mí puta cara y no pude hacer nada más que ver cómo lo hacían... No sabes lo imponente que me sentí... No sabes lo mierda que me siento..

Noto su mano apoyarse en mi hombro.

—No te culpes por ello, Trubel...

—Voy a marcharme mañana. Lo he hablado con mi padre y en cuanto me den el alta vamos a desaparecer.

Boyd frunce el ceño, y me mira alerta.

—¿Qué? No, no os podéis ir.

Asiento con la cabeza, notando mis ojos enrojecerse.

—No puedo acercarme a ella... Su padre me ha amenazado, y a causa de ello todo podría irse a la mierda... Tú estás involucrado en el trabajo, y no puedo dejar que eso pase. Por eso me voy a ir, Boyd. Lo siento mucho.

Sin hacerme daño, Boyd me abraza con fuerza.

—Eres el mejor amigo que alguien ha podido tener. Más te vale que me mantengas informado, de lo contrario te buscaré y cuando te encuentre te meteré un puñetazo.

Con las pocas fuerzas que tengo sonrío, y doy un apretón a su brazo.

—La amo, Boyd. Klarissa es la madre de mis hijos. Sin ella no sé que voy a hacer...

—Tú concéntrate en tu padre. Debes olvidar a Klarissa aunque eso duela...

Asiento con la cabeza, y cuando me deja solo, cierro los ojos para dormir.

Solo sé que mientras duermo, soy capaz de sentir unos labios carnosos posarse sobre mis labios.

## SEGUNDA PARTE

*“Entonces, unos ojos verdes me miraron y todo estalló”.*

## Capítulo 18

“Creo que las cicatrices son como heridas de batalla,  
hermosas, en cierto modo.  
Muestran por lo que has pasado  
y lo fuerte que fuiste para salir adelante  
-Demi Lovato”.



### *Un año después*

Vivir en un pequeño pueblo de Brownsville solo causa que todo el mundo te conozca —o quiera intentarlo—. Lo mismo que quieren saber tu pasado. Pero claro, si vienes solo desde muy, muy, lejos, no pueden saber nada de ti, no tienen como hacerlo a menos que claro, se acerquen como personas que no tienen vida.

Lo bueno es que la gente no es interesada. Aquí en Derry —así es como se llama el pueblo— las personas quieren saber de ti, solamente. Pero si tú no te dejas, algunos te muestran que estarán ahí para que se lo cuentes todo cuando sea necesario.

Ellos no saben todo lo que me ha pasado, todo lo que pasó hace más de un año. No saben que en realidad estoy solo en el mundo.

Mi padre murió hace medio año.

No pudo sobrevivir al cáncer. Murió y me dejó aquí, solo.

Pero no puedo quejarme. Estoy incomunicado —nadie de fuera sabe absolutamente nada de mí—. Tan solo Boyd sabe dónde estoy actualmente, pero no tiene mi número de teléfono ni puede contactarme telefónicamente. Tiene mi correo electrónico, por lo tanto nos comunicamos por escasos emails que nos mandamos de vez en cuando.



Termino de arreglar lo que le queda al coche de uno de los abuelos del pueblo, y cuando este se marcha después de venir a buscarlo y darme el dinero, doy por finalizado mi día trabajando. Cierro el taller, y abro la puerta que hay al lado de la del garaje donde arreglo los coches. Subo las escaleras y abro con la llave mi hogar.

Un piso encima del taller, el cual consiste en un comedor-cocina nada más entrar. No es muy grande, pero es suficientemente habitable para una persona. Si tiras recto, hay un pasillo. La puerta de delante es donde está mi habitación. En la cual tengo una cama de matrimonio, un escritorio, un armario y una ventana con vistas al pueblo. Después, en la misma habitación hay una puerta por la cual puedes entrar a mi baño. Al salir, más allá hay otra puerta con un baño más pequeño para invitados, y justo al lado otra habitación más pequeña. Esta la uso para guardar algunos trastos, y hasta tengo algunas pesas para cuando quiero hacer ejercicio. El gimnasio que hay aquí apenas está equipado, y solo van chavales de quince años. No es que hayan muchas personas de más o menos mi edad, la verdad. Si calculo bien, el pueblo creo que llega a unos mil habitantes nada más.

No me puedo quejar, la verdad. Llevo medio año viviendo en Derry. Murió papá y me fui. Me largué de nuevo. Ahora estoy dando comienzo a una nueva vida la cual me está yendo genial. Gano dinero en el taller, y con ello pago todo el piso en sí. Mi hogar, y mi taller. El alquiler es muy barato, por lo tanto lo que gano puedo administrarlo como quiera.

Vivo en una de las calles más arriba de todo el pueblo, un poco alejado. Eso es lo malo para el trabajo, vivir lejos de las personas vagas. Todo son cuestras empinadas, y casas que la mayoría habitan señores viejos.

No puedo negar lo inevitable. Lo he pasado fatal. Y aún lo hago. Hay días en los que me encierro en mi habitación, días en los que solo quiero estar alejado de todo, no quiero escuchar a nadie. Me quiero cerrar en mi mismo aunque eso no siempre sea bueno. Además de que no tengo amigos aquí. Estoy solo en Brownsville.

A veces me quedo tumbado en mi cama, extrañando el sentirla a mi lado.

No sé nada de Klarissa desde el momento en que me fui del hospital. No pudimos rescatar nada de mi casa... Me quedé sin nada. Sin ropa, sin un hogar... Tuve que comenzar de nuevo. Comenzar de nuevo en otro lugar, y con un trabajo legal. Se acabó el tráfico, se acabó el contrabando, se acabó todo lo ilegal.

Por eso todo se me vino encima.

Mi padre empeoró, yo no encontraba trabajo. Nos fuimos a un pequeño pueblo lejos de Outville. Lejos de todo lo que amaba, y sigo amando. Lejos de la mujer de mi vida. Encontré trabajo en una cafetería donde por suerte me cogieron. Estuve trabajando durante los seis meses después de irme. Seis meses atendiendo a gente, pero sin ganas de ello. Pagando un pequeño piso con una habitación en la cual dormía mi padre, yo dormía en el sofá. Pagando un cuchitril que apenas tenía un salón-cocina en el que mi padre apenas podía moverse con la silla de ruedas que conseguimos, ya que esa también se quemó en el incendio.

Mi primer sueldo —el cuál pedí adelantado— fue para comprarnos algo de ropa de segunda mano, ya que no teníamos nada. Fui pagando poco a poco la renta de la casa.

Pero no pude seguir pagando el tratamiento de mi padre. Por eso el murió. No porque quisiera, si no porque el mismo me lo pidió. Me pidió agonizando que le dejara descansar en paz. Que él había vivido ya su vida. Que se iría feliz sabiendo que yo sería un gran hombre.

Mikail Bond siempre será lo más importante en mi vida.

Después de su muerte, una semana después, contacté con Boyd, y le conté lo sucedido. Recuerdo que nos pasamos horas en el teléfono, llorando por una gran pérdida. Quiso saber dónde estaba viviendo para venir a verme. Pero no le dejé, ni se lo dije.

Me marché de allí, me dieron el finiquito y decidí irme a Derry, a comenzar de nuevo.

A empezar de cero.



Despierto como lo hago cada día, y decido ir a desayunar a una de las cafeterías donde más gente va. Aquí la gente me conoce por mi verdadero nombre.

Aquí nadie conoce a Trubel. Todos saben quién es Leslie. Un chico de veintidós años que según ellos ha debido tener un pasado horrible como para ir a vivir a un pueblo tan alejado de todo y todos. A veces me río por las cosas que llego a escuchar, pero no les doy importancia.

Martha me vuelve a servir otro café, y me lo tomo mientras me como un bocadillo de jamón serrano. Uno de mis favoritos. Las camareras me conocen. No hay muchos bares y restaurantes aquí. Con suerte hay cinco.

La mañana está calmada, y como estoy en la terraza puedo oler el mar. La cafetería está justo en la costa, y tengo el océano enfrente de mis ojos. Nunca

me he sentido tan vivo.

Pago cuando termino, y tras despedirme de las camareras que me miran embelesadas, me acerco hacia la playa. Me quito los zapatos y comienzo a recorrerla. Mis pies pisan la arena, y el agua salada del mar. Cierro los ojos e inspiro hondo, recordando que hoy es un día más. Un día más en el que estoy vivo, y doy gracias a ello. Doy gracias a la vida porque a pesar de haberme arrebatado a mi familia, me ha dejado seguir respirando.

Seguir viviendo.

Me siento en la arena, y dejo los ojos cerrados mientras me centro en escuchar a las gaviotas, y a la gente hablar mientras camina por esta bonita playa. No he visto ninguna que tenga el agua tan cristalina, y me encanta. No puedo ser negativo; ya basta de serlo.

Decido bañarme en ella, y me levanto para despojarme de mi ropa. Me da igual bañarme en bóxer. Dejo la ropa en la arena, y me adentro en el mar. El agua está caliente, y tras encaminarme hacia adentro comienzo a nadar de un lado a otro.

Ahora es lo que más necesito.

Cuando me doy por satisfecho, salgo de ella y voy a por mi ropa. Me seco con la camiseta y tras ponerme el pantalón y las chancletas vuelvo a encaminarme hasta mi coche.

Llego a casa, me hago la comida rápidamente y la engullo mientras miro las noticias. Después, abro el taller a las cuatro de la tarde. Es viernes, y los viernes no suelen venir muchas personas. Apenas hay muchos coches por arreglar, pero no importa.

Una hora más tarde una moto se acerca hacia el taller, y de ella baja una chica. Esta inspecciona el lugar, expectante.

Cuando se quita el casco, no puedo evitar fijarme en su melena lisa de color negra. Llevo mucho tiempo sin estar con nadie.

Un año exactamente.

Avanza hacia mí, y me sonríe escasamente. Se le ve segura de sí misma.

—Hola, ¿Eres el dueño de este sitio? —dice señalando el garaje. Asiento y mira alrededor de ella—. Mmm... Está bien. Se me ha pinchado una rueda de la moto, y la necesito lo antes posible —pide clavando sus ojos sobre los míos, y asiento sonriendo escasamente.

No se ven mujeres así a menudo por el pueblo... Pero la verdad es que apenas presto atención a la gente. Solo conozco a los del bar donde voy a veces a beber unas cervezas, o a las camareras y alguna clientela de la

cafetería donde desayuno a menudo. Ese entorno me gusta.

—Ahora mismo me pongo en ello —le respondo, y me levanto para acercarme a la moto y llevarla hasta mi lugar de trabajo.

Antes de comenzar a trabajar, le ofrezco algo para beber, pero lo rechaza. Suelo invitarles a tomar algo a los señores que vienen cuando sus coches se estropean, y se sientan en las sillas que tengo a un lado del garaje para contarme que les ha pasado a su coche.

A veces incluso me cuentan su vida.

Empiezo el trabajo, y no puedo evitar fijarme en su cuerpo. Tiene unos pechos bastante grandes —que se notan por la camiseta apretada que lleva—, y una cinturita pequeña. En cambio, su culo —porque sí, me he fijado en su culo—, no está nada mal... Es muy bonita, tiene los ojos de color verde zafiro.

Comienzo a arreglar la moto, y de vez en cuando no puedo evitar que mis ojos vayan disparados a su cuerpo. De vez en cuando la pillo mirándome, y sonrío sin que lo vea.

No es por presumir, pero sé que llamo la atención. El cabello me ha crecido bastante, y he dejado crecer un poco de barba. Sigo llevando mis tatuajes orgullosamente. Me pongo camisetas sin mangas, y los pantalones los suelo llevar cortos para que se me vean —también es por la calor—. Y he crecido bastante en cuanto al cuerpo. Tengo más músculos.

Al terminar la llamo, y se acerca hacia mí. Solo he tenido que cambiar la rueda.

—Me llamo Serena —me dice nada más acercarse, y me mira elevando una ceja, esperando que le diga mi nombre.

—Eres muy bonita, Serena —lamo mis labios, y la miro con una sonrisa divertida.

—Y tú eres muy atrevido, ¿no? —eleva una ceja, y me sonrío de la misma manera. Su sonrisa es traviesa, y mi entrepierna sin evitarlo me da un palpito sobre mi chándal gris. Hace un año que no tengo sexo con nadie, y lo necesito. Tengo mucha tensión acumulada que no descargo con nada.

—Quizá es que no me gusta ir con rodeos... —la miro a los ojos, y acerco su cuerpo al mío, agarrando su diminuta cintura. Sus manos con las uñas pintadas de negro se apoyan en mis hombros tensos—. He visto como me estabas mirando, Serena. Me devorabas el cuerpo.

Suelta una pequeña risa, y su sonrisa traviesa no desaparece de su cara.

—¿Quién crees que eres, chaval? Tienes el ego por las nubes.

Arqueo una ceja, y acerco su cara a la mía, dejando apenas unos

centímetros de separación.

—¿Eso es malo? ¿Acaso miento?

Mira alrededor, y tras observar que no hay nadie cerca —cosa complicada —, se lanza a mis labios.

Gruño, y dirijo mis manos a su culo para apretar con ganas, haciendo que suelte un gemido. Muerdo su labio inferior, y adentro mi lengua en su boca, besándola con fervor, y muchas ganas. La acerco a mí, y cogiendo su culo con fuerza me restriego contra ella.

—Joder —susurra, y cojo su cuerpo haciendo que ponga sus piernas alrededor de mi cintura.

Cómo dije hace tiempo, solo había tenido sexo esporádico con Laurel. No me gusta tener relaciones sexuales si no conozco aunque sea un mínimo a esa persona. Pero creo que mis pensamientos se van a ir al traste.

Hay una puerta que da hacia las escaleras para ir a mi casa, así que la abro y subo lo más rápido que puedo, mientras ella me coge del cabello con fuerza y me besa con desesperación.

Llegamos a mi habitación, y tras cerrar la puerta, apoyo su cuerpo contra ella, y le quito la camiseta. Unos grandes pechos resaltan en su sujetador, y dirijo mi boca hacia allí, haciendo que suelte un gemido. Lamo, muerdo y ella solo grita. Me ayuda a quitarme la camiseta, y le quito el sujetador. Desabrocho su cinturón del pantalón corto que lleva, y lo bajo junto a un tanga rojo de encaje, dejándola desnuda. Se quita los zapatos, y me mira sonriendo, traviesa.

Le sonrío de vuelta y vuelvo a atacar su boca, tocando sus pechos con mis manos, las cuales bajo unos segundos después, hasta encontrar su centro y comenzar a tocarla. Meto dos dedos dentro de ella, y se arquea soltando un gemido que hace que todo dentro de mí vuelva a palpitar por la excitación del momento. Lo más seguro es que después de esto no vuelva a ver a esta mujer.

No aguanto más, así que tras cogerla en brazos la llevo hasta la cama, la dejo sobre ella y me quito toda la ropa que me queda, quedando desnudo delante de ella. Se apoya en sus codos, y la imagen de ella desnuda queda tan morbosa... Que me duele todo el cuerpo.

Cojo protección de uno de los cajones de la mesita al lado de mi cama, y tras ponérmelo subo encima de ella.

—Hazlo ya —me pide en un jadeo, y tras colocar una pierna suya en mi cintura, embisto con fuerza y me meto de una estocada.

Gemimos, y pronto comienzo a bombear más y más fuerte, y rápido. Entro

y salgo con rapidez mientras beso todo su cuerpo. Mi cuerpo suda, y el suyo también.

Pone sus manos tras mi espalda, y araña con fuerza, haciendo que suelte un jadeo por el esfuerzo de ir tan rápido como puedo.

—¡Más fuerte! —me pide en medio de un jadeo, y coloco sus piernas en mis hombros para embestir mucho más fuerte. Agarro sus pechos, y sigo adentrándome una y otra vez hasta que termino, y ella llega a su orgasmo.

Salgo de ella y tras quitarme el condón, lo tiro en la papelera que hay justo al lado de mi cama, y me tumbo jadeando, en busca de aire.

Respiro con dificultad, y veo como se levanta y comienza a vestirse.

—¿Te vas? —le pregunto colocando un brazo tras mi cabeza, sin tapar mi cuerpo.

Se gira para mirarme, y sonrío.

—Sí, tengo cosas que hacer —me responde relajada.

Asiento, y cuando termina de vestirse se va hacia la puerta.

—Leslie.

—¿Qué? —se gira, y me mira frunciendo el ceño.

—Me llamo Leslie.

Me sonrío de nuevo, y sale de casa, cerrando la puerta.

## Capítulo 19

“I know it breaks your heart  
– *The Chainsmokers & Halsey*”.



Me despierto al día siguiente, y tras mirar hacia fuera veo que está lloviendo.

En los seis meses que llevo en el pueblo casi nunca ha llovido, y esta es una grata sorpresa. Cómo mucho han caído unas cuantas gotas.

Salgo de mi habitación tras darme una ducha, y me preparo un café mientras saco todas las cosas para hacerme unas crepes. Sé que café con crepes es un poco... Raro. Según me decía mi padre, para el mezclar chocolate con café era horrible... Pero aparte de ello también me tomo un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

Busco la Nutella, pero no la encuentro. Miro en la papelería y es entonces cuando recuerdo que la terminé hace unos días. Y unas crepes sin Nutella no son nada. Así que me visto, y tras echarme colonia salgo de casa y subo al coche. Bajo por las calles estrechas teniendo cuidado de que nadie se me cruce, y llego al pequeño supermercado que hay en el centro del pueblo. Aparco el coche y tras poner la alarma entro.

Hay bastante gente entre los pasillos, pero me centro en ir a por lo que he venido. Tras coger la Nutella aprovecho para comprar un par de cosas más que se están terminando y me dirijo hacia la cajera para pagar.

—¿Leslie? —escucho su voz, antes de llegar hacia la cola y me giro con una sonrisa invadiendo mi cara.

Lleva un pantalón corto de color blanco alto, y un top verde que hace resaltar sus pechos. Su melena pelinegra está suelta y lleva unas Vans negras.

Me lamo los labios al recordar las escenas del día anterior, e

inmediatamente me entran ganas de volver a hacerla mía.

—Serena... —su nombre sonando en mi boca suena muy bien, y sonrío cuando se muerde el labio inferior.

—¿Tienes algo que hacer? —me pregunta elevando una ceja, y suelto una risa.

Niego con la cabeza.

—Solo venía a comprar unas cosas, vente conmigo.

Acepta y me acompaña para pagar la compra. Salimos del supermercado y vamos hasta mi coche. Entramos y tras arrancar me dirijo hacia un aparcamiento en el cual nadie nos puede ver. Ahora mismo no tengo ganas de llevármela a casa.

Apago el coche —tengo suerte de que los cristales sean polarizados—, me quito el cinturón y echo el sillón para atrás. Me doy un golpe en las piernas para que se monte encima de mí, y ella lo hace encantada.

Ataca mi boca con fervor, y lamo sus labios mientras le quito el top y desabrocho su sujetador. A continuación comienzo a tocarle los pechos mientras ella se restriega contra mí. Gimo por la excitación y le ayudo a quitarse el pantalón. Desabrocha el botón del mío y saca la excitación que ha creado en mí verla con tan poca ropa. Es increíble que con haberla visto haya tenido esta necesidad de volver a estar dentro de ella. No sé nada sobre esta chica que tengo encima. Solo sé que es bellísima, que se llama Serena y que conduce una moto que seguramente a más de uno se les ha caído la baba verla conducir.

Lo digo porque a mí también me habría pasado.

Comienzo a tocar sus pechos mientras ella comienza a mover su mano de arriba hacia abajo. Subo mis besos hacia su cuello, donde doy una suave mordida y después beso esa parte. Suspira y cojo protección que tengo en el coche. Me lo pongo y eleva las caderas para dejarse caer sobre mí.

Gime y tras poner mis manos en sus caderas, comienzo a moverme arriba y abajo, rápido y lento. Se agarra a mis hombros mientras arquea la espalda, y jadea en busca de aire.

Beso sus labios desesperadamente, y ella me coge del cabello con una mano, mientras con la otra acaricia mi nuca. Comienzo a ir más despacio, y ella se mueve sobre mí también ralentizando la marcha. Llevo mis manos hacia su espalda, y la acaricio mientras elevo mis caderas dando estocadas dentro de ella.

Le doy besos por el hombro, y los dirijo hacia su cuello, para subirlos



hasta su boca. Muerdo su labio inferior, y le doy besos hasta que termino dentro de ella. Cuando acabamos, se apoya a mí y yo mantengo los ojos cerrados.

Sale, y se tira hacia el otro lado. Comienza a vestirse y yo me la coloco dentro del pantalón, me arreglo la ropa y me abrocho el cinturón.

—¿Te llevo a tu casa? —le pregunto mirándole, y sus ojos hacen contacto con los míos. Me da una sonrisa agradecida, y asiente.

—Está bien.

Arranco el coche y en silencio nos dirigimos hacia la dirección que me ha dado.

—Nunca te he visto por aquí —me dice, rompiendo el silencio—. Me hablaron de que un chico tenía un taller para arreglar coches y demás, pero no supe nada —dice mirándome con curiosidad.

—Llevo solo seis meses aquí. Es un pueblo pequeño pero si quieres puedes pasar desapercibido.

Suelta una pequeña risa.

—Bueno, en eso tienes razón. Ojalá hubiera sabido antes quién era el hombre que tenía el taller.

Una sonrisa divertida se asoma en mis labios, coloco una mano sobre su muslo, y aprieto sin apenas fuerza.

—Yo no sabía que había esta clase de mujeres por aquí —lamo mis labios —, si no, hubiera hecho que nos conociéramos antes...

—¿Qué clase de mujer soy? —me pregunta arqueando una ceja oscura.

La miro de reojo, y sonrío.

—Lo sabes muy bien, bonita. Puedes tener a cualquier hombre en tus pies.

Suelta un bufido, y veo que apoya su cuerpo en la puerta.

—No creas. Puede ser que sí, pero aquí nadie vale la pena. Además, los hombres que intentan algo contigo suelen estar casados y tienen hijos. Lo hacen porque ven a una chica bonita y porque sus mujeres pasan de ellos.

Me encojo de hombros.

—Ninguna mujer debería dejarse hacer por basuras así, no valen la pena. Vosotras sois más que ello —Lo dice el chico que ha tenido sexo conmigo sin apenas saber más que mi nombre.

Suelto una carcajada.

—Es diferente. Esto solo ha sido sexo, no pretendo tener ninguna clase de relación sentimental contigo. Ni con nadie, en realidad —digo esta vez más serio, y nos quedamos en silencio.

Llegamos a su casa cinco minutos después, y me doy cuenta de que no está tan lejos de la mía.

—¿La moto te funciona bien? —le pregunto, girando un poco mi cuerpo hacia ella cuando se desabrocha el cinturón.

—Va perfecta, gracias, Leslie —me dice con sinceridad, clavando sus ojos en los míos. Son tan verdes... Penetrantes.

—No es nada, es solo mi trabajo —le redondo encogiéndome de hombros. Asiente, y sale del coche.

Cuando cierra la puerta, bajo la ventana de su lado.

—¡Serena! —la llamo antes de que entre en su casa. Se gira hacia mí, y espera a que hable—. ¿Te vienes mañana a mi casa?

Arquea una ceja, y sonrío.

—¿Tantas ganas me tienes, Leslie?

—No sabes cómo me muero por volver a estar dentro, querida.

Sus mejillas se tiñen de rojo.

—No te prometo nada. Hasta luego, Leslie.

Arranco sonriendo y me dirijo hacia casa.



—Perdona el atrevimiento, pero tu casa no es muy... ¿Solitaria?

Serena recorre la estancia con los ojos, y yo me quedo apoyado en el marco de la puerta de la cocina. En realidad tiene razón. Las paredes son blancas, e incluso están un poco desconchadas. No hay ni un marco de fotos y es todo muy soso. En el comedor apenas hay un sofá, una mesita y un mueble con la televisión —Ya. Tampoco es que haya tenido ganas de poner nada.

Se gira hacia mí, y se acerca hasta quedar a centímetros de mi cuerpo.

—Si algún día quieres pintar o cualquier cosa, tengo mucho tiempo libre.

Suelto una carcajada, y coloco mi mano sobre su cintura.

—¿Por qué querrías ayudarme?

Se encoje de hombros, y coloca sus manos en mis hombros.

—Como he dicho, tengo mucho tiempo libre. No tengo nada mejor que hacer, y no estaría mal darle una pintada a este piso... Es muy bonito, pero no lo luces.

—Eres la única que ha entrado aquí —digo mirándole a los ojos—. Nadie ha entrado en los meses que llevo viviendo en este pueblo. Sólo han entrado a mi garaje.

Se lame los labios, y se echa el cabello hacia atrás.

—Entonces debo sentirme especial —susurra, y acerco mis labios a su

cuello para comenzar a besarlo. Le doy pequeñas mordidas para después pasar mi lengua por allí, y suspira apoyándose en mí. Echo su cabello hacia un lado para tener más espacio, y recorro todo su cuello hasta llegar a sus labios. La beso lento, y comenzamos a caminar hacia mi habitación, sin separarnos. Dejamos la puerta abierta y nos tumbamos en mi cama, poniéndome encima de ella. Sus piernas rodean mis caderas, y coloca sus manos en mis hombros, mientras nos besamos sin prisa. Bajo mi mano por su cuerpo, y tras intentarla dentro de la camiseta, comienzo a acariciar su barriga, subiendo hasta llegar a sus pechos. Dejo besos en su cuello, y la ayudo a quitarse la camiseta, y tras tirarla al suelo, comienzo a besar su cuerpo, haciendo un recorrido desde sus pechos hasta la cinturilla de su pantalón. Se remueve inquieta cuando comienzo a desabrochar su pantalón, y te lo quito sin ayuda. Coloco su pierna izquierda en mi hombro, y comienzo a repartir besos en su muslo, bajando hasta llegar a sus bragas. La miro a los ojos, los cuales están llenos de lujuria, y aparto sus bragas para internar dos dedos dentro de ella. Gime, y comienzo a bombear un poco más deprisa. Se agarra a las sábanas de mi cama, y saco mis dedos para bajar sus bragas, dejándola expuesta hacia mí. Se quita el sujetador, y lo tira al suelo. Esta vez quedando completamente desnuda.

No sé porque este encuentro se vuelve más... Lento, sin prisas. Será porque esta vez la he invitado a casa.

Vuelvo a besar su boca, y coloca de nuevo sus piernas alrededor de mi cintura, pero esta vez tirando hacia ella, refregándose contra mí.

—¿Tienes muchas ganas? —le susurro en la oreja, y asiente con la cabeza.

—Me muero por tenerte dentro de mí, Leslie.

Sonrío, y salgo de la cama para comenzar a quitarme la ropa. Se pone de rodillas en ella, y se acerca a mi cuerpo. Mientras desabrocho mis pantalones, comienza a besar mi pecho, dejando suaves besos. Cuando me despojo de los pantalones, me quito los zapatos junto con los calcetines y me arrodillo junto a ella en la cama. Aparto su cabello hacia un lado, y reparto una estela de besos desde su cuello hasta su hombro izquierdo.

Nos echamos hacia atrás para colocarnos bien en la cama, y a continuación bajo mi bóxer para quedar completamente desnudo.

Me coloco entre sus piernas, y me adentro en ella poco a poco, completamente tenso. Beso sus labios mientras me muevo, y sigo el mismo ritmo hasta que llegamos al final.



Al terminar, se queda dormida en la cama, y yo me voy a la ducha. Cuando

termino, me dirijo a la cocina y comienzo a preparar pasta con salsa de queso. Preparo la salsa mientras los espaguetis se hacen, y cojo una botella de Ribera de Duero. La abro y coloco dos copas en la encimera para después rellenarlas.

Coloco el paño que estaba utilizando en mi hombro, y sigo cocinando hasta que escuchó una suave risa detrás de mí —No sabía que también cocinas —me dice entrando a la cocina con una de mis camisetas puestas—. La he cogido porque no quería vestirme con mi ropa.

Asiento con una sonrisa de boca cerrada, y me giro para terminar de prepararlo todo. Coloco la comida en dos platos y Serena me ayuda a colocar la mesa. Nos sentamos en el sofá y enciendo la tele para poner una película cualquiera.

Cuando Serena prueba la comida, suelta un gemido que hace que todo mi cuerpo reaccione ante ello.

—Madre mía, te has lucido... Mira que no soy de comer pasta, pero está delicioso... —dice, y vuelve a probarlo otra vez.

—Me lo hubieras dicho antes, y hubiese hecho otra cosa —le respondo algo escueto.

Niega con la cabeza, y acerca su dedo a mi boca para quitarme un resto de salsa.

—No importa, Leslie. Esto está divino.

Comemos en silencio, y de vez en cuando la miro. Va con el cabello suelto, y tan solo lleva mi camiseta y sus bragas puestas. Le queda muy bien...

Terminamos de comer, y se ofrece a ayudarme a fregar los platos. Después, desaparece del comedor y se adentra en mi habitación.

—¡Leslie! —me llama, y voy hacia ella—. ¿Puedo darme una ducha? —pregunta un poco tímida, y asiento.

Salgo de allí, y me siento en el sofá.

Serena me gusta. Me gusta en el sentido de que me lo paso bien con ella. Pero no puedo olvidar que mi corazón pertenece a otra persona, y siempre será así. Serena es alguien con quien puedo llegar a entablar una amistad, y con quién puedo tener mucho sexo.

No está mal tener sexo aún así queriendo a otra persona, ya que hace un año que no estoy con Klarissa. No soy un capullo, solo estoy rehaciendo mi vida.

Sale de mi habitación ya vestida, se acerca a mí, y se sienta a horcajadas de mi cuerpo.

—Me voy ya, tengo cosas que hacer... —me entrega un papel, y veo que es

su número de teléfono—. Cuando quieras que nos veamos, llámame.

Asiento, y nos besamos unos minutos hasta que se marcha.



Esa tarde abro el taller, y un señor de por aquí me trae su viejo coche para que le haga una limpieza y lo pinte.

—Oiga... ¿Usted conoce a Serena? Una chica pelinegra del pueblo. Es bastante joven y conduce una moto negra.

Coloca su mano en su barbilla de manera pensativa, y segundos después asiente.

—Sí, he visto a esa muchacha muchas veces por el pueblo. Vive con su abuela.

Frunzo el ceño.

—¿Y sus padres?

Se encoge de hombros.

—Dicen que es adoptada. Nunca conoció a sus padres. La adoptó la mujer a la que le hace llamar "abuela" a pesar de que no es su familia.

Asiento, y sigo pintando el coche.

## Capítulo 20

“I’m bad at love  
– *Halsey*”.



### Dos semanas después.

Son las fiestas del pueblo, y hay mucha más gente por aquí. Las calles se llenan de personas que vienen de la ciudad o de otros pueblos cerca y el ambiente que hay es muy bueno. Montan un gran mercado al lado de la playa, donde suelen ir más los turistas, y la gente aprovecha para ganarse un dinero extra. Los bares y restaurantes que hay en el pueblo se llenan de personas, y hacen las especialidades de la casa. Es una fecha que disfruto mucho. A pesar de que solo he estado en dos ferias aquí. La primera me encantó, solo que esa vez iba completamente solo.

He quedado con Serena para ir a dar una vuelta por allí, y cuando termino de vestirme y demás, salgo de casa y tras coger el coche emprendo la marcha hacia la suya. Llevamos viéndonos casi cada día. La mayoría de veces son para tener sexo, pero muchas otras cenamos en mi casa, vemos alguna película... Se ha hecho algo monótono. A pesar de que sigo con las ideas claras de que solo la veo como una amiga y una buen amante. Los dos disfrutamos mucho cuando estamos juntos. De todas las maneras.

Todas las casas de este pueblo están pegadas una a la otra, y me paro en frente de una de color pastel. Toco el pito del coche y tras esperar un par de minutos sale Serena de su casa. Va vestida con un pantalón largo negro, y una

blusa de tiras rosa metida por el pantalón. Lleva unas cuñas marrones y un bolso negro. Nunca la había visto así de arreglada. Su cabello está puesto hacia un lado, recogido en una trenza muy bonita. Sus labios están pintados con pintalabios de color marrón y tiene sombra de ojos en ellos.

Cuando entra al coche, me sonrío y se acerca hacia mí para dejar un beso en mi mejilla, pero antes de que se eche hacia atrás coloco mi mano en su nuca y estampo mis labios contra los suyos, saboreando su pintalabios. Dejo un último beso y entonces me retiro.

—Buenas noches, bonita —la saludo, y me sonrío con alegría.

Arranco el coche, y emprendemos marcha hacia la feria.

Yo también he decidido arreglarme, y llevo una camisa blanca arremangada hasta los codos. A esta le acompaña un pantalón azul oscuro y unas bambas negras. Mi cabello está despeinado —es lo menos importante—, y me he afeitado. Los rizos rubios de mi cabello casi tapan mi cara.

Llegamos y tras un rato buscando aparcamiento, bajamos del coche y cojo su mano para adentrarnos en la marea de gente. Vamos caminando cogidos, y me es inevitable no sonreír cuando veo a algunas personas del pueblo mirándolos boca abiertos.

—Parece que no han visto a dos personas cogidas de la mano nunca —dice riendo.

—No sé qué caras pondrían si me vieran follándote.

Suelta una exclamación, y me pega en el brazo, divertida por mi atrevimiento. Pero así somos, cuando estamos juntos no tenemos filtros.

Boyd se quedaría alucinando si viera la manera en la que he cambiado. Nunca he hablado así, ni me he comportado de esta manera, pero he cambiado mucho en este año. Sobre todo en la manera de ser. Lo que tengo en claro es que he de vivir la vida. No puedo quedarme estancado, eso sería peor. No podría avanzar con mi vida, y si al conocer a Serena me estoy envolviendo en una nueva aventura; pues bienvenida sea.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —le pregunto, y asiente sonriéndome.

—Me muero de hambre —dice mirándome provocativamente, y lamiéndose los labios.

Suelto una carcajada, y la acerco a mí para rodear sus hombros con los brazos. Dejo un beso en sus labios.

—Primero comamos, el postre seré yo, esta noche, nena.

Arquea una ceja, y asiente.

Nos acercamos a un puesto de comida rápida, y tras pedirnos dos

hamburguesas enormes y patatas de sobra junto unos refrescos, nos vamos a la arena de la playa a cenar. Colocamos todo y como no hace aire la arena no ensucia la comida. No hay mucha gente por aquí, y eso me gusta ya que a veces tanto barullo no me hace gracia, a pesar de que acabo de meterme en uno.

—Estas hamburguesas están buenísimas —dice, y le da un mordisco a la suya. Un poco de salsa se queda en la esquina de su labio, y me acerco a ella para lamerlo provocándole una sonrisa—. Oye, Leslie...

—¿Umm? —digo mientras mastico un trozo de la mía.

—Llevamos ya así unas semanas, quedando y haciéndolo. Solo quiero decirte que yo no busco nada serio... Yo quiero dejarlo todo pasar —me confiesa mirándome a los ojos, supongo esperando a que me enfade o haga un escándalo. Pero al contrario, suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo. Los dos tenemos los mismos ideales. Espero que ninguno de los dos llegue a sentir algo hacia el otro. Yo por Serena siento curiosidad, excitación... Pero no hay nada más que eso.

Asiento conforme con lo que ha dicho, y acerco mi mano hacia la suya.

—Opino igual. Sinceramente no sé si quería capaz de tener una relación. Así como estamos estoy increíble, y me lo paso muy bien contigo, Serena.

—¿Hay alguien detrás de todo eso? —me pregunta de repente curiosa.

Sonrió con nostalgia, evocando a esa rubia que espero esté rehaciendo su vida.

—Hay de todo detrás de estos meses. No conoces nada sobre mí — respondo con la voz enriquecida por las emociones a flor de piel.

—¿Pasa algo si soy una cotilla y quiero saber qué ha pasado para que un hombre tan guapo como tú haya decidido irse a un pueblo lejos de todo?

Me encojo de hombros.

—Yo te lo contaré, si tú lo haces.

Frunce el ceño.

—¿Que quieres que te cuente? —pregunta confusa.

—Todo de ti.

Gira la cabeza hacia otro lado, y se queda pensativa durante unos segundos. A continuación, agacha la mirada, y su expresión se vuelve a una de tristeza. Dejo la hamburguesa a un lado, y tras limpiarme las manos las coloco en su cara, haciendo que la eleve y vea lágrimas amontonadas en sus ojos.

—Oye... ¿Qué te pasa?

Mira hacia abajo, y tras pestañear una lágrima sale de su ojo izquierdo. Cierra los ojos con fuerza, e intenta apartarse de mí.



Pero no le dejo.

La atraigo de manera en la que queda a horcajadas en mi cuerpo, sentada en mis muslos. La estrecho contra mí en un abrazo. Noto pequeños temblores sacudir su cuerpo, y pronto comienza a soltar pequeños sollozos.

La mantengo junto a mí, y cuando termina se aleja un poco, mirándome a los ojos con un poco de vergüenza.

—Siento haberme puesto a llorar... He estropeado la noche.

Hace amago de levantarse, pero la mantengo junto a mí agarrando sus caderas.

—Ni se te ocurra pedirme perdón por llorar. Es una estupidez. Cada quien es libre de llorar cuando le dé la gana. Que no te de vergüenza. Y no has estropeado nada, bonita.

Acaricio su cara, quitando el rastro de las lágrimas, y acerco sus labios a los míos para dejar pequeños besos sobre ellos. Le doy otro abrazo y cuando se aparta para sentarse de nuevo en su sitio, le dejo.

—Hace un año vivía muy lejos de aquí con mi padre —comienzo a hablar, y veo como me mira prestándome total atención—. Mi madre murió cuando yo era más pequeño, y nos dejó a mi padre y a mis solos. Dejé de estudiar, y a él le detectaron cáncer —la miro, y coloca la palma de su mano sobre la mía, intentando reconfortarme—. Comencé a trabajar para el padre de mi mejor amigo... Cómo traficante de drogas. Yo no consumía, solo las llevaba donde debía, y después me daban dinero. Con ello comencé a pagar las quimioterapias de mi padre. El nunca supo a qué me dedicaba realmente. Pensaba que trabajaba para el padre de mi amigo, pero en algo legal. Y bueno... Conocí a una chica —sonrío, y me mira abriendo un poco los ojos—. Ella se llama Klarissa. La quise en muy poco tiempo, y con mucha fuerza. Tuvimos una relación de amor preciosa, pero todo se torció... Me tuve que ir, mi padre murió seis meses después y fue cuando decidí irme, y fui a parar aquí. Todo fue a causa de que las cosas en el trabajo se torcieron. Tuve un encontronazo por primera vez junto con mi mejor amigo, y nos ingresaron en el hospital. Ahí no le conté nada a Klarissa. Realmente no quería meterla en esa parte de mi vida. Le oculté la verdad. Después... Tuve un problema todavía más grande con personas que hacían trata de blancas... E incendiaron mi casa. Allí estábamos mi padre, Klarissa y yo. Cuando salimos por el tejado, nos sorprendieron, y me dieron una paliza... A ella también la pegaron. En el hospital, su padre prácticamente me obligó a irme. Debía desaparecer si no quería que me metiera en la cárcel. Desde entonces, no he vuelto a saber nada

de ella.

Cuando termino de hablar, me seco una lágrima que ha salido de mis ojos, y miro a Serena esperando una respuesta.

—Te han pasado demasiadas cosas, Leslie... Nos han pasado tantas cosas que no sé cómo podemos seguir aquí, sentados en la playa, cenando y estando como si nada nos hubiera pasado. Por otro lado... Joder, no me imaginaba ni queriendo que hayas tenido ese trabajo... Has tenido suerte de poder salir de allí. ¿Hiciste algo con las personas que pegaron a tu chica?

Asiento con la cabeza.

—Oliver, el padre de Boyd, se encargó de hundirles. Están todos en la cárcel y amenazados a muerte. No dirían nada ni aunque quisieran. Si lo hacen, están muertos.

La acerco a mí, colocándola de manera en la que me da la espalda, y acaricio su barriga mientras apoyo mi cabeza en sus hombros.

—Nos tenemos para ayudarnos —me dice, y asiento con la cabeza.

Después, nos quedamos sentados cenando tranquilamente.

## Capítulo 21

“Are you ready for It...  
– *Taylor Swift*”.



—Yo nací en un orfanato, en Londres. Me crie allí hasta que una señora me adoptó. Crystal fue mi salvación, y juntas nos mudamos aquí. He estudiado en la ciudad. No he conocido nunca a mis padres, y tampoco tengo ganas de hacerlo... Tampoco sé si tengo familia. La única persona que tengo es a Crystal. Y ella es ya mayor... Le diagnosticaron Alzheimer hace cosa de unos meses, y poco a poco va olvidando todo. Me siento fatal porque hay veces que ni siquiera puede recordarme... Es tan doloroso... Ella no se merece esa terrible enfermedad. Fue mi salvación, y la persona a la que más amo en toda mi vida. En realidad es a la única persona que quiero, aparte de a mí.

Acaricio su cabello, y nos mantenemos tranquilos en la playa. Ha pasado una hora desde que terminamos de cenar, y la verdad es que no tengo nada de prisa.

—Debe ser horrible nacer sin saber quién son tus padres... No me imagino por todo lo que tendrás que haber pasado. Pero todo eso te ha convertido en la mujer que eres hoy, debes sentirte orgullosa de ello.

Asiente, y deja un beso en mi boca.

—¿Cuántos años tienes, Serena? —pregunto curioso.

Gira su cabeza hacia mí, y me sonrío.

—¿Cuántos crees?

Sé que ella no es una niña. Es una mujer hecha y derecha. Se nota por sus rasgos, por su manera de ver la vida.

—Veinte.

Suelta una carcajada, y niega con la cabeza.

—Tengo veinticuatro.

Abro los ojos sorprendido.

—Tienes dos años más que yo.

Arquea una ceja, y suelta una pequeña risa.

—Nadie acierta nunca mi edad. Dicen que aparento unos diecinueve o veinte —responde encogiéndose de hombros.

Muevo mi cabeza hacia un lado.

—Bueno, no es que parezcas mucho más mayor... Tienes más cara de niña —respondo, y me da un golpe juguetón en el brazo.

Se levanta, y sacude su pantalón, quitándose la arena que se ha quedado enganchada.

—Basta de charlas, vamos a por unos mojitos y a dar una vuelta —me pide de nuevo alegre.

Sonrío, y de la mano nos volvemos a adentrar en la feria. Tras comprar unos mojitos en un puesto, comenzamos a recorrer el lugar de un lado a otro. Vamos hacia uno de los puestos de tiro, y ella me propone un juego.

—Si aciertas y me consigues uno de esos peluches enormes —me dice señalando a tales, y susurrándomelo en la oreja—, dejo que me invites esta noche a dormir a tu casa.

Elevo una ceja divertido, y me lamo los labios con maldad.

—¿Quién te ha invitado? —le pregunto con una sonrisa divertida.

—Sé que me lo ibas a proponer —pone sus manos en su cadera, encogiéndose de hombros—. Si no ganas, me llevarás a mi casa y no nos veremos en una semana.

Frunzo el ceño.

—No me gusta eso. Una semana sin adentrarme en ese cuerpecito me parece mucho.

Suelta una carcajada, y palmea mi espalda repetidas veces.

—Si te quieres "adentrar" en este cuerpecito, como dices, acierta, Leslie.

Asiento con seriedad, y pago. Me dan una de esas escopetas de balines, y me concentro en el juego. Debo pinchar los cinco globos que hay para conseguir los peluches grandes.

El primero, acierto. Me pongo nervioso, pero sonrío divertido cuando se que ella cree que perderé. Todos los años en la feria de Outville, Boyd y yo nos apostábamos cenas, y demás cosas y nos poníamos a jugar a los tiros. Siempre ganábamos, y recuerdo que nos dieron muchas cosas.

En un santiamén he hecho explotar todo los globos, y le sonrío triunfante a

Serena.

—Escoge el que te guste, cariño. Hoy vamos a tener una gran noche—le guiño el ojo, y se gira dándome la espalda, dejando a la vista su culito respingón.

Escoge el peluche de Doraemon, y caminamos cogidos de la mano mientras ella va con una sonrisa enorme por tener al peluche.

Cuando se hacen la una de la madrugada, se para delante de mí.

—¿Nos podemos ir a tu casa ya? Comienzo a tener sueño... —y para verificarlo, bosteza tapándose la boca.

—Lo que tú quieras, bonita.

Nos subimos a mi coche, y el camino hacia mi casa lo hacemos en completo silencio. Aparco cuando llegamos, y cuando me giro hacia ella veo que se ha quedado dormida.

Sonrío negando con la cabeza, y salgo del coche sin hacer ruido. Me acerco a su puerta y tras abrirla le desabrocho el cinturón, la cojo en brazos. Cierro la puerta y pongo la alarma del coche. Me dirijo hacia casa, y tras abrir la puerta cierro con llave y pestillo —todo eso llevándola en brazos—. Subo las escaleras de casa, y me dirijo directamente hasta mi habitación. La dejo en la cama y voy hacia la puerta para cerrarla.

Observo su cuerpo mientras termino de acercarme, y me despojo de toda la ropa quedando en bóxer. Comienzo a quitar la suya, y se despierta un momento, abriendo solo un poco los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunta medio dormida.

—Nada. Hemos llegado a mi casa, te estaba quitando la ropa para que te pusieras cómoda.

Sonríe, y asiente.

—Déjame tu camiseta —me pide medio soñolienta, y se quita el sujetador, quedando en bragas.

Se la presto y tras ponérsela se gira dándome la espalda. Me acuesto en la cama, y la acerco a mí, enredando nuestras piernas, y haciendo que coloque su cabeza en mi brazo.

Y así me quedo completamente dormido en cuestión de segundos.



Pasan unos días y Serena y yo no nos vemos tanto. Ella ha conseguido trabajo de camarera en una cafetería de por aquí, y yo al haber venido más turistas pues tengo más trabajo. A veces he pensado en trabajar en otra cosa, pero de momento con esto estoy bien. Gano lo suficiente como para

permitirme bastantes cosas, y es algo que me gusta.

Serena tiene turnos partidos, así que a veces cuando termina y no está muy cansada viene a casa a dormir o voy yo a buscarle. A veces he ido a verla al trabajo mientras me he tomado un café y he observado como movía su culito de un lado a otro. Pero también me he fijado en la gran sonrisa que les muestra a los clientes, y eso me ha gustado mucho. Es una mujer alegre, y contagia su felicidad a casi toda la clientela. He observado que muchos señores se quedan prendados por sus andares, por la manera de sonreír que tiene, por cómo se desenvuelve en su trabajo...

Nos comportamos como si fuéramos una pareja, pero no somos nada. Como pareja en el sentido de que vamos caminando por la calle cogidos de la mano, se viene muchas veces a mi casa —yo no he ido aún a la suya porque con el tema de Crystal prefiere que no—. Además de que casi siempre se queda a dormir en casa. Y no es todo sexo. Muchos días hemos estado sin hacerlo. No por no querer, si no porque estábamos cómodos así tal cual, sin necesidad de tener sexo cada hora.

Voy en coche hasta su trabajo, y me espero apartado hasta que sale del trabajo cinco minutos después. Se acerca al coche, y sube.

—Estoy reventada —se queja, y a continuación me da un beso en los labios.

—Hola a ti también —le digo, y suelta una carcajada.

—¿Quieres que me quede hoy? Tengo fiesta mañana.

Asiento.

—Pasemos por mi casa para coger algo de ropa, por favor —me pide acomodándose en el respaldo del asiento.

Acepto y emprendemos marcha hasta su casa. Cuando llegamos, la espero en el coche y pongo algo de música hasta que sale de su casa.

Al llegar a la mía, deja las cosas en mi habitación y me informa de que va a ir a la ducha. Asiento y mientras decido preparar algo de cenar.

Hago una ensalada y unos trozos de pollo mientras se ducha y viste, y cuando llega a la cocina me rodea la cintura con sus delgadas manos.

—No tenías por qué cocinar.

—No importa, Serena. Vienes cansada del trabajo, que menos.

Comienza a repartir besos por mi espalda, y me giro hacia ella para coger su cara entre mis manos y comenzar a besar sus labios.

Hace unos días que no tenemos casi contacto, y debo admitir que lo extrañaba.

La cojo en brazos, haciendo que enrolle sus piernas en mi cadera, y mientras nos besamos le tumbo en el sofá, tumbándome encima de ella. Reparto besos por todo su cuello, y le quito mi camiseta, dejándola solo en un tanga de encaje negro. Me ayuda a quitarme el pantalón, y tras quitarle su última prenda de ropa, ella rodea sus piernas en mi cintura y me adentro lentamente en ella.

Suelto un jadeo, y me meto una y otra vez, mientras nos besamos cariñosamente. Acaricio sus pechos, y reparto besos por ellos, mientras la hago mía.

Cuando terminamos, me tumbo a su lado, y dejo que comience a acariciar mi cara con la yema de mis dedos. Me relajo tanto, que cierro los ojos.

—Tengo hambre —anuncia de golpe.

Suelto una carcajada y me levanto del sofá.

—Ponte cómoda, ahora mismo te traigo la cena.

Asiente, y cuando le pongo su cena en la mesita, estira las piernas haciendo que sus pies queden sobre mis muslos. Comienza a comer mientras vemos una película de Acción.

Por impulso, comienzo a hacerle un masaje en los pies, y noto como ella se relaja.

Termina de comer y pone su cabeza en mis muslos. Acaricio su cabello hasta que se queda dormida, y cuando decido que la película me aburre le cojo en brazos y nos traslado a mi habitación, la tumbo y nos dormimos como muchas veces lo hemos hecho, entrelazando nuestros cuerpos.

## Capítulo 22

“You so fucking precious when your smile  
— *Bazzi*”.



El sonido del timbre siendo tocado me despierta de mi sueño, y me remuevo en la cama. El cuerpo de Serena está pegado al mío, y cuando el timbre vuelve a sonar me levanto teniendo cuidado de no despertarla.

Se remueve en la cama y suelta un gruñido, pero enseguida vuelve a dormirse. Está completamente desnuda. Anoche, cuando íbamos a ir a dormir, compartimos unos cuantos besos que al final terminaron en nosotros dos teniendo sexo de manera lenta y pausada... Ella encima de mí mientras yo besaba su cuerpo, y ella dejaba las marcas de sus largas uñas en mi pecho y espalda. Me encanta tener sexo con esta mujer, me vuelve loco.

Con una sonrisa avanzo hacia la puerta de arriba, y abro dejando que la persona que haya tocado suba. No me preocupa nada aquí, porque como mucho podría venir a atacarme un abuelito. Así que espero hasta que suban, mientras me restriego los ojos con mis manos.

Sin esperararlo un cuerpo me rodea, y me eleva hacia arriba, dándome un susto.

Suelto una exclamación y cuando me baja, me giro y lo que veo hace que me quede de piedra.

—¿Boyd? —pregunto estupefacto.

—¡Trubel! —grita mi amigo, y se lanza de nuevo hacia mí dándome un fuerte abrazo.

Le estrecho contra mí, y una sonrisa de oreja a oreja se asoma en mi boca.

—¡Boyd! ¡Joder, me cago en la puta! —suelto una carcajada.

Me separa de él, y veo detrás de ella a cierta pelirroja. Hace más de un



año que no la veo, y cuando me sonrío un poco, avanzo hacia ella hasta darle un abrazo con mucha fuerza y cariño.

—¡Cuidado, bestia! ¡Que estoy embarazada!

Abro los ojos como platos, y me alejo de Alaska para mirar a mi amigo. Este me sonrío felizmente, y siento las lágrimas acumularse en mis ojos.

Los recuerdos de Klarissa y de mí, me vienen a la mente. Pensar que la que podría estar embarazada fuera ella, hace que mi corazón se rompa un poquito más.

Klarissa...

—¿De cuántos meses estás? —decido preguntarle, curioso.

Se acaricia el vientre, y coge la mano de Boyd.

—De cuatro meses. Va a ser una niña.

Dejo que las lágrimas caigan de mis ojos por la tristeza, la felicidad, y sobre todo la añoranza que me crean todos estos sentimientos, y abrazo a mi amigo felicitándole.

—De verdad, esto es increíble.

Alaska solo tiene diecinueve años. Cumplió los dieciocho muy poco después de irme, y ya ha hecho los diecinueve.

Les pido que entren, y cierro la puerta de casa, con la esperanza de que alguien colocara la mano en ella y una melena rubia se hiciera paso hasta mí.

Pero eso no va a pasar.

Se sientan en el sofá, y les sirvo una taza de café que dejé preparado ayer.

—¿Cómo que habéis venido? —les pregunto mientras doy un sorbo a mi taza. Estoy en unos simples pantalones de chándal, y no se me ha escapado ver la mirada que ha echado Boyd a los arañazos que hay en mi pecho.

—Me dijiste donde vivías. Necesitábamos contártelo ya, Trubel —confiesa mi amigo.

Miro el vientre de Alaska. Ella es muy delgada, y apenas se le nota mucho el embarazo.

—¿La bebé está bien?

Los dos asienten.

—Pensaba que podría pasarle algo al yo ser tan delgada, pero no hay problema. Está sana.

Sonrío, y asiento.

—¿Cómo os va todo? —les pregunto con ganas de saber de ellos.

—Pues muy bien. Alaska ha dejado la universidad. No por el bebé, si no porque descubrió que no le gustaba estudiar —suelto una carcajada, y la

nombrada le da una colleja en el cuello—. Yo comencé a trabajar de cocinero en un hotel de lujo, y ella empezó a trabajar de niñera. Cuando nos enteramos de que estaba embarazada nos mudamos juntos a un piso, y desde entonces hemos estado trabajando los dos. Ella trabaja desde casa.

Asiento.

—¿Y a ti como te va, Trubel? —me pregunta Alaska, y coloca su mano en mi brazo.

—Me va muy bien, sinceramente. Estoy trabajando en el taller que tengo bajo casa.

—¿Cómo llevas lo de Mikail?

Suelto un suspiro, y me paso la mano por la cabeza.

—Lo llevo. Lo extraño, pero la vida sigue.

—¿Y...

Su pregunta queda a medio camino cuando la puerta de mi habitación es abierta. Serena sale de ella en todo su esplendor. Tiene el cabello despeinado y su melena negra cae en cascada hacia abajo. Lleva mi camiseta de manga corta negra que le llega hasta por encima de la mitad de los muslos. Confusa, y camina hacia el salón sin darse cuenta de las personas que hay en este. Se la ve somnolienta, y restriega sus ojos con los puños de su mano.

Adorable.

Cuando nos ve se queda de piedra, y no sabe cómo reaccionar. La entiendo, no les conoce de nada y acaba de salir de la habitación donde hace unas horas le he hecho el amor.

—¿Pero qué? —Pregunta Alaska, de repente completamente enfadada y ofendida—. ¿O sea que te estás tirando a una? —La rabia fluye en sus palabras—. ¡Encima a una golfa cualquiera!

—¡Alaska! —le grita Boyd sorprendido por sus palabras.

Miro a Serena en silencio, y veo como sus ojos se cristalizan. Pero en unos segundos su mirada cambia a una completamente seria, y da media vuelta para ir hacia mi habitación.

—Joder —maldigo entre dientes, y me levanto del sofá para ir tras ella.

Entro y veo como está terminando de vestirse. La cama está deshecha, y esta junto con las paredes de mi cuarto son testigos de las veces que nuestros cuerpos se han unido.

—No te vayas —le pido acercándome a ella, de repente suplicante.

Eleva un dedo hacia mí.

—No te acerques —me espeta furiosa, mientras se coloca la camiseta.

Suelto un suspiro de frustración.

—Nena, no te vayas. Siento que te haya dicho eso, pero no es la verdad. Por favor, no te vayas.

—¡Me ha insultado delante de tu puta cara y no has dicho nada! ¡Me ha llamado golfa y lo único que has hecho ha sido quedarte ahí parado!

Su cuerpo tiembla por la rabia, y cuando intento acercarme y veo que no me dice nada, termino con la distancia que hay entre nosotros.

—Perdóname bebé, sé que he sido un cabrón. No me esperaba que fuera a reaccionar así.

Agacha la mirada hacia el suelo, y la estrecho contra mis brazos. Meto la cabeza en el hueco de su cuello, e inspiro hondo su aroma.

—Lo siento mucho, pero no te vayas —susurro, abrazándola.

—Me ha llamado golfa. ¿Porque lo ha hecho, Leslie? ¿Quién es ella?

—Son viejos amigos míos. Ella es... La mejor amiga de Klarissa.

Su cuerpo se tensa, y suelta un suspiro.

—Entiendo.

—Eh, yo con quién estoy ahora mismo es contigo, ¿No? Entonces no te preocupes.

Le doy un suave beso en los labios, y ella apoya su cabeza en mi pecho, rodeando con sus manos mi cintura.

—Vamos, te los voy a presentar.

Aprovecho para ponerme una camiseta, y cogiendo su mano salimos de mi habitación. Boyd y Alaska están en silencio, y observan nuestras manos entrelazadas cuando nos ven.

—Boyd, Alaska, os presento a Serena.

Serena sonríe un poco, y Boyd se levanta para acercarse a ella y darle dos besos en la mejilla.

—Un placer.

Esta asiente, y miro a Alaska, quién suelta un bufido y se levanta acariciando su barriga, y se acerca a nosotros.

—Siento haberte llamado fulana. Las hormonas del embarazo me crean esto.

Sueltan una pequeña risa.

—No pasa nada —Serena mira hacia la barriga de Alaska, y suspira.

—¿Quieres tocarla? —pregunta entonces esta.

Los ojos de ella se abren con emoción, y asiente acercando su mano a la barriga de la embarazada.

—Me encanta.

Nos pasamos las próximas horas hablando, y nos preguntan que como nos conocimos y tal.

En un momento me voy hacia la cocina, y veo como mi amigo se adentra en ella.

—No me esperaba que estuvieras con otra.

Me encojo de hombros.

—Serena no es mi novia. Es más que una amiga, pero no es mi novia. Le tengo mucho cariño.

Asiente.

—¿Sabes algo de...?

—No —niego con la cabeza—. ¿Y tú?

—Volvió hace unos meses, Trubel. Estaba en España, con sus tíos. Volvió hace unos meses, no ha cambiado mucho.

—¿Os ha preguntado por mí?

Asiente.

—Alguna vez, pero no sabíamos nada.

—Está bien, no quiero hablar más de ello.

Volvemos al salón, y me siento al lado de Serena. Se ve cómoda hablando con mis amigos, y le sonrío cuando me pilla mirándola.

—¿Que miras? —me pregunta sonriendo.

—Lo bonita que eres.

## Capítulo 23

“He's out his head, I'm out my mind.  
We got that love, the crazy kind.  
I am his, and he is mine In the end,  
it's him and I  
— *Halsey & G-eazy*”.



Han pasado unos cuantos días. Boyd y Alaska se han instalado en una casa a unas tres calles de la mía, y Serena y yo cada vez pasamos más días juntos.

En realidad se nos ha hecho una rutina. La llevo a trabajar, comemos juntos cuando podemos y cuando ella termina de trabajar la voy a buscar y vamos a mi casa. Duerme siempre conmigo, y cada vez le pillo más cariño. Además, a veces quedamos con mis amigos para ir a tomar algo o para cenar, aunque noto como Alaska está un poco reacia a la relación que tengo con Serena. La entiendo en realidad, ella es la mejor amiga de Klarissa, y me sorprendería si no le hubiera dicho nada.

Estos días me he dado cuenta de que siento cosas por Serena, no lo voy a negar. Es preciosa. Además, siempre está sonriente, y la rutina establecida hace que estemos juntos día a día.

—Hoy tengo una entrevista de trabajo... —me informa mientras rodea sus manos en mi cintura, y deja un beso en mi espalda.

—¿Ah sí? —digo sonriendo, y me doy la vuelta para envolver mis manos en su trasero. Suelta una carcajada cuando lo hago; está acostumbrada a que mantenga mis manos en su cuerpo a cada rato.

Cada día me voy metiendo más en la cabeza que quizá esto es lo mejor... Que quizá debo olvidarme de Klarissa, y rehacer mi vida con una persona como Serena. Me duele el alma pensar eso, pero es todo tan complicado...

—Sí, para trabajar en un restaurante... Iré después de trabajar. Así que me gustaría poder ir a mi casa y coger mi moto para ir hasta la entrevista.

Frunzo el ceño.

—Yo puedo llevarte —me ofrezco.

—Lo sé —dice con una pequeña sonrisa—. Pero quiero ir en mi moto. La echo de menos...

—Está bien —sonríó—. Cuando acabes ven a casa, si quieres.

Eleva las cejas, y me muestra una sonrisita perversa.

—Dices a casa como si también fuera la mía...

Suelto una carcajada, y rodeo su cadera para acercarla a mi cuerpo. Meto la cabeza en su cuello, y aspiro su aroma a rosas. Dejo un beso en su cuello, y me separo de ella.

—Ves a prepararte, anda.

Se va a la habitación, y unos minutos después voy yo también a vestirme. Cuando entro, la veo envuelta en una toalla. Tiene el cuerpo mojado, y mis ojos se fijan en las curvas que le hace la toalla.

Me relamo los labios cuando me mira, y juro que mis pupilas se dilatan cuando me muestra una sonrisa y se deshace de la toalla para quedar desnuda.

Inmediatamente eso me trae recuerdos.

El último día que estuve con Klarissa, la noche en la que pasó todo. Ella también se deshizo de la toalla para que le diera ropa mía. Recuerdo haber recorrido su cuerpo con mis manos unos minutos antes, y haberle confesado que la amaba. Ese día fue la última vez que nos dijimos "te quiero".

Agacho la cabeza, y siento ganas de llorar. Se siente como si estuviera traicionando sus recuerdos. Como si la estuviera traicionando a ella. Echo de menos a mí rubia, pero hace tanto que no la veo... Hace tanto que no la siento...

—Eh, ¿Qué te pasa? —me pregunta Serena acercándose a mí, completamente desnuda.

Agarra mi cara entre sus manos, y me obliga a clavar mis ojos en los suyos.

Es lo contrario la una a la otra. Klarissa es rubia y de ojos azules, y Serena es pelinegra y de ojos verdes. Una era más pequeña que yo, inexperta, inocente, y la otra es más mayor, y ha vivido muchas cosas.

Siento una lágrima recorrer mi mejilla, porque joder. Echo de menos a Klarissa, pero tampoco quiero alejar a Serena.

Estrecho a la pelinegra contra mi cuerpo en un abrazo, haciendo que sus pechos choquen conmigo. Sin pensárselo me rodea el cuerpo con sus brazos, y

descansa su cara en mi pecho.

Dejo una estela de besos desde su hombro hasta su cuello, y después estampo mis labios con los suyos en un beso urgente. Necesito no sentirme mal. Serena es alguien completamente ajeno a todo esto, y no he de pagar mis mierdas con ella. Tampoco quiero hacerla sufrir.

Adentro mi lengua en su boca, y después muerdo sus labios mientras caminamos hacia mi cama. La recuesto con cuidado, y comienzo a besar su cuello. Bajo mis besos por sus pechos, y me adentro uno de ellos en mi boca. Escucho como gime, y mientras lamo uno, al otro le doy atención con mi otra mano.

Serena me ayuda a quitarme el pantalón —lo único que llevaba—, y me adentro en ella de una estocada.

Gemimos, y cuando coloca sus piernas alrededor de mi cintura, comienzo a embestir con fuerza. Sus manos van a parar a mi espalda, y sus uñas me dejan marca mientras me araña. Ella se cuida, por lo tanto no hace falta que usemos condón. Me gusta sentirla toda.

Mantengo mis ojos fijos en los suyos, mientras embisto una y otra vez. Grita mi nombre, y suelto una maldición entre dientes. Tiene el cabello esparcido por la cama, y sus ojos verdes están dilatados. Jadea en busca de respiración, y sus labios carnosos están entre abiertos.

Su orgasmo hace que termine dentro de ella, y después me coloco a su lado y la acerco a mí para envolverla con mis brazos. La beso con ternura, y sonrío cuando acaricia mi cabello.

—Voy a llegar tarde por tu culpa —me sonrío, y deja un beso en mis labios. Se levanta y completamente desnuda va a coger la ropa.

Me visto yo también, y cuando ella termina después de arreglarse para la entrevista, cojo su mano y antes de salir me coloco unas gafas de sol negras. Ella hace lo mismo y cogidos de la mano salimos de casa.



Después de dejar a Serena en su casa, me despido de ella con un beso y me marcho hacia la playa.

Llamo a Boyd para pedirle que vaya hacia allí también, ya que tengo ganas de verle.

Cuando llego al paseo, me paso por la cafetería a la que voy habitualmente, y saludo a las camareras. Compró dos refrescos para Boyd y para mí, y después me dirijo hacia el sitio donde hemos quedado; en la arena, frente al mar.

Minutos después Boyd llega, y se sienta a mi lado en completo silencio. Le ofrezco la bebida, y me lo agradece. Su cabello ha crecido bastante, y estoy muy feliz por todo lo que ha conseguido. Tiene a una chica increíble que le va a dar a un precioso bebé.

—¿Qué te pasa, tío? Estás muy callado —me pregunta después de estar unos minutos en silencio.

Sonrío con tristeza.

—No la supero.

Frunce el ceño, mirándome confuso.

—¿Qué?

—Que no supero a Klarissa, joder. Ha pasado un puto año, y la tengo igual de presente en mí. Apenas estuvimos unos meses, pero la llegué a amar como a nadie... La extraño. Hay días en los que solo quiero estar encerrado en casa, recordando todo lo que vivimos. Y es una mierda... Tengo que superarla. Y al pensar en ella siento que estoy traicionando a Serena...

—Pero Serena y tú no sois nada —responde apretando la mandíbula—. Me cae bien Serena, pero... No sé. No quiero que estéis juntos.

—Ya —me encojo de hombros—. Pero es más que nada. Llevamos ya tiempo con la misma rutina. Nos comportamos como si fuéramos pareja. Ella no se acuesta con nadie que no sea yo, y yo hago lo mismo. Los dos teníamos claro al principio que no íbamos a ser nada, que era solo sexo. Pero quizá Serena es lo que necesito para dejar atrás a Klarissa...

La mano de mi amigo se dirige a mi hombro, y aprieta sin fuerza.

—Trubel... Hay algo que no te hemos contado Alaska y yo.

—Ves, eso también. Aquí Trubel no existe. Sólo existe Leslie.

—Escúchame.

Me giro hacia él, y clavo mis ojos en los suyos grises. Boyd ha cambiado. Está más fuerte.

—¿Qué pasa, Boyd?

Suspira.

—No sé cómo decirte esto. No quiero que te enfades con nosotros. Ella nos lo pidió, sabía que no podíais estar juntos. Yo... Lo siento.

Mi cuerpo se tensa, y sé que está hablando de Klarissa.

—¿Qué pasa, joder?

Se pasa las manos por la cara, y coge mis hombros con sus manos, dándome un pequeño apretón.

—Trubel... Klarissa... —suspira, y agacha la cabeza hacia la arena unos



segundos. Después, la eleva, y sus ojos quedan fijos en los míos, transmitiéndome miedo.

—¿Qué?

—Klarissa estuvo embarazada.

## Capítulo 24

“La vida es sufrir.  
Sobrevivir es encontrar algún sentido en el sufrimiento”.



### **Un año antes [En el hospital]** **Klarissa**

Abrí los ojos lentamente, tratando de que la luz de la habitación no me cegara, y al mirar por todos lados me di cuenta que estaba tumbada en una camilla, en un hospital. Por un momento me encontré confusa. ¿Qué hacía ahí?

Recuerdos de lo que había pasado llegaron a mí, y las lágrimas comenzaron a caer. Las sucias manos de esos bastardos sobre mi cuerpo, pegándome y tocándome... Era algo que no podría olvidar tan fácilmente. Ver a mi rubio llorando, gritando y suplicando por mí... Un sollozo salió de mi boca, y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Estaba completamente aterrada.

La puerta se abrió y vi como entraba por ella mamá. En cuanto me vio, se abalanzó sobre mí para abrazarme, mientras comenzaba a sollozar. Recuerdo que hablamos, y me dijo que ella me entendía, que lo que más quería era que yo fuese feliz, pero debía hacer lo que papá ordenara.

—Me alegro tanto de que estés bien... —se separó de mí unos centímetros y cogió mi cara entre sus manos—. Llevas unas horas dormida, Klarissa.

—¿Dónde está papá?

Mamá se tensó, y apartó la mirada haciéndome saber que algo estaba pasando.

Algo que no me gustaría en absoluto.

—Tu padre ahora viene, está arreglando un asunto —me dijo incapaz de mirarme a los ojos.

—¿Y Trubel? ¿Dónde está? —dije mirándola seriamente, comenzando a sentir una terrible ansiedad.

Deseaba ver a mi chico rubio.

Antes de que me respondiera, la puerta se abrió y por ella apareció mi padre. Iba vestido con uno de sus trajes, y su cabello estaba perfectamente peinado.

—¿Cómo estás, Klarissa? —preguntó serio.

—Bien —murmuré—. ¿Dónde está Trubel?

Mi padre miró a mi madre seriamente, y seguidamente de eso me lanzó una mirada que no me gustó nada.

—Trubel se aprovechó de ti, hija.

Mi sangre se heló, y mi corazón comenzó a bombear con fuerza.

—¿Qué? —balbuceé.

Soltó un suspiro, y se sentó en un hueco de la cama.

—El solo quería nuestro dinero, me lo ha confesado. Ese hombre no te quiere. Le amenacé diciéndole que más le valía desaparecer, y mañana mismo se marchará muy lejos.

Mis ojos se humedecieron, y comencé a respirar con dificultad.

—¡Mientes! ¡Él nunca haría eso! —grité notando mis lágrimas caer, jadeando.

Trubel no era así, ¿Por qué haría eso? Es ridículo.

—Tu novio era un estúpido traficante. No ganaba lo suficiente y quiso hacer que le quisieras para después robarnos.

—¡Cállate! ¡No te creo!

Su mandíbula se tensó.

—Me creas o no, no volverás a verle.

Me tapé la cara con las manos y comencé a sollozar. Mi corazón me dolía mucho, sentía una gran pérdida. ¿Era verdad? Trubel me había demostrado que me quería. ¿Habría sido una mentira todo? No sabía si creer a mi padre.

—Fuera de la habitación —les pedí, señalando la puerta con mi mano.

—¿Es que no has visto lo que ha conseguido que te hicieran?! ¡Te han pegado, joder! ¡Nadie toca a mí familia y lo hicieron por su puta culpa! ¡Me da igual lo que haya hecho! No vas a volver con el Klarissa —su mirada se clavó con la mía, retándome con los ojos—. ¿Quieres que te mande con tus tías?

Sabes que ellas no se andan con tonterías, Klarissa... Así que más te vale hacerme caso.

Seguí llorando cuando se fueron, y me quedé mirando un punto fijo.

Ellos mentían, Trubel nunca me haría eso...



Se hizo de noche, y cuando vi que mis padres no venían aún a verme, salí de la cama. Les había escuchado decir la habitación donde estaba el cuándo creían que estaba dormida, así que con cuidado salí de la habitación, y recorrí el pasillo hasta llegar a su habitación.

Abrí la puerta, y contemplé lo dormido que estaba. Me acerqué a él y no pude evitar que las lágrimas no cayeran por mis ojos cuando vi sus moretones en la cara. Respiraba con tranquilidad, y con calma.

—¿Que voy a hacer sin ti? —susurré, y me quedé mirando su rostro. Su cabello rubio estaba despeinado. Su boca estaba entre abierta y tenía la cara girada hacia un lado.

Posé mi mano sobre su mejilla, y la recorrí lentamente con mis dedos hasta sus labios. Suponía que estaba sedado, así que acerqué mi boca a la suya y dejé un pequeño beso en sus labios.

—Nunca les voy a creer, Leslie. Tú no eres así.

Salí de allí, y entré en mi habitación. Me tumbé en la cama y con lágrimas cayendo de mis ojos me quedé dormida.

Al día siguiente, mi madre entró a la habitación y me despertó.

—Nos marchamos ya —dijo seria, y a regañadientes asentí.

Me cambié de ropa en el baño que había, y salimos del hospital.

Respiré profundo, y nos dirigimos hasta el coche. El camino hacia casa fue en completo silencio. Un silencio muy incómodo.

¿Qué haría ahora? Tendría que olvidarme de Trubel?

—No estés triste, Klarissa. Dejarle será lo mejor que hagas, créeme. Encontrarás a un chico que sea responsable —dijo papá—. Ese chico no te merece, es un muerto de hambre. Tú debes estar con alguien que pueda darte todo lo que quieras.

—¿Pero sabéis que pasa? Que aunque decidáis mandarme a la otra punta del mundo, yo le voy a seguir queriendo. A pesar de todo.

Apretó el volante con sus dedos.

—Lo que digas.

Llegamos a casa, y mi hermano Alexander vino a saludarme. Me daba pena que siendo tan pequeño mis padres apenas le hicieran caso...

Subimos los dos a mi habitación, y el esperó en mi cama mientras me daba una ducha rápida.

—¿Vendrá el chico que trajiste la otra vez? —me preguntó refiriéndose a Trubel.

—No. El no vendrá.

Asintió, y me senté en mi cama. Tenía una llamada entrante de Alaska, así que lo cogí.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En mi casa...

—Voy hacia allí.

Colgó, y suspiré. A mis padres nos les caía muy bien Alaska...

El timbre sonó y bajé corriendo para ser la que le abriera. Cuando llegue a la puerta, vi que había sido mamá quién le había abierto.

—¿Qué haces aquí?

Fruncí el ceño. No entendía porque mi madre había cambiado tanto de un día para otro.

—Ha venido a verme, mamá.

Nos fulminó con la mirada, y dejó que pasara. Subimos hasta mi habitación y al entrar en ella Alaska se tumbó en mi cama, y comenzó a hacerle cosquillas a mi hermano.

—A tu madre le falta que le den un buen meneo —me dijo unos segundos después, y mi rostro se descompuso en una expresión de asco.

—¡Alaska!

Soltó una carcajada.



### ***Dos semanas después.***

Mi cuerpo no podía dejar de vomitar. Llevaba días despertando y vomitando, y noches igual. Comía mucho, y después todo lo vomitaba.

Alaska estaba muy preocupada por mí, había pasado casi cada día en mi casa, porque e sabía que no lo estaba pasando bien con la marcha de mi rubio...

—Klarissa, ¿Por qué no vamos al hospital? Llevas días así, y me estás preocupando...

Asentí, y después de terminar de vomitar, me di una ducha y tras vestirme nos fuimos hasta el hospital.

Un doctor me hizo algunas pruebas por si tenía alguna enfermedad, y esperé sentada en la camilla de la habitación con Alaska justo a mi lado. En

ese momento me encontraba bien, no tenía ganas de vomitar.

El doctor entró apuntando algunas cosas en su libreta, y se nos quedó mirando.

—¿Está todo bien, doctor? —preguntó mi amiga por mí.

—Enhorabuena, señorita Archivald. Está usted embarazada de dos semanas.

Me quedé de piedra, y sentí la mano de Alaska sujetar la mía con fuerza.

—¿Q-que?

El médico sonrió incómodo.

—Está embarazada. Tiene que tener mucho cuidado. Ahora se ha de alimentar por dos y tomar vitaminas, entre otras cosas que ahora le contaré...

Sin siquiera darme cuenta, salimos del hospital. No podía creer lo que estaba pasando.

—Estoy embarazada —susurré, a nadie en realidad.

Alaska me dio un abrazo, y comencé a llorar.

—Mis padres no se pueden enterar, Alaska.



### *2 meses después.*

No podía soportar la soledad a la que estaba sometida. Alaska se pasaba casi cada día viniendo a verme. Y mi madre comenzaba a sospechar.

¿Dónde estás, Trubel? Te extraño.



### *1 mes después.*

El embarazo iba bien, estaba de casi cuatro meses. Poco a poco comenzaba a notarse.

Acaricié mi barriga, y sonreí.

¿Se lo debía decir a mi madre?



### *1 semana después.*

—Estoy embarazada.

Mis padres se quedaron mudos. Mirándose entre ellos.

Papá se levantó, tiró la servilleta en la mesa y desapareció por las escaleras.

—Mamá...

—Ni se te ocurra decir nada.

Salió disparada hacia arriba, y las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.



### *3 días después.*

—Te vas a ir con tus tías, Klarissa.

Levanté la mirada de la cama, para cruzarla con la de mi padre. Acababa de entrar en la habitación.

—Haz las maletas, esta tarde te vas.

—¿Qué? ¡No! No puedo irme con ellas.

—Me da igual lo que me digas.

Comencé a gritar, y a tirarle cosas a él. Me acerqué para pegarle por un acto involuntario, y agarró mis manos con las suyas.

—¡Os odio! ¡Me dais asco! Me habéis arruinado la vida...

Su mirada se mantuvo en la mía, y de pronto comencé a sentir un líquido recorrer mis piernas.

Me paralicé. Mi mirada fue a parar a mis piernas, y vi sangre.

—No... —susurré.

Pronto comencé a notar mi cuerpo pesado, y me desvanecí.



### *5 días después.*

—Cuánto tiempo, Klarissa —me saludó mi tía Marlene.

Mi mirada ausente chocó con la suya, y la saludé con un gesto de la cabeza.

—Esta será tu habitación —abrió una puerta, y entré en ella.

Le pedí que me dejara sola, y tras sentarme en la incómoda cama solo tuve un pensamiento presente.

Había perdido a mi hijo.

## Capítulo 25

“A veces el amor no es suficiente cuando el camino se torna oscuro”.



No siento cuando las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, y mi vista se queda fija en mis dedos tatuados.

Klarissa estuvo embarazada.

Iba a ser papá.

—¿Que pasó, Boyd? —pregunto con la voz ronca, por todas las emociones que siento están atascadas en mi cuerpo.

Esto no puede estar pasando. Klarissa no tendría que haber pasado por eso sola, sin mí.

—Tuvo una fuerte discusión con su padre... Y perdió el bebé.

Juro que mi cuerpo se enciende de rabia, y me levanto para acercarme todavía más al mar. Cuando estoy en la orilla, no puedo hacer nada más que soltar un grito. Un grito tan fuerte por el lamento y el dolor que siento dentro de mí. Un dolor que me carcome por dentro. Yo iba a ser padre, y me arrebataron el derecho.

Las lágrimas siguen surcando por mis mejillas y me siento en la orilla, sin importarme mojarme los pantalones. Suelto sollozos de tristeza y frustración, y dejo que todas mis lágrimas empapen mis mejillas y caigan.

Recargo mi cabeza en mis rodillas, y me hago ovillo.

—No puede ser verdad... —suelto otro sollozo, y mi cuerpo se estremece.

Nunca debí dejarla. No debí hacer caso a las palabras de su padre.

¿Quién era el para prohibirnos vivir nuestra historia de amor?

¿Porque fui tan gilipollas como para permitirlo?

Noto el cuerpo de Boyd sentarse a mi lado, sin importarle tampoco



mojarse, y coloca su brazo en mi hombro.

—Lo siento. Yo me enteré de que estaba embarazada pero ya era tarde. Notaba que Alaska estaba más nerviosa de lo normal pero no presté mucha atención. Después de que te fueras no vi mucho a Klarissa. Pero sé que ella quería tener el bebé.

—¿Ella está en España, no?

—Volvió. Está con sus padres en Outville.

—Debo volver —digo pasando mi mano por los restos de mis lágrimas.

—No, no puedes, Trubel. Ese hombre puede hacerte cualquier cosa.

—Me da igual —digo con determinación—. Me quitaron al amor de mi vida, y me han arrebatado a mi hijo. No puedo dejar que pase por esto ella sola.

Mi amigo suspira, y niega con la cabeza.

—Klarissa está bien. No es la misma pero está bien. Ha podido soportarlo.

—Pero yo no estoy bien, Boyd. Necesito verla.

Vuelvo a llorar, y un rato después decidimos irnos a casa.

—Quiero estar solo —anuncio cuando llegamos a mi coche.

—¿Seguro? Puedo estar un rato contigo...

—No, gracias. Quiero estar solo.

Asiente con la cabeza, y se acerca para darme un abrazo.

—Lo siento mucho, amigo. No te mereces tanto daño.

Asiento reprimiendo las ganas de llorar de nuevo, y entro en el coche.

Me toma unos veinte minutos serenarme, y arranco el coche para dirigirme a mi casa.

Esto es tan irreal...

Cuando llego, aparco el coche y me quedo unos minutos pensando.

Serena se va a ir en nada. Aprovecharé esos días para aclararme conmigo mismo, y decidiré que hacer con mi vida ahora que he descubierto algo que me rompe el corazón.

Bajo, y tras poner el seguro subo las escaleras para entrar en mi casa.

Ella no está, por lo tanto decido ir al baño y tomarme una ducha refrescante para intentar olvidar por un momento todo lo que me atormenta.

Una vez he terminado, de manera mecánica me pongo un bóxer y un pantalón de chándal corto. Dejo mi pecho al aire y me pasó unas cuantas veces las manos por mi pelo para intentar peinarlo.

Me hago algo rápido de comer mientras miro la televisión, aunque en

realidad no estoy viendo nada. Mi cabeza no me deja olvidar por un momento todo lo que Klarissa ha pasado sin mi presencia. Pensar que podríamos haber estado juntos, que podríamos haber criado a nuestro bebé juntos... Haber pasado por las peleas tontas por qué nombre ponerle si era niño o niña, buscar un piso para poder estar juntos criando a nuestro hijo, comprarle ropa...

Dejo que las lágrimas vuelvan a surcar mis mejillas, y siento un dolor profundo en mi corazón.

¿Por qué solo me pasan cosas malas?

Me quito las lágrimas cuando escucho la puerta de casa ser abierta con las llaves que le di de copia, y sus pasos se hacen presentes mientras se acerca a mí.

Pasa sus manos por mi cuello desde atrás, y deja una estela de besos por mi mejilla, bajando por mi cuerpo.

—Hola —susurra en mi oído, y me siento como la mierda en cuánto decido que Serena puede ser mi distracción de pensar.

Cojo su mano, haciendo que de la vuelta por el sofá y se coloca a horcajadas sobre mi cuerpo. La beso con fuerza, y gime por la sorpresa. Le encanta que sea así con ella. Que no vaya lento, que se lo haga rápido.

Le quito la camiseta, dejando su pecho tapado por el sujetador, y reparto besos por su clavícula, bajando por el canalillo que crean sus tetas, y agarró con mucha fuerza su culo, rozándole con mi erección.

—Dios... —murmura.

No quiero escucharle. Solo quiero internarme en su cuerpo, perderme en ella.

Pongo su pelo hacia un lado, y comienzo a succionar su cuello, haciendo que ella jadeé. Mis besos se trasladan a su boca, y muerdo con fuerza su labio inferior.

A continuación, desabrocho su sujetador dejando sus pechos al aire, y me toma apenas un segundo en comenzar a prestarles atención. Succiono, lamo y muerdo sus pezones, escuchando sus gritos.

Sé que me desea, y que necesita que me adentre en ella.

Le quito el pantalón, y vuelve a ponerse a horcajadas de mí.

—¿Que tanto te importa este tanga?

Me mira con un brillo travieso a los ojos, y se relame los labios.

—No me importa en absoluto.

Asiento, y de un tirón se lo arranco, rompiéndolo, y echándolo hacia un lado.

La vuelvo a besar, cogiendo su cara con mis dos manos, y por un momento me siento mal. Ahora mismo la estoy usando... La estoy usando para poder olvidar mis problemas. Y me siento una basura por ello, porque odio que la gente utilice a las personas.

Y yo estoy haciendo eso ahora mismo.

Saca mi erección del pantalón, y sin preámbulos se desliza por él, haciendo que los dos soltemos un gemido por la satisfacción de notarnos así. Porque ahora mismo solo somos uno. No sé dónde comienza su cuerpo y donde acaba el mío.

La cojo en brazos, y besándonos me dirijo a la cama. Me deshago del pantalón, y observo su cuerpo tumbado en mi cama.

Probablemente esta sea la última vez que la vea así, expuesta a mí.

¿Por qué? Pues porque en cuanto se vaya, no voy a descansar hasta tener en mis brazos a mi amor verdadero.

Esto me convierte en una mierda de tío, y siento unas ganas increíbles de llorar.

Me tomo mi tiempo en observarla, y me deslizo encima de ella, para comenzar a besar su cuerpo. Beso su barriga, dejando mis labios presionados sobre su estómago, donde desearía que estuviera creciendo un ser, y entonces Serena se vuelve Klarissa. El cabello negro como la noche se transforma en uno de color rubio, y sus ojos dilatados verdes se convierten en unos azules. Unos tan azules que me hipnotizan.

Dejo besos por sus brazos, por sus pechos desnudos, por sus muslos, piernas... No dejo un rincón sin besar, y de nuevo llegó a sus labios.

—Te quiero... —susurro mirando sus ojos azules, y el cuerpo que hay bajo el mío se tensa.

Coloca sus piernas sobre mis caderas, y con un jadeo inaudito me deslizo dentro de ella. Cuando estoy tan profundamente dentro, la saco hasta que solo queda la punta dentro, volviendo a meterme dentro de ella, esta vez más fuerte.

Beso su cuello, respirando el olor a rosas que ella siempre lleva encima... Me interno en ella una y otra y otra vez, moviéndonos los dos al compás. La follo y le hago el amor entregándole mi corazón...

—Klarissa...

El cuerpo bajo el mío vuelve a tensarse, y noto unas pequeñas manos posarse sobre mi pecho, y empujarme lejos.

Cuando vuelvo a mirarle los ojos, el azul ha desaparecido. Su cabello rubio vuelve a ser negro, y una expresión de confusión surca mi cara.

—¿Que has dicho? —dice levantándose de mi cama, dejándome completamente perplejo.

—Yo... —sinceramente no sé qué decir. No sé qué es lo que me ha pasado. He tenido un completo colapso.

—¡Me has llamado como ella mientras me hacías el amor!

Puedo ver la furia en su rostro, y me maldigo por ello.

—Serena, lo siento. Yo...

—¡Cállate! Dime, ¿A quién le has dicho te quiero? ¿A mí, o a ella?

Veo que unas cuantas lágrimas empiezan a bajar por su rostro.

—No sé que me ha pasado... Lo siento mucho...

—¡Respóndeme, joder! —me dice furiosa, quitándose las lágrimas con sus manos.

Aparto la vista de ella, y noto como comienza a recoger toda su ropa. Va hacia el comedor para coger su camiseta y la sigo desde atrás.

—Lo siento, Serena. No quería que pasara esto... Lo estoy pasando mal y no sé que me ha pasado.

—Leslie, quiero que respondas a mi pregunta. ¿Para quién iba el te quiero?

Las lágrimas empañan mi visión, y agacho la cabeza.

—Para ella —susurro, sin ser capaz de verle.

Noto como se acerca a mí, y elevo la cabeza para sentir su mano pegándose en la cara.

—¡Eres una basura! —Las lágrimas caen por sus ojos—. ¡Pensaba que después de todo lo que hemos estado compartiendo yo era algo para ti!

—Serena, eres algo para mí —me acerco a ella, y esta vez no hace el amago de separarse—. Lo siento, por favor perdóname...

Niega con la cabeza, y pasa sus manos por sus mejillas, quitando todo rastro de lágrimas.

—Me voy mañana a mi nuevo trabajo. Me han cogido y estaré allí un mes de prueba. Si cuando vuelva aún quieres tener algo conmigo, lo hablaremos. Pero que sepas, Leslie, que me has hecho daño.

Acaba de ponerse la ropa, y dándome una sola mirada, desaparece de casa.

Me siento en mi cama, y me hundo en mi miseria.

## Capítulo 26

“Lo que sucedió en el pasado,  
tiene mucho que ver con lo que somos hoy”.



Mierda, ha pasado una semana y no sé nada de ella... No puedo parar de pensar en lo hijo de puta que soy.

¿Por qué la he tenido que cagar así? No me creía capaz de esto...

Toda la semana he estado encerrado en casa. No he abierto siquiera el taller, a pesar de saber que eso hará que pierda bastante dinero. Pero ahora mismo ni eso me importa; lo más mínimo.

Me paso los días en mi cama, mirando la ventana pensando en cómo la he cagado. Le he hecho daño a una persona con la que he compartido muchos momentos, alguien con quien podría estar estable.

Por otro lado, una parte de mi cabeza siente que puedo aprovechar el momento para ir en busca de la única persona en la que en realidad puedo refugiarme. Puedo salir ahora mismo e ir hacia Outville. Llegar a su casa, tocar la puerta y esperar que quien me abra no fuera su padre o su madre.

Pero las cosas no pueden hacerse así.

Sé que Philip —el padre de Klarissa—, puede destrozarme la vida en un chasquido de dedos. Estoy seguro de que tiene las suficientes pruebas como para incriminarme con el tráfico de drogas. Entonces estaría muy jodido.

Boyd no ha parado de llamarme, pero se ha mantenido alejado. El sabe que cuando me encierro así en mi mismo solo quiero estar solo y no pensar en nada más que en mis problemas. No quiero pelearme con la única persona que me queda al lado.

Tampoco puedo preocuparle por mis mierdas cuando el va a ser padre en un futuro, y debe preocuparse por la madre de su futura hija.

Mi pecho duele al crear en mi mente algo que no puede pasar. Ahora mismo me encantaría que Klarissa apareciera por la puerta de mi casa diciéndome que es mentira, que nuestro bebé está vivo y que vamos a poder cuidarle para siempre. Que vamos a ser solo los tres. Que nos vamos a querer para toda la eternidad.

Soñar es gratis.

Termino de hacerme algo de comer, pues a pesar de todo lo que llevo cargado encima no quiero hacer tonterías. Intento llevarlo todo lo más normal que puedo. A pesar de estar encerrado en casa hago ejercicio, como, miro la televisión...

Me siento en el sofá, y pongo un canal cualquiera, mientras soplo los espaguetis con nata y bacón que me he cocinado. El que mamá se fuera pronto, y que papá cayera en el cáncer, hizo que tuviera que hacer todo yo. Por eso puedo vivir tranquilamente solo. No me va a comer la mierda, ni nada, porque me gusta vivir en un espacio limpio.

Ahora mismo me encantaría poder tener más familia, algún familiar con el que pudiera contactar. Pero desgraciadamente eso no puede suceder ya que mi madre y mi padre fueron hijos únicos. Eso es lo malo.

Comienzo a comer mientras me bebo una cerveza. Mi cabello rubio está rizado por la humedad que hay en casa, y llevo puesta una simple camiseta blanca de manga corta, y un pantalón corto negro de chándal. Mis pies están desnudos contra el suelo.

Es algo que amo, sentir mis pies en contacto con el suelo. Aunque obviamente en invierno los mantengo bien calientes con calcetines.

Me distraigo un poco con la televisión, y un canal de cocina es lo que dejo puesto. El señor que sale está cocinando algo delicioso, y un rato después informa de que el programa ha invitado a alguien especial. Un cocinero muy conocido.

Mi cuerpo se tensa por completo y tengo que dejar el plato en la mesa de centro en cuanto veo a Philip aparecer por la pantalla. Va sonriendo, y alegre como si él no hubiera sido el causante de la muerte de mi hijo.

Me entran unas ganas terribles de tirar la tele por la ventana para no verle más, así que para serenarme me meto en la ducha, con el agua templada. Me apoyo contra la pared, y mi mente regresa a la última noche donde estuve con Klarissa. Probablemente esa fue la noche en que la dejé embarazada. Antes de que por culpa de un error nos pillaran a ella y a mí, y su padre me obligara a separarme de ella.

Puedo sentir como si fuera ese día sus manos envolver mi espalda y dejar suaves besos en ella. Podría vivir con esos recuerdos. Igual que como la primera vez que la vi, y en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron supe que esa muchacha sería mi perdición.

Y no me equivocaba.

Dejo que las lágrimas bajen por mis mejillas mezclándose con el agua, y suelto un sollozo lamentero. No me puedo creer que no estemos juntos. No puedo acabar de asimilar que haya permitido que nos separaran.

Pero si pienso en eso, siento que debería arrepentirme de haber estado con Serena. ¿Cómo le sentaría a Klarissa que haya estado con otra mujer? Todo fue sin saber lo que había pasado con ella. Pero me sentía un hombre lamentable si me ponía a pensar en que quizá mientras yo estaba follando con Serena, Klarissa estaba pensando en mí.

Pero también sonaría como un egoísta si pensara eso, ¿no?

Suelto un suspiro, y cuando salgo envuelvo mis caderas con una toalla. Una vez fuera del lavabo, cojo el teléfono que tengo en mi mesita.

Ni una llamada y ningún mensaje de Serena.

¿Por qué creo que me llamará? En estos momentos se deberá sentir traicionada, y la entiendo perfectamente.

¿Quién es capaz de humillar a alguien de esa manera?

Decido llamar a Boyd porque necesito compañía, y este me responde en el momento diciéndome que estará en mi casa en apenas diez minutos.

Me pongo algo de ropa, y decido tirar los restos de comida que apenas me apetece. Limpio el plato para hacer que pase el tiempo, y escucho el timbre de la puerta.

Abro y espero a un lado mirando la televisión apagada. En cuanto aparece Boyd con Alaska por la puerta, las lágrimas vuelven a surcar mis mejillas.

Joder, me siento débil.

En vez de abrazarme Boyd, un pequeño cuerpo me estrecha entre sus brazos, y yo le abrazo de vuelta teniendo cuidado con su barriga.

Alaska ha cambiado un poco desde la última vez que la vi en Outville. Ahora su cabello rojo está más largo, y sus ojos verdes más vivos. Sigue manteniendo ese cuerpo delgaducho, a pesar de que come por dos.

La constitución, supongo.

Nos sentamos los tres en el sofá, y Alaska me hace elevar la mirada para verle.

—Debes parar de lamentarte tanto, Trubel. No puedes estar una semana

encerrado en tu casa teniéndonos preocupados por si se te ocurre hacer alguna tontería. Debes intentar seguir adelante. Solo tienes dos opciones. Pasarte la vida lamentándote, o aclararte la cabeza de una vez y mirar que hacer. Esto no es fácil, lo sé. Pero no puedes esperar a que todo venga a ti.

Sus palabras me dejan pensativo durante unos minutos, y observo como Boyd y ella se miran con algo de preocupación.

—He visto a su padre salir en la televisión... Ese infeliz no paraba de sonreír como si no hubiera matado a mi hijo.

Boyd suelta un suspiro, y apoya su espalda en el sofá.

—Claire y Philip están ahora mismo en Londres —me informa Alaska—. Se pasarán allí unas tres o cuatro semanas.

—¿Y Klarissa? —pregunto. Nada más decir su nombre mi corazón golpea como un loco contra mi pecho.

—Le han dejado sola en su casa, en Outville. No creen que pueda hacer nada.

Asiento.

—¿Sabe ella que nos hemos visto? —pregunto mirándole, esperanzado.

—Si, Trubel. Ella sabe que ahora mismo estamos en tu casa.

—Necesito verla, Alaska. Necesito verla tanto...

Coloca su pequeña palma de la mano en mi hombro, y me da un pequeño apretón que apenas advierto.

—Ella se muere tanto como tú por verte, pero no podéis veros así, Trubel. Debes mentalizarte que hay cosas que han cambiado. Además, si se entera su padre... No puedes aparecer por allí, el se enterará.

—¿No puedes hacer que ella venga aquí? —pregunto con la voz ronca, me cuesta incluso hablar de todos los sentimientos y emociones retenidas en mi cuerpo.

—Si... Podría hablar con ella, pero no te aseguro nada.

—Gracias. Gracias a los dos.



## Capítulo 27

“Algo tan sencillo como darte un beso  
– *Blue Jeans*”.



Las manos me sudan como nunca lo han hecho, y las paso repetidamente por mí pantalón. Mi respiración está agitada, y siento que el aire apenas puede llegar a mis pulmones de forma normal.

Paso mis manos por mi cabello, despeinándolo más, y suelto un suspiro.

Voy vestido con un tejano azul, y con una camiseta negra de manga corta. Me mantengo observando mis tatuajes, y mi mirada va hacia la K tatuada en mi muñeca derecha. Por qué si, en cuanto me fui de Outville, me tatué su inicial, es un recordatorio de que nunca la voy a olvidar. Nunca voy a poder olvidar a mí rubia.

La letra se ve perfectamente, pero tienes que fijarte al tener algunos tatuajes alrededor.

Me mantengo de pie, esperando a que llegue el autobús hasta el pueblo, ya que aparte de en coche, es el único transporte público que puede llegar hasta aquí.

Sí, me he ido a un pueblo que está a tomar por culo.

¿Porque estoy tan nervioso?

No lo estaría si no supiera que en unos diez minutos Klarissa aparecerá en el, bajará y volveremos a vernos después de más de un año.

Han pasado tres días desde que hablé con Alaska, y me dijo que Klarissa cogería un tren, y después un autobús para venir aquí. Ellos están en su casa, y me han obligado a venir solo. Mi coche está aparcado cerca, y muero por internarme en él y soltar un grito.

Va a pasar aquí dos semanas. Según Alaska, Klarissa convenció a la

señora que cocina allí, y a la mujer de la limpieza de que no dijeran absolutamente nada. Cómo le tienen mucho cariño, no ha debido preocuparse por ello. Klarissa volverá una semana antes de que sus padres se planten allí. Y una semana después de que ella se vaya, Serena volverá para saber si vamos a tener un futuro.

No puedo estar más confuso. Estoy confuso pese a saber que yo a quien quiero es a Klarissa. Mi corazón le pertenece desde el primer momento en que nos vimos. Desde nuestro primer beso, y desde la primera vez que nos hicimos uno.

No sé cómo voy a actuar. ¿Cómo saludas a alguien a quien amas con toda tu vida? Alguien a quien has perdido.

Mis ojos se abren de sobremanera en el momento en que veo un autobús dirigirse hacia la parada, y creo que voy a morir.

Cuando llegue, debemos ir al hotel que hay en el pueblo, para que ella pille una habitación para estas dos semanas. No puede estar con Alaska ya que la casa donde viven ellos es muy pequeña. Y yo estaría encantado de que viniera a la mía, pero no creo que aceptara.

El autobús para, y sus puertas se abren. Una pila de gente baja, y otra sube. Hay tanta que apenas puedo verla. Estoy mirando hacia la puerta del autobús cuando siento un dedo darme un toque en el hombro, y mi vista cae hacia abajo.

Hacia Klarissa.

Mierda, está preciosa.

Mis ojos se permiten mirarla con detenimiento. Su cabello sigue siendo rubio, pero ahora tiene algunos reflejos marrones. Antes era liso, y ahora lo lleva ondulado. Además, lo tiene de largo hasta por encima de la cintura. Le miro a los ojos, y se me hiela la sangre. Siguen siendo ese par de ojos que me hechizaron. Tan azules... Casi transparentes. Su cuerpo está cubierto por unos jeans apretados grises, y un jersey rosa palo. El conjunto lo lleva puesto con unas botas negras con plataforma, y noto como ha adelgazado bastante.

Antes amaba su cuerpo, ahora lo sigo haciendo, me da igual como sea. Pero es algo que se nota a simple vista si ya la has visto antes.

Recorro todo su cuerpo, dándome igual mi descaro, y reparo en la pulsera que le di en su cumpleaños. La pulsera donde ponía mi nombre.

—Hola... —escucho que susurra, y escuchar su voz es la mejor canción que puedo adorar. Sigue siendo igual. Una voz algo aguda y tímida. A pesar de que se la ve más atrevida.

—Klarissa... Has cambiado mucho —respondo mirándole a los ojos, y una pequeña sonrisa se extiende en sus labios.

Esa sonrisa es una de las cosas que me enamoraron de ella.

—Puedo decir lo mismo de ti...

Sonrío, y mantengo mis puños cerrados, evitando tocarla.

Porque como la toque, no voy a poder para de hacerlo nunca más.

—Hmm... Supongo que vienes cansada... ¿Te apetece que te lleve al hotel?

Su mirada se clava en la mía, y le noto más decisiva.

—¿Podríamos ir a tu apartamento? Hace mucho tiempo que no nos vemos, y me gustaría que habláramos. Hace mucho tiempo que no lo hacemos.

Su preposición me toma por sorpresa. No me esperaba que ella quisiera eso.

—Entonces en marcha.

Cojo su maleta con cuidado de no tocarle, y me sigue hasta mi Jeep negro.

Pongo la maleta en la parte de atrás, y le abro la puerta para que suba. Pasó por delante, y una vez subo yo, me pongo el cinturón y arranco.

Como un tonto, por si algo como esto sucedía, me he pasado esta mañana dos horas limpiando a fondo toda mi casa. Sentía que todo debía estar pulcro por si ella venía, y ahora me alegro de ello.

Ha llegado justo a las una del medio día, con lo que con suerte quizá puede quedarse a comer.

Nos dirigimos por las calles hacia arriba hasta mi casa, y el silencio en el coche reina.

Una vez hemos llegado, aparco y bajo para abrir la puerta de atrás y sacar la maleta. Cuando Klarissa sale, cierro el coche con seguro y emprendemos marcha hacia mi casa. Abro la puerta de abajo y dejo que ella pase primero. Cómo debemos pasar por el taller, ella se lo queda mirando.

—¿Trabajas aquí? —me pregunta, y asiento.

—Tengo este taller desde que vine, hace poco más de seis meses.

Asiente con la cabeza, y me mira sonriendo.

—Me alegro por ello.

Le doy una sonrisa de boca cerrada, y subimos las escaleras para después abrir la puerta de casa y entrar.

Dejo la maleta en la entrada, y cierro tras ella. Inspecciona el lugar, y lo barre con su mirada.

—Es muy de tu estilo. Sin nada que lo decore, solo tienes lo justo y necesario.

Suelto una carcajada por cómo me conoce.

—No me esperaba menos de ti.

Me mira con una sonrisa tímida.

—Siéntete libre de mirar todo lo que quieras —me tomo el atrevimiento de guiñarle un ojo, y río cuando sus mejillas se ponen rojas en cuestión de segundos—. Voy a dejar tu maleta mientras en mi habitación, y en cuánto venga hago la comida.

Sin dejar que me responda, entro a mi habitación y suelto el suspiro que me estaba conteniendo. Joder. Necesitaba verla. Pero necesito tocarla, lo anhele...

Dejo la maleta sobre mi cama, y salgo hacia el comedor, donde la veo mirar todo.

—Ven, vamos a la cocina.

Asiente, y los dos nos dirigimos hacia allí.

—¿Cómo te está yendo todo, Leslie?

Que me llame por mi nombre hace que mi corazón me golpee con fuerza contra mi pecho.

—Todo va bien. Por suerte este pueblo a pesar de ser pequeño me gusta bastante. Cuando necesito respirar aire fresco y pensar, voy a la playa. Hay una parte casi al final donde nunca va nadie, justo enfrente de un pequeño quiosco, y puedo tirarme allí horas solo, sin que nadie invada mis pensamientos.

Veo como asiente, y comienzo a sacar las cosas de mi nevera para hacer arroz y carne.

Pongo el agua a hervir, y la sartén para hacer el pollo.

—¿A ti cómo te va?

Klarissa se queda unos segundos en silencio, y carraspea un poco.

—Me va bien, todo va bien —se que está mintiendo. Lo sé porque su tono de voz ha cambiado.

—Me alegro... —decido responderle.

Sigo cocinando mientras ella está a un lado mirándome, y mantengo mi atención en la comida. Cuando me giro para coger unas especias, las pinzas para girar el pollo se caen, y me agacho para cogerlas.

Su mano roza con la mía, y me quedo sin respiración. Sentir su leve contacto ha hecho que pierda los sentidos. Y nuestros dedos siguen tocándose, martirizándome.

—Trubel...

Las lágrimas empañan mi vista, y siento que puedo echarme a llorar en cualquier momento.

No puedo... No puedo.

Elevo la mirada hacia la suya, y veo cuando nota que mis ojos están empañados.

—Yo... Lo siento. Ahora vuelvo.

Salgo de la cocina lo más rápido que puedo, y me encierro en mi habitación. Dejo mi espalda chocarse con la puerta, y me dejó caer en el suelo. Mi cuerpo tiembla por los sollozos inauditos que saco, y escondo mi cara entre mis piernas.

Esto es demasiado. He intentado ser más fuerte e intentar mantenerme un poco más alejado de ella.

Unos pequeños golpes se escuchan en la puerta, y hago completo silencio.

—Trubel, ábreme, por favor... —escucho la súplica en su voz. Ella es más fuerte que yo en este momento.

Siento que no puedo.

—No puedo, Klarissa. No puedo verte. Yo... Esto duele demasiado.

Escucho un pequeño sollozo salir por sus labios, y escucho como se sienta en el suelo, y supongo se apoya en la puerta.

—Ábreme... Los dos lo necesitamos.

—No puedo tocarte... Porque cuando lo haga, Klarissa, siento ganas de no dejar de hacerlo nunca más.

Otro sollozo dejo salir, y niego con la cabeza.

—Los dos sabíamos que tarde o temprano nos veríamos, Leslie. Pero todos nuestros sentimientos están encerrados.

—Si no me hubiera ido... Si me hubiese quedado... —suelto otro sollozo lamentero.

—Por favor, por favor... Ábreme, Trubel. Ábreme la puerta para que pueda verte.

Me echo hacia un lado, y abro desde el suelo. Veo como entra por la puerta, y como la cierra. Vuelvo a ocupar el sitio donde estaba, y mantengo mi mirada gacha. Veo como se sienta en el suelo, y posa su mano sobre la mía.

—Siento que tengas que llorar... —dice entre lágrimas.

—Aquí el único que tiene la culpa soy yo. Yo fui quién se fue.

—Pero no lo hiciste por voluntad propia. Lo hubiera sabido, lo hubiese sentido.

Niego con la cabeza mientras sollozo, y un pequeño pinchazo me ataca en

la cabeza por el rato llorando.

—No ha sido nuestra culpa...

Escucho sus palabras, y mantengo los ojos cerrados.

—El mató a nuestro bebé —suelto, y esta vez las lágrimas me recorren más rápido. Me salen una tras otra.

Se queda en silencio, y se acerca lo más posible a mí.

—No te hagas daño con esos pensamientos... Yo también lo he pasado increíblemente mal. Pensaba que me iba a morir, ¿sabes? Pero he sobrevivido.

Envuelvo su pequeño cuerpo con el mío, y escondo mi rostro en su cuello, aspirando su aroma dulce.

—Me han pasado tantas cosas... Que de todas esta es la que más me duele —murmuro, intentando parar de llorar.

—Sé lo de Mikail, y lo siento mucho. No lo merecía, no lo merecías.

Lloro desconsoladamente apoyado en ella, y llevo mis manos a su cara, haciendo que nuestros ojos azules hagan contacto.

—Te amo como lo hacía en el pasado, te amo como lo hago ahora y como lo haré toda mi vida —reparto besos por toda su cara, y nuestros alientos se entremezclan cuando apoyo mi frente en la suya—. Tu eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Y no puedo dejarte ir nunca más.

Con esas últimas palabras, junto nuestros labios y en el momento en que lo hago me siento en el cielo. Siento que este es mi lugar. Movemos los labios con desesperación debido al anhelo que sentimos, y cuando nos separamos la estrecho contra mi pecho.

—Tenemos que sanar. Los dos estamos dañados. Pero no quiero alejarme de ti, nunca más —me dice con convicción.

—Te amo.

Beso sus labios.

—Te amo y lo haré el resto de mi vida.

Vuelvo a besar sus labios.

—Eras y volverás a ser mía. Volveremos a ser nuestros aún así haya que luchar contra todo lo que nos venga encima.

Veo como sonrío, y le devuelvo la sonrisa.

—Tenemos dos semanas, Trubel. Dos semanas para vencer nuestro mayor demonio.

Asiento, y me levanto del suelo para ir hacia el lavabo y mojarme la cara para quitar todo rastro de lágrimas. Mis ojos se sienten muy cansados, y siento ganas de dormir durante un rato. Pero no voy a desaprovechar tiempo.

Salgo del lavabo, y cuando veo que no está en la habitación, me dirijo hacia el salón, pero como no está me acerco a la cocina. Me apoyo en el marco cuando veo que está acabando de cocinar lo que yo había comenzado, y sonrío.

Amo verla ahí, verla delante de mis narices y saber que vamos a estar juntos. Que ni un año, ni mil nos hará dejarnos de amar.

## Capítulo 28

“Crees que has roto mi corazón, chica, por el amor de dios  
– *Love yourself,*  
*Justin Bieber*”.



—¿Quieres que después te lleve al hotel? —pregunto cuando nos sentamos a comer, y asiente.

—Si, está bien.

—¿O prefieres quedarte? Puedes dormir en mi cama y yo en el sofá. Es para que no gastes dinero.

Una sonrisa divertida se extiende en sus labios, y prueba un bocado de la comida.

—No me parece mala idea.

Sonrío, y coloco mi mano sobre la suya.

—Mi habitación será tuya en estas semanas.

Asiente mirándome a los ojos, y después observo su dedo índice acariciar uno de los míos.

—Me da pena que duermas en el sofá. Puedo hacerlo yo, ya que soy la invitada.

Frunzo el ceño.

—No. No vas a dormir en el sofá. Quiero que duermas en mi cama.

Asiente con una sonrisa tímida, y seguimos comiendo.

—Alaska me dijo que te enviaron con tus tías.

—Si... Después de saber que había perdido al bebé —una punzada de dolor me da directa en el corazón—, mi padre decidió que lo mejor era irme con mis tías. Estuve allí cinco meses. Volví a Outville después, y mi relación con mis padres nunca ha vuelto a ser la misma. Mis padres se han divorciado,



pero seguimos viviendo juntos. Tuvieron muchos problemas en mi ausencia, y cuando volví se habían divorciado. Papá duerme en otra habitación, pero actúan como si siguieran juntos...

—Eso es horrible...

Asiente, y le da un sorbo a su bebida.

—¿Y qué pasó con Mikail? —decide preguntarme.

—El... No tenía apenas fuerza para nada. Apenas podía comer, y yo me moría viéndole así. No aguantó más verme llorar por el, y me pidió que por favor le dejara morir. Mi propio padre me pidió eso, y no sabes el daño que me hizo... Todo eso sucedió en los primeros seis meses después de irme de allí, y después de su muerte decidí irme, y aquí he terminado.

Acabamos de comer, y nos sentamos en el sofá. Me cuesta mantener mis manos lejos de ella, por lo tanto cuando se sienta a mi lado, pongo mi mano sobre su muslo.

—Trubel... ¿Tú hubieras querido tener a nuestro bebé?

Su pregunta me molesta un poco, pero en respuesta coloco una mano sobre su estómago. Su cuerpo se tensa, y subo su camiseta para dejarlo descubierto. Me siento de lado, de manera en la que puedo verle de frente.

—Tener un bebé contigo hubiera sido lo mejor que podría pasarme en la vida. ¿No lo entiendes? Eres lo más importante que jamás he tenido. Enterarme hace nada de que podría haber sido padre... Me destroza por completo.

—Quiero que tengamos muchos bebés —susurra colocando la palma de su mano sobre la mía en su barriga—. Quiero que vivamos juntos, y que tengamos a muchos niños y niñas correteando por nuestra casa.

Sonríó con lágrimas de felicidad en los ojos, y asiento.

—Klarissa, no hay nada que más deseé que eso. Si ahora soy el hombre más feliz del mundo por tenerte a mi lado, eso sería... La jodida maravilla.

Suelta una risita, y me acerco a ella para rozar sus labios.

—Eres la mujer de mis sueños. Nunca lo olvides.

La beso, y acaricio su barriga.

No hemos podido tener a nuestro bebé, pero siempre podremos hacer más.

—Quiero que salgamos a recorrer el pueblo.

Asiento con la cabeza.

Hago el amago de levantarme, pero me para antes de que lo haga.

—Quiero que salgamos, pero antes quiero otra cosa.

—¿El que? —le pregunto confuso.

—Quiero que me hagas el amor.

Mis ojos se abren de par en par, y mi respiración falla.

—¿Estás segura? Hace mucho tiempo que no nos vemos y quizá quieres ir más despacio.

Niega con la cabeza, y sin esperarlo se coloca a horcajadas sobre mí.

—Llevo más de un año sin que un hombre me toque, y no hay nada más que desee.

Dios. Lleva un año sin nadie, cuando yo he estado con Serena... Debo ser sincero con ella antes de hacer nada.

—Klarissa, antes de nada tenemos que hablar...

Su entrecejo se frunce, y me mira a los ojos.

—¿Que pasa?

De repente me siento muy nervioso, y con cuidado la coloco de nuevo en el sofá. Puede ser que esto haga que ella me odie, pero necesito ser honesto. Si ella y yo vamos a volver a entregarnos ha de saber que ha habido alguien.

—Yo... Eh... No sé cómo explicarlo... Hace un tiempo yo... Estuve con una chica —sus ojos se mantienen en contacto con los míos en todo momento—. En realidad... Hemos estado juntos hasta hace una semana y poco más... Yo... La conocí en el taller y solo era alguien con quien pasar el rato. Pero comenzamos a quedar más y más y ha estado en mi casa todo el tiempo. No hemos tenido nada serio pero era algo más que algo pasajero.

Las lágrimas comienzan a surcar sus mejillas.

—No, por favor... No llores... —me intento acercar a ella, pero se levanta de golpe y niega con la cabeza.

—No te acerques...

Me paso las manos por mi cabello de forma nerviosa.

—Mira, yo no la quiero. No la quiero ni siento un cuarto de todo lo que siento por ti. Se volvió algo más que nada, pero tú eres todo lo que quiero. Ella sabe de ti... Le conté que nos tuvimos que separar... Pero ella sabe que yo te quiero. Lo sabe y sabe que dejaría todo lo que tuvimos por ti. Pero no te enfades, por favor. Necesitaba estar con alguien... Yo... Estaba desesperado.

Suelta un sollozo.

—Yo... Por una parte lo puedo llegar a entender... Pero Trubel, yo te he esperado todos estos meses... Yo solo quería que fueras tú quien me tocara y me hiciera suya. Me siento traicionada...

—No, no —me acerco de nuevo a ella, y cojo su cara entre mis manos—. Nunca te he traicionado. Mi corazón y mi mente siempre han estado en ti, mi

vida. Tu eres todo lo que yo quiero y deseo. Necesitaba decirte esto. Que supieras esto pero yo te amo como nadie ha podido amar a alguien. Perdóname... A ella también le he hecho daño.

Suelta un suspiro, y deja que la abrace.

—Lo siento tanto...

Me permite besarla, y enredamos nuestras lenguas en un beso muy hambriento. Necesito su cuerpo, necesito su alma y necesito estar dentro de ella.

Entre besos, vamos hacia mi habitación y nos tumbamos en mi cama. Me pongo sobre ella, y acaricio su cuerpo. Su pequeño cuerpo se amolda siempre al mío. Encajamos como piezas, y es lo mejor que puedo sentir.

Y después de muchos besos, deja que me interne en ella. Deja que volvamos a ser uno. Deja que le haga el amor a su cuerpo y a su alma.

—Te amo... —dice jadeando, mientras muevo mis caderas. Aprieta su agarre en mi cintura con sus pies, y voy un poco más deprisa.

Beso sus pequeños pechos, y dejo muchos y muchos besos por su cuello, su clavícula, su boca...

—Eres toda mi vida —gruño—. Deseaba como toda mi puta vida estar dentro de ti, mi rubia. Este es mi sitio, y no pienso permitir de nuevo que nadie nos separe. ¿Me oyes? Somos uno.

Suelta un suspiro, y vuelvo a besar sus labios mientras le hago el amor.

Cuando terminamos, nos tumbamos y comienza a recorrer la tinta de mis tatuajes. Me los recorre todos, y cuando llega a mi muñeca derecha, sus dedos se quedan paralizados.

—Leslie... —sus ojos se abren desmesuradamente—. Oh, dios. Te has tatuado mi inicial —una lágrima cae por sus ojos, y me abraza con fuerza.

—Haría lo que fuera por ti, bonita. Lo que fuera por nosotros.



Noto unas uñas recorrer mi espalda desnuda, y sonrío a la nada. Porque sé que es ella quién está detrás de mí. Tiene una de sus piernas colocada encima de la mía, y me aferra con fuerza mientras deja suaves caricias en mi espalda.

—Buenos días... —dice cuando descubre que estoy despierto, y me giro quedando a centímetros de su rostro.

—Hola... —junto sus labios con los míos, y muerdo su labio inferior.

Suspira, y me abraza con fuerza.

—Siento que no quiero levantarme de esta cama nunca más. Quiero estar así siempre.

Río, y pongo tras su oreja uno de sus mechones.

—Me encanta lo que te has hecho en el cabello, te hace todavía más bonita...

Sus mejillas se encienden, y esconde su cara en mi cuello, haciendo que ría.

—Sigues siendo vergonzosa...

—Algunas cosas no cambiar, amor.

Sonríó cuando la escucho llamarme así, y con cuidado me levanto.

Ayer, tras hacer el amor fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Compramos helado a pesar de que hacía un poco de frío, y recorrimos las estrechas calles.

Me sentí un poco incómodo cuando algunas personas del pueblo vieron que iba con Klarissa. Se mostraban confusos ya que hacía poco me habían visto con Serena...

—Voy a hacerte el desayuno, y lo traeré a la cama.

Me sonrío desde su sitio.

—Aquí te espero.

Río mientras me pongo un pantalón sin ponerme un bóxer, y salgo de la habitación.

Una vez he preparado tortitas, he cortado fruta, y he exprimido naranjas para un zumo, lo pongo todo en una bandeja y entro a la habitación para ver cómo revisa su teléfono.

Me siento en la cama, y comenzamos a desayunar.

Una duda se instala en mi cabeza, y decido preguntar.

—Klarissa... ¿Recuerdas que me contaste que Scott te mandaba mensajes porque quería que hablaras con Ashton? ¿Que pasó?

Aparta la mirada, y suspira.

—Quedé con Scott, y me besó. Estábamos bailando como amigos en una fiesta a la que me obligaron a ir, y en un momento no noté siquiera cuando acercó sus labios a los míos. Lo rechacé, por supuesto. Me marché de la fiesta lo más rápido que pude porque no quería saber nada de él. Todo lo de Ashton era una mentira. A quien le interesaba yo era a Scott... De Ashton no supe nada más, volvió a irse.

Siento la sangre hervir en mis venas. No por ello, si no por ese bastardo. El sabía perfectamente que Klarissa estaba mal por mí marcha, y se aprovechó de ello.

—No puedo enfadarme contigo porque no tuviste la culpa. Pero me hierve la sangre nada más pensar que el haya hecho eso...

Suspira, y se acerca gateando hacia mi, colocándose a horcajadas.

—Lo sé. Pero lo importante ahora mismo es que estamos uno frente al otro.

Sonrío, y dejo un beso en su nariz.

—Te quiero.

## Capítulo 29

“Ahora sé que el amor no es posesión  
– Michael Jackson”.



—Se os ve muy bien juntos —comenta Alaska cuando quedamos dos días después con ellos, pues hemos querido estar nosotros solos este tiempo. Klarissa lleva aquí ya cuatro días, y de solo pensar que quedan diez para que se vaya...

—Lo sé —responde mi rubia, soltando una pequeña risa.

Estamos sentados en la terraza de un bar tomando una Coca-Cola, al lado del mar.

Se ve preciosa. Lleva puestas unas gafas de sol que desgraciadamente tapan sus preciosos ojos, y tiene su cabello suelto, y puesto hacia un lado. Hoy ha hecho un poco más de calor, y se ha puesto un vestido de flores ajustado hasta por debajo de sus pechos. Después, está suelto. Va tapada con una tejana azul, y lleva unas Converse blancas.

Boyd y Alaska están frente a nosotros, y no puedo sentirme el hombre más feliz al vernos a los cuatro aquí sentados. Estoy con el amor de mi vida, y estamos los cuatro divirtiéndonos.

—Tarde o temprano iba a volver a verla, y desde el momento en que la volví a ver en la estación de bus supe que nada nos volvería a separar más — confieso mirándole a la cara, y me sonrío avergonzada.

—Puaj, esto es mucho azúcar para mí sistema —dice Alaska, haciendo que la mire elevando una ceja. Los demás ríen, y yo solo niego con la cabeza divertido.

—¿Tienes pensado seguir con la universidad? —le pregunta Boyd a Klarissa.

Una pregunta que yo no le he hecho.

—En realidad ni la he comenzado... El año en que empezaba fue cuando me fui con mis tías y volví demasiado tarde. Pero estoy deseando poder seguir con la carrera de letras. Muero por trabajar en una editorial como editora algún día.

La acerco a mi, y dejo un beso en su frente.

—Eres muy inteligente, y si tú quieres conseguirás todo lo que desees.

—Ahora mismo todo lo que quiero y deseo está frente mis ojos —me susurra, y ensancho mi sonrisa.

Seguimos hablando con nuestros amigos, y decidimos pedir algo para picar.

Hemos estado hablando Klarissa y yo, y hemos decidido que en cuanto ella se vaya, yo dejaré claro todo con Serena, y ella intentará hablar con su madre para que convenza a su padre de dejarnos vivir. Igualmente, en cuanto esté todo claro con Serena, iré en busca de Klarissa. Yo mismo me presentaré a hablar con su padre. A pesar de todo lo que me juego. Necesito que acepte que tenemos que estar juntos.

Salimos del bar, y no pasó por alto el como mira Klarissa la barriga de su amiga.

Boyd y yo nos separamos un poco para dejarlas hablar, y golpea mi hombro con apenas fuerza.

—Te ves radiante, tío. Parece que has vuelto a la vida. Hace apenas unos días eras un muerto viviente.

Le miro con mala cara, y me encojo de hombros.

—Todo lo que necesitaba era a Klarissa. Y ahora la tengo.

—Si necesitas ayuda con cualquier cosa, que sepas que nosotros vamos a estar aquí. Cuando decidas volver a Outville, nosotros lo haremos detrás de ti. Ahora mismo Alaska y yo estamos de vacaciones, así que podemos permitirnos estar más tiempo aquí.

Asiento.

—Oye, Boyd. ¿Que pasó al final con tu padre?

Suspira.

—Es imposible que deje ese mundo. Una vez entras y te haces alguien tan famoso como él, es imposible a no ser que termines muerto. Pero ha decidido alejarse de mi madre y mis hermanas.

Asiento con la cabeza y le doy un abrazo.

—Me alegro que estéis fuera de todo esto, y que los dos hayamos podido

salir sin daños.

Nuestras chicas se acercan a nosotros, y acerco a Klarissa a mi lado.

—¿Nos vamos, cariño? —me pregunta, y asiento.

—Nos vemos, Boyd. Alaska, cuídate.

Nos vamos mi rubia y yo hacia mi coche, y tras subir nos dirigimos hacia casa.

Cuando llegamos, entramos a mi casa y nos podemos cómodos en el sofá.

—¿Cómo crees que se lo tome mi padre? —decide preguntarme—. El y yo no estamos teniendo buena relación...

—No me importa, Klarissa. No voy a dejar de luchar por ti. El lo va a tener que entender sí o sí.

—¿Y si me echan de casa?

Suspiro.

—He pensado en que los dos nos quedemos aquí, en mi casa. Por un tiempo. Se que tienes que comenzar la universidad, y yo en realidad no tengo nada aquí. El taller no es nada importante, así que podemos estar mientras aquí, y buscarnos algo para los dos allí en Outville... Si quieres, claro.

—¿Quieres que vivamos juntos? —me pregunta abriendo los ojos de par en par, y asiento.

—No quiero que nos separemos.

—Me parece bien. Quedarnos aquí mientras buscarlos algo allí suena maravilloso...

Sonrío y dejo un beso en su boca.



Queda un día para que Klarissa se vaya, y siento que ya la echo de menos. Estos últimos días han sido mágicos. Nos han servido para descubrir más cosas de nosotros, y para hacernos una idea a la hora de vivir juntos. Cada uno tenemos nuestras manías, pero es algo soportable.

Estamos tumbados en mi cama, y acaricio su espalda mientras ella está boca abajo mirándome.

—Si de casualidad algo no fuera bien... —comienza a decir.

—Todo va a ir bien. ¿Sabes? Hemos estado un año separados y tu padre sabe que lo has pasado muy mal. Hemos perdido a nuestro bebé y creo que debe entenderlo.

Asiente, y suspira.

—Te amo mucho, mi amor.

—Yo también, rubia.



—He echado de menos ese mote cada día desde que no estuvimos juntos.

—Yo también he echado de menos todo lo que hemos vivido. Pero ahora estamos construyendo nuevos momentos, y mejores.

—Te has vuelto todo un romántico...

Suelto una carcajada, y me pongo encima de ella. Sigue estando boca abajo.

—Te he extrañado tanto...



—No te has ido y ya te echo de menos... —le digo cuando estamos esperando el autobús el día siguiente.

—Nos vamos a ver en una semana, mi rubio. Debemos esperar... En una semana seré tuya para siempre.

—Te amo —vuelvo a dejar uno de todos los besos que llevo dándole.

El autobús aparece, y la abrazo contra mi pecho.

—Escríbeme cuando llegues.

Asiente, y deja un beso en mis labios.

—Recuerda que en muy poco volveré a ser tuya. Te amo con mi vida.

—Te amo más, bonita.

Nos damos un beso de despedida, y espero a que suba al autobús y se marche.

Bien... Tengo una semana antes de hablar con Serena.

## Capítulo 30

“Todo lo que quería era romper tus muros.  
Todo lo que hiciste fue destruirme  
– *Miley Cyrus*”.



Lo último que esperaba es que la semana fuera a pasar tan rápido. Prácticamente he estado todos los días llamando a Klarissa, y haciendo video llamadas con ella para verla y de alguna manera sentirla un poco más cerca de mí.

Sus padres llegan también hoy, y hablará con ellos. Aún así, en cuanto mi charla con Serena termine, iré a Outville para poder hablar con Philip sobre mi relación con su hija. Klarissa tiene diecinueve años, y debe entender que no es una niña. Tampoco quiero crearle ningún mal a ella. Sé que ha de ir a la universidad, y que si vivimos juntos tendré que trabajar allí sí o sí para podernos mantener. Espero que de verdad lo entienda. Que entienda lo mucho que amo a su hija.

Haré lo que sea por mantenerla a mi lado.

Hace un rato Serena y yo hablamos por teléfono después de mucho tiempo, y pasaré a buscarla a su casa. Según ella viene cansada y si queremos hablar es la condición que me ha puesto.

No me preocupo por ello porque no me cuesta nada ir a buscarla y venir a casa. Queda una hora para que llegue, por lo tanto me ducho y en el agua caliente me aclaro de nuevo las ideas.

No titubeo con Klarissa. Obviamente salga como salga esta conversación, mi lugar está junto al amor de mi vida, el cual estará igual de nerviosa que yo.

Sé que lo suyo es mucho peor. Desde que lo dejamos no ha vuelto a tener una buena relación con sus padres y sé que le cuesta tener que hacer una

excepción hoy. Pero si los dos queremos un futuro al lado del otro debemos dar todo y más por ello. Por conseguir ser felices de una vez por todas.

Salgo de la ducha y me visto. Una vez he terminado, salgo de casa y decido sentarme justo afuera para mirar páginas de internet con casas o pisos de alquiler allí en Outville. Solo deseo poder tener un hogar donde cada mañana despierte a su lado.

Hace unos días miré, y habían unas cuantas casas pequeñas pero muy acogedoras. Me interesa que esté un poco alejado, y que tenga un jardín, aunque sea pequeño. Quiero que si compramos o alquilamos una casa, esa sea donde criemos a nuestros hijos en un futuro.

Sí, estoy loco por tener a mini Leslie o mini Klarissa correteando por un jardín lleno de flores.

Un mensaje en mi teléfono me saca de mis sueños, y cuando leo que Serena ya ha llegado, voy hacia el coche y arranco. Me tomo mi tiempo para llegar, y cuando estoy frente a su puerta, salgo y voy hacia ella para tocar el timbre.

Justo cuando espero que quien abra sea ella, su abuela adoptiva Crystal se asoma por ella.

—Hola muchacho, ¿quién eres?

Es una mujer muy bajita y un poco rechoncha. Su cabello está completamente blanco por la vejez, y tiene unas grandes ojeras adornando unos ojos verdes.

—Hola, señora. Estoy buscando a Serena.

Frunce el ceño, y me mira con desconfianza.

—¿Serena? Se ha equivocado, aquí no vive ninguna Serena.

Ahora quién frunce el ceño soy yo. ¿Cómo? La última vez que vine a dejar a Serena, esta fue la puerta por la que entró.

—¿Abuela? ¿Quién es?

Escucho su voz, y después de unos segundos aparece ella. Mi corazón se para por el nerviosismo instalado ahora en mi cuerpo. Pero lo que más me sorprende es que no siento nada. No me excita, no siento nada. Quizá este mes sin verla y habiendo estado con Klarissa han hecho que la chispa que comenzaba a sentir por Serena se esfume.

—Oh, Alexandra. Este chico viene preguntando por una tal Serena, ¿sabes quién es?

Observo confuso a la pelinegra, y noto como sus ojos se cristalizan.

—Sí, abuela. No hay problema, voy a salir, ¿está bien? En un rato vuelvo.

Crystal asiente, y coge las manos de ella.

—Te quiero mucho, Alexandra.

Serena sale de su casa, y se hace un completo silencio.

—¿Alexandra?

Suspira, y agacha la mirada.

—Ella... Ya no me recuerda como Serena. Tuvo una hija que murió en un accidente que se llamaba Alexandra, y por eso me llama así.

—Oh... Lo siento...

Me rasco la nuca, y aparto la mirada.

—Ya... —suspira—. ¿Vamos a tu casa? Supongo que tenemos que hablar de muchas cosas.

La miro a los ojos, y asiento.

Cuando llegamos a mi casa, entramos y nos sentamos en el sofá.

Decido romper el silencio.

—¿Cómo te ha ido en la prueba?

Una sonrisa surca en su cara.

—Me han cogido. Y me encanta estar allí. En una semana puedo comenzar a trabajar.

Asiento. Me alegro mucho por ella.

—Leslie... —posa su mano en la mía, y me quedo mirando su gesto—. Yo... He estado pensando este mes y he decidido perdonarte. Un fallo lo puede tener todo el mundo. Pero quiero estar contigo. Quiero que formalicemos esto que tenemos. Sé que sientes lo mismo que yo —recorre con sus uñas negras y largas mi brazo—. Necesito que me quieras, Leslie.

Aparto la mano, y suelto un suspiro. Me froto el pelo con las mismas, y decido acabar con esto ya.

—Mira... Klarissa volvió. Ella volvió después de que te fuiste y decidimos volver. Ella... Ella perdió el bebé que estaba esperando cuando me fui. Yo me enteré hace unas semanas y hemos estado los dos juntos... Y la amo, Serena —sus ojos se cristalizan, pero se mantienen fijos en mí—. Hemos decido volver a intentarlo esta vez más fuerte, y lo siento mucho... Esto que hemos vivo ha sido precioso. Me has hecho sentir muchas cosas después de haber estado mucho tiempo sin prácticamente tener ningún sentimiento. No quiero que pienses que lo que hemos tenido no me importa, porque te estarías equivocando. Eres una chica que se merece algo sano, y estable, y yo no puedo dártelo... Lo que te hice... Llamarte por su nombre... No tiene perdón. Nunca voy a poder olvidar la expresión de tu cara y lo herida que te viste...

—Leslie, por favor... —se acerca a mí, y coge mi cara entre sus manos—.

Te quiero. Te quiero y quiero que lo intentemos. Si habéis estado separados una vez, quizá lo volvéis a estar...

—No, Serena. Porque si estuvimos separados no fue por nuestra decisión propia. Yo la amo, y sé que sin ella no voy a poder vivir. No hay nada que me duela más que esto... Pero debemos dejar todo lo que tuvimos.

Comienza a llorar, y me siento el hombre más horrible del mundo. Odio hacerle daño a la gente, y estoy rompiendo su corazón.

—Lo siento tanto... —esta vez yo soy quien coge su pequeña cara entre mis manos—. Te mereces alguien mejor. Eres una mujer alegre, y decidida. Alguien que puede con todo, y me duele mucho hacerte llorar. Perdóname...

Suelta un pequeño sollozo, y dejo un beso en su frente.

—Yo... Por el momento no puedo perdonarte... Me has hecho mucho daño y acabas de romper mi corazón. Necesitaré olvidarte y superarte para poder permitir ser capaz de perdonarte.

Asiento con tristeza, y cuando se acerca a mí, dejo que me dé un beso en los labios.

Un beso de despedida que no significa nada para mí.

—Vive, Serena.

—Sé feliz, Leslie. Te lo mereces.

A continuación sale de casa cerrando tras ella, y a la vez que cierra la puerta, yo cierro un capítulo en mi vida.



—¿Cómo ha ido? —me pregunta Klarissa cuando después de media hora la llamo.

—Te necesito mucho, bonita. Necesito tenerte a mi lado ahora mismo. Yo... No soporto hacerles daño a las personas. Me duele mucho el corazón.

—Te amo, bebé. Pronto estaremos juntos y podrás abrazarme y hacerme tuya cuantas veces quieras.

Sonrío, y me apoyo contra el respaldo del sofá.

—¿Has hablado con tus padres?

Suelta un suspiro, y mi cuerpo se tensa un poco.

—Se han atrasado un poco. Aún no han llegado.

—Ahora recogeré un par de cosas y me iré hacia allí.

—Está bien... Ven directo hacia mi casa, por favor. Voy a necesitarte.

—No lo dudes, rubia.



Una vez he hecho una pequeña mochila con una camiseta y un pantalón por

si nos tenemos que quedar a algún sitio de por ahí a dormir y he cogido dinero, salgo de casa y cierro con la llave.

Me monto en el coche, y respiro con fuerza. Voy a arriesgarme muchísimo. Pero arriesgarse vale la pena si al final del día va a estar a mi lado.

Decido comprar un par de cosas para comer en el viaje, y emprendo marcha.

Me esperan unas cuantas horas de viaje.



Hacía más de un año que no me paraba por aquí. Regresar a Outville hace que mis recuerdos con mi padre vengan a mi cabeza, y en estos momentos desearía que estuviera junto a mí. Cómo mi madre.

Pero no puede ser.

Suspiro, y salgo del coche. Me dirijo hasta la puerta, y titubeando un poco, toco el timbre.

La primera vez que vine aquí, fue para la primera cita que tuve con Klarissa. Aquél día que fuimos al parque y nos montamos en una canoa.

Las cosas entre ella y yo han sucedido bastante rápido, pero no por ello es mejor o peor. Lo importante es que estoy enamorado.

Klarissa me abre vistiendo un leggin negro y un jersey azul claro, y se lanza a mis brazos en cuanto me ve.

La abrazo, y absorbo su aroma con la nariz.

La extrañaba tanto... Nunca será suficiente.

Se aleja lo necesario para juntar nuestros labios, y nos besamos con mucho anhelo.

—Te he echado mucho de menos —me informa, y sonrío apartándole un mechón de su cabello.

—¿Están tus padres?

Asiente, y cierra un poco más la puerta, a pesar de que deja unos pequeños centímetros abiertos.

—He hablado primero con mamá. Ella... No le ha costado mucho entenderlo... Cuando le he contado que necesitaba con mi vida estar contigo, nos hemos puesto las dos a llorar. Ella me ha pedido perdón por cómo se comportó cuando nos separamos... Le dije que haber perdido a nuestro bebé fue lo peor que podría haber pasado, y que perdonarle por no haberme apoyado los meses en que le tuve dentro me costaría... A pesar de ello, me dijo que hablaría con mi padre para que nos dejara vivir. Creo que por fin ha entendido que nosotros tenemos que estar juntos.

Unas pocas lágrimas caen por mis mejillas, y le estrecho contra mi pecho.

—Haber perdido a nuestro hijo ha sido lo peor que me podría haber pasado en la vida —sollozo—. No sabes el vacío que siento... En realidad, sí que lo debes de sentir... Lamento mucho todo lo malo que nos ha pasado...

—Shh... —Coge mi cara entre sus dedos—. Nada ha sido tu culpa, te lo he dicho mil veces y te lo seguiré repitiendo siempre. Yo también estoy destrozada. Pero ahora estamos juntos.

Asiento, y dejo un beso en sus labios.

—¿Quieres que entremos? —le pregunto, y asiente sin titubear.

Coge mi mano, y nos internamos en su casa. Todo sigue igual, no ha cambiado nada.

Cierra la puerta, y nos dirigimos escaleras hacia arriba.

—Están en el despacho de mi padre.

Asiento, y seguimos el camino hasta una de las puertas.

—Antes de entrar quiero dejar una cosa clara, Klarissa. No voy a perdonar a tu padre. Nunca perdonaré lo que ha hecho.

Asiente, y me sonrío con tristeza.

—Yo tampoco me veo capaz de perdonarle.

Klarissa toca la puerta, y un adelante nos interna a los dos en su despacho.

El cabello castaño y los ojos azules de su padre son lo primero que veo, y mi cuerpo se tensa. Está sentado tras su escritorio, bebiendo una copa de vino tinto. Claire, la madre de Klarissa, está tras él. Su cabello rubio lo lleva recogido en un moño, y sus ojos azules también, nos observan.

—Cuánto tiempo, Trubel.

—Puede llamarme Leslie, ese es mi verdadero nombre —le respondo, y el agarre de Klarissa en mi mano se acentúa.

—Muy bien, Leslie. Mi mujer me ha comentado que quieres volver con mi hija.

Respiro profundamente, y doy un paso hacia su escritorio, soltando la mano de ella en el proceso.

—Mire... Philip. Sé que al principio no fui alguien bueno para su hija. Estaba metido en líos y en ese trabajo para poder pagar el tratamiento de mi padre contra el cáncer. Las cosas no las hice bien, y lo supe. Pero conocer a Klarissa ha sido lo mejor que me ha podido pasar en mi mísera vida. Me ha sacado del pozo oscuro dónde estaba metido, y me la arrebataste. Marché, como me pediste, pero ahora he venido para decirle que quiero pasar toda mi vida con su hija. Los dos... Los dos hemos perdido al bebé que íbamos a

tener... Y... —suspiro, intentando no llorar delante de ellos—. Yo... Quiero darle el futuro que se merece. Quiero que vivamos ella y yo en una casa aquí, en Outville. Quiero que por favor, nos dejes vivir.

Sin esperarlo, Claire viene hacia mí, y me estrecha entre sus brazos.

—Siento mucho haber permitido yo también algo así... —mira a Philip, y después a Klarissa y a mí—. Philip, debes dejarles vivir. Cuando nosotros tuvimos su edad, escapamos de tus padres. Vivimos como quisimos hasta ahora. Entiéndelo, por favor.

El rostro de su padre es impassible, pero sé que está pensando. Su mirada se mantiene sobre la mía. Sabe que él puede decidir nuestro futuro. Por mucho que quisiera, no podría acabar de oponerme, ya que con un chasquido de dedos fácilmente podría mandarme a la cárcel.

—Papá... —Klarissa se acerca al, y rodea el escritorio para quedar justo en frente. Coge sus manos entre las de ella—. Papá... Soy tu hija, y debes admitir que me has hecho mucho daño... Yo... No te reconocí cuando comenzaste a ser así... Yo te recuerdo como alguien cariñoso a quien amaba a sus dos niñas. Y ahora... Por favor. Si me quieres, como yo te quiero a ti, déjame ser feliz con Leslie. Lo necesito.

Las lágrimas caen por sus mejillas, y Philip se levanta quedando frente a ella. Klarissa se abalanza contra su pecho para abrazarle, y él se queda estático.

¿Este hombre no tiene corazón?

—Está bien. Os dejaré. Vive y sé feliz con él, Klari. He sido un padre de mierda... Y no espero que me perdones, siquiera puedo hacerlo yo mismo. Nunca me voy a perdonar lo que le he hecho a mi única hija.

Sonrío, y Claire se acerca a su hija para abrazarla.

Philip me mira seriamente.

—Cuídala, por favor.

Asiento, y cuando ella y yo salimos del despacho, se abalanza sobre mí.

—Dios, dios... Estoy tan feliz.

Salimos de su casa, y respira profundamente.

—Somos libres.

Sonrío, y la estrecho contra mi pecho.

—Nadie puede contra nosotros.

—Te amo, mi rubio.

Le doy un suave beso, y acaricio su mejilla.

—Eres mi futuro, rubia.



# EPÍLOGO

“Tú y yo nacimos para morir  
– *Lana del Rey*”.



## 5 años después

A sus veinticuatro años, Klarissa ha terminado su carrera de letras, y ahora trabaja en una editorial como editora; su sueño hecho realidad.

No puedo estar más feliz por ella. Se lo merece más que nada. Ha tenido que luchar año tras año para poder sacarse la carrera.

¿Por qué?

Por los tres diablos que tenemos como hijos.

Están Amery y Abigail, las mellizas con apenas tres años, y luego el pequeño Jacob, con dos.

Han salido los tres casi idénticos que su madre... Aunque tienen el cabello ondulado, tirando para rizado, heredado de mi. Los tres son rubios, y mis dos chicas tienen los ojos azules. Después, Jacob... Tiene los ojos verdes; como mí mamá.

No puedo decir que estos cinco años han pasado sin ningún problema, porque mentiría.

El estar Klarissa estudiando y embarazada, ha hecho que tengamos muchas discusiones. Ella es muy terca, y a no ser que fuera absolutamente necesario, estudiaba aunque fuera en casa.

Pero lo importante es, que a pesar de las circunstancias nos amamos cada día con más fuerza.

Y eso lo aclara Tristán, el bebé que está esperando. Está embarazada de cinco meses, y la barriga comienza a notarse cada vez más.

No mentimos cuando decíamos que queríamos tener muchos bebés. Ya van

tres, más el que está en camino. Y por mí, podríamos tener muchos más.

Klarissa se vuelve loca con Jacob, ya que es muy travieso. La he escuchado regañarle muchas veces por pintar las paredes con ceras, por tirarles del pelo a sus hermanas un año mayor que él, por tirar la comida al suelo o por hacer burlas a su madre cuando cree que no le está viendo.

Y yo me divierto más que nada.

Amery y Abigail son más calmadas. Las dos son prácticamente iguales, y son preciosas. Sé que en un futuro tendré que patear culos cuando los chicos quieran romperles el corazón.

—Siento que voy a morir del cansancio —masculla mi rubia, tumbándose en el sofá, y poniendo sus pies en mi regazo para que le haga un masaje después de tanto trabajo.

—Deberías dejarlo un tiempo, ya sabes que...

—Bla, bla, bla. Leslie, sabes que no has podido conseguir que deje mis estudios teniendo a estas ricuras —señala a Amery y a Abigail, quienes están mirando los dibujos—, entonces no lo conseguirás teniendo a Tristán dentro de mí.

Suspiro, y sigo haciéndole un masaje en los pies.

—Bonita, sabes que me preocupo por ti. No quiero que te pase nada ni a ti ni a nuestro bebé por sus esfuerzos.

Se sienta, y acaricia mi mejilla.

—Amo que te preocupes por mí, pero no me vas a convencer.

Resoplo, y río cuando Jacob me imita.

— ¡Jacob Bond! ¡No resoples! —le regaña Klari, y suelto una carcajada cuando el vuelve a hacerlo.

—Cariño, no vas a poder conseguir que deje de hacerlo. Este pequeño diablo imita todo lo que hacemos.

Ella ríe, y se le nota en la cara el cansancio.

Jacob baja del sofá, y comienza a dar pequeños pasos para acercarse a nosotros.

—Papi, papi... —estira sus brazos hacia mí, y le cojo.

—No lo malcrías tanto, Leslie. Estás todo el día con el encima.

Frunzo el ceño, y ruedo los ojos.

—Mujer, solo quiero consentir a mi hijo. ¿Es algo malo?

Jacob nos mira con sus grandes ojos, y abre la boca.

— ¡Mami! ¡Quero *me*! —hace una señal con su dedo hacia la boca, en protesta por qué tiene hambre.

—Quieres a tu padre para que te malcrie y te coja pero a mí me pides de comer.

Río, y Klarissa se levanta para ir hacia la cocina y hacer algo de cena para los niños.

—Venir, Amery y Abigail, vamos a ducharnos y a cenar.

— ¡Sí, papi!

Los tres me acompañan, y lleno la bañera con agua no muy caliente.

Cuando he terminado, les quito la ropa y el pañal, y con mi ayuda se meten en el agua, y comienzan a salpicarla, mojándose los unos a los otros.

Después de una larga ducha porque no querían salir, consigo hacerlo y les pongo su albornoz mientras voy a por sus pijamas. La habitación de mis dos hijas es de color morado claro, y tiene dos pequeñas camas individuales en ella. Un armario, unas pequeñas mesas con sillas para hacer sus deberes o pintar, y una infinidad de peluches y muñecas tiradas por ahí.

Cojo el pijama de ellas, y me paso por la de Jacob, la cual está justo al lado. Su cama del Spiderman está un poco deshecha a causa de la siesta que se ha echado, y dudo mucho que pueda dormir unas cuantas horas por la noche.

Culpa mía, me gusta malcriarles.

Cojo su pijama del Scooby-Do, y vuelvo al baño para ver cómo se están intentando secar ellos mismos.

Suelto una carcajada, y les pongo el pijama para a continuación ir al salón, donde un plato de puré con patatas les espera.

— ¡Rico! —exclaman, y rodeo a Klarissa por la espalda cuando comienzan a cenar.

— ¿Estás muy, muy cansada? —susurro en su oído, y suspira echando la cabeza hacia atrás.

—No lo suficiente para no querer que me hagas el amor.

Río, y dejo un beso en su cuello.

—Mami, ¿cuándo veremos a tía Alaska y tío Boyd? —pregunta Abigail.

—La semana que viene vendrá con Hope y con Samuel, ¿os parece?

— ¡Sí! —gritan al unísono.

Les acostamos en la cama, y tras darles un beso de buenas noches, Klarissa y yo nos vamos a nuestra habitación.

Nos despojamos de la ropa, quedando yo en bóxer y ella con una camiseta mía, y nos adentramos en nuestra cama.

—Hoy ha sido un día muy cansado... Cada vez tengo más manuscritos por editar.

—Es lo que tiene trabajar como editora, cariño...

—¿A ti cómo te ha ido el trabajo?

—Bien, hoy he tenido un par de coches por arreglar.

Trabajo como mecánico en un taller, pero paso pocas horas ya que recojo a nuestros hijos del cole, y les he de hacer la comida, etc... No hay problema con ello, por qué a pesar de eso traigo bastante dinero a casa. Y eso, junto con el de Klarissa, nos sobra.

Acaricio su barriga, y escondo mi cara en su cuello.

—Estoy deseando ver a Tristán...

—Cada vez queda menos, amor —susurra, y acerco mis labios a los suyos para besarla.

El embarazo la tiene con las hormonas alborotadas, y oye, no puedo quejarme.

Me pongo sobre ella teniendo cuidado, y le quito la camiseta para acariciar sus pechos con mi boca.

Suspira, y envuelve sus piernas en mi cadera, creando fricción entre nosotros.

Gemimos, y cuando voy a quitarme el bóxer, escuchamos el ruido de la puerta de la habitación siendo abierta, y Klarissa pega un pequeño chillido al estar desnuda del pecho.

Respiramos con tranquilidad cuando vemos a Jacob sobre una pequeña silla frente a nuestra puerta —con la cual la ha abierto—, y baja de ella para acercarse a nuestra cama.

—No pedo *momir*.

Sonrío, y le cojo en brazos para ponerle sobre la cama. Me levanto para cerrar la puerta, y después vuelvo viendo como nuestro pequeño se hace espacio en el medio, sin prestar atención a su madre, la cual está poniéndose mi camiseta.

—*La lus* —dice, refiriéndose a que la apagemos, y me entran ganas de soltar una carcajada.

Me tumbo, dejando que se quede en medio, y tanto mi esposa como yo observamos como nuestro pequeño bebé se queda dormido en unos segundos.

—Buenas noches, te quiero —susurra apretándome la mano, y cierra los ojos.

—Buenas noches, rubia. Te amo.

## NOTA DE LA AUTORA

Nunca pensé que auto publicaría un libro, o que siquiera escribiría uno. Nunca me ha gustado escribir ni leer, pero gracias a un libro mi pasión comenzó a crecer. Junto con ello las ganas de escribir me crearon curiosidad, y aunque no escribo perfecto, estoy contenta.

Esta historia ha sido editada y corregida solamente por mí, sin que nadie me ayudara, y espero que pronto pueda crecer, y quién sabe, algún día ver la luz con alguna editorial.

Gracias a todas las personas que me han apoyado en todo, ya que no siempre he estado tan feliz como ahora. Bloqueos, sin ganas de escribir...

La historia no es la más original, ni la más perfecta, pero Klarissa y Trubel siempre van a estar en mi corazón, porque han sido los personajes que más me han gustado. Todo por lo que han pasado...

Este libro va dedicado a;

~A todos aquellos que pensaban que nunca llegaría a nada.

A ti, *Amina*, por apoyarme y ser mi mejor amiga en todos los momentos.

A ti, Marta, Sol, Miriam, Carmen, Almudena, Carlota, Brandon, Achraf, por confiar en mí.

A mis lectores de Wattpad que me han apoyado siempre, y a ti; lector, por darle una oportunidad a esta historia.

Y a mi familia, sobre todo a mis tíos Joel, Lorena y Judit, Yoli, y a mi abuela Mari Carmen por creer en mí desde el principio.

## REDES SOCIALES DE LA AUTORA;

*Instagram; booksaremylife1408*

*Wattpad; tammwriter*

*Gmail; tortizsan@gmail.com*

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

## SEGUNDA PARTE

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

EPILOGO

NOTA DE LA AUTORA  
REDES SOCIALES DE LA AUTORA;